Geografías del combate

Título: Geografías del combate.
Autor: Miquel Amorós.
Selección y edición: Rafa Arques.
Maquetación: Ester Jiménez.
Diseño de cubiertas: Jordi Arques.

ISBN: 978-84-948756-0-1
Depósito legal: A-307-2018

Editorial Milvus.
www.editorialmilvus.net
info@editorialmilvus.net

Impresión: Romanyà Valls.
Papel reciclado.

Se puede reproducir libremente sin fines comerciales.
Agradeceremos si se cita el autor, la obra y los editores.
Para cualquier otro uso contactar con la editorial.

Geografías del combate

Miquel Amorós



milvus

2018

Editorial

Que se te meta en la cabeza que en esta tierra hay una guerra
y que en tus manos está el ganarla, está el ganarla o el perderla.
El Corazón del Sapo

Empezamos este nuevo proyecto editorial con un libro que, a su vez, da el pistoletazo de salida a la colección de *pensamiento*. No tratamos de separar este de la práctica, sino de establecer un diálogo con ella que la pueda dotar de sentido, para que la teoría no se convierta en mera ideología. Algo así como la fragua donde afilar *las armas de la crítica*. En dicho esfuerzo, su autor tiene un gran camino recorrido y los textos aquí reunidos se insertan perfectamente en ese itinerario[1]. En algún lugar dejó escrito que «para cambiar el mundo, hoy más que nunca, es necesario entenderlo». Con esto no pretendemos que este libro sea una guía, pero sí quizás un mapa de las geografías por las que transitan los tiempos modernos en su culminación.

Tiempos confusos, donde el pensamiento crítico ha sido ahogado o condenado al museo, acompañado por una práctica pseudorrevolucionaria, desorientada, fragmentada y autorreferencial. No es de extrañar que en este escenario, donde el espíritu rebelde no respira, los cantos de sirena de la falsa conciencia encuentren un terreno fértil por donde propagarse como una semilla transgénica. Asistimos a un reencantamiento de las insti-

[1] *Geografías del combate* sigue con el trabajo de las anteriores selecciones: *Las Armas de la crítica* (2004); *Golpes y contragolpes* (2005); *Registro de catástrofes* (2007); *Desde abajo y desde afuera* (2007); *A carne viva. Exabruptos anticapitalistas* (2009); *Perspectivas antidesarrollistas* (2011); *Salida de emergencia* (2012) y *Filosofía en el tocador* (2016).

tuciones, donde toda la habilidad cooptadora de la dominación ha sido desplegada para seducir no ya solamente a la clase media —la ciudadanía—, dando forma a sus aspiraciones, sino también a buena parte de una especie de militancia desencantada de los *movimientos sociales*, despistados, abatidos y llenos de abulia. Por eso encontramos tan necesarias las palabras incisivas de los últimos escritos de Miquel Amorós que, a modo de balas y proyectiles, dinamiten la conciencia bienpensante poniendo los pertinentes puntos sobre las íes.

Puede que el carácter mismo de los escritos, en su mayoría borradores de charlas, junto a un loable empeño por poner de relieve una alternativa practicable que huya de propuestas abstractas y demasiado generales, lleve al autor a emplear por momentos un tono excesivamente predictivo o programático —especialmente a la hora de señalar las posibilidades del surgimiento de un sujeto social consciente. Una cosa es lo que podría ocurrir o sería deseable que ocurriese y otra, aseverar que tal cosa ocurrirá. Sin embargo, no se trataría tanto de profetizar una época dorada para la Revolución como de señalar las potencialidades y peligros de los antagonismos presentes. La proyección de hipotéticos escenarios venideros nos puede dar pistas al respecto. Además, es justo destacar que la responsabilidad de quien escribe un *texto de combate* es equiparable a la de quien lo lee, como es igualmente responsabilidad de todas construir realidades opuestas a la devastación capitalista, si es que todavía soñamos con una «sociedad horizontal, capaz de defenderse, descentralizada, equilibrada, igualitaria, no patriarcal y autogobernada».

Como consecuencia de esta *rendición sostenible*, vivimos en un presente perpetuo. Pero paradójicamente, no se puede aislar el presente si queremos buscar las raíces de los peligros que nos amenazan, o dicho de otro modo: «Si no nos tomamos el tiempo

indispensable para examinar el pasado, nos faltará la perspicacia necesaria para comprender el presente y dar rumbo al futuro»[2]. Idea muy presente en toda la segunda parte del libro, cuyas páginas nos ofrecen una rabiosa mirada hacia atrás. No es cuestión de *recuperar* el cadáver de la historia —sin incidir demasiado en su clarificación—, sino de practicarle una autopsia que desenmascare a sus verdugos.

Consideramos que estamos ante un libro explícito, cuyos contenidos se expresan por sí mismos, por lo que no necesitan más presentación. Hemos tratado de compilar textos variados que abarquen un ancho abanico. Es cierto que al provenir de un mismo autor, abordando algunos de ellos cuestiones similares, escritos en fechas próximas entre sí y, sobre todo, pensados para ser discutidos en diferentes lugares —como de hecho ha sucedido—, es inevitable que se repitan algunas cosas —a pesar de que en la mayoría de casos pensamos que más bien se complementan. La selección y el orden están pensadas para leerse del primero al último. En cambio, no tanto para hacerlo del tirón; sino como un compendio de textos independientes que inviten a la reflexión sobre cada uno de ellos, siempre partiendo de una lectura crítica.

Albaida, febrero de 2018.

[2] Mumford, Lewis. (2010). *El Mito de la máquina (Vol. I) – Técnica y evolución humana*, p.26. Logroño: Pepitas de Calabaza.

NUESTRO TIEMPO

El tema de nuestro tiempo: Antidesarrollismo y defensa del territorio

El antidesarrollismo o antiindustrialismo no es una nueva ideología ni un producto contestatario nacido en un cenáculo ilustrado, una cátedra o una fundación. No proclama principios particulares inventados por algún preclaro teórico o alguna camarilla iluminada. Solamente es el rasgo principal de la práctica anticapitalista y a la vez la reflexión sobre ella hecha por distintos autores y colectivos desde una óptica libertaria. Como tal es la expresión más verídica de las condiciones reales de la lucha contra el capitalismo. Los antidesarrollistas no constituyen una organización aparte ni responden a unas siglas con las que disputar a otras una influencia cualquiera. Sus intereses no se distinguen de los de todos los oprimidos y es en las luchas sociales donde hay que encontrarlos.

La necesidad del capitalismo de crecer constantemente so pena de entrar en crisis se ha visto justificada con la idea de progreso, doctrina burguesa que establece una incesante mejora de la humanidad social, moral y material gracias al crecimiento económico y al desarrollo científico y técnico. La sobreexplotación del trabajo, las masacres del colonialismo, las grandes guerras, las dictaduras sangrientas y los totalitarismos, arruinaron tal creencia. El progreso desembocaba en la barbarie.

Superada la fase bélica de 1914 a 1945 por medio de la consolidación de un capitalismo nacional, el desarrollo se justificó

con su contrario el subdesarrollo, es decir, contra las dificultades de la acumulación por culpa de un capitalismo insuficiente. Sin embargo, en los cincuenta pasó a tenerse por cierto que simplemente con el desarrollo económico se solucionarían todos los problemas políticos y sociales. En consecuencia, la política se fusionaba o quedaba absorbida por la economía, no habiendo más objetivos políticos que los económicos. La razón de Estado derivaba en razón de Mercado. La tecnología era la clave. Es el momento de la fusión del Capital con el Estado gracias a la Técnica, el del productivismo a ultranza o desarrollismo.

El desarrollismo alcanzó pronto sus límites externos. Crecer es destruir. La industrialización galopante destrozaba los ecosistemas, contaminaba el aire y los suelos, disparaba la demografía, expandía las conurbaciones, acumulaba residuos y agotaba recursos. Uno de ellos, la energía, hizo sonar la alarma y dio lugar a la geopolítica, un nuevo tipo de guerra, a la nuclearización y, un par de décadas más tarde, al *fracking*, a los agrocombustibles y a las centrales industriales renovables. Algunos economistas disidentes advirtieron de las próximas catástrofes ambientales, enfermedades, hambrunas, desigualdades y anomia que provocaría el crecimiento ilimitado. Científicos críticos trajeron a colación el calentamiento global y el agujero en la capa de ozono. Diversas reflexiones, como por ejemplo, las de Mumford, Bookchin, Carson, Commoner, Illich, Goldsmith, Ellul, Charbonneau, Polanyi, etc., contribuyeron a plantear correctamente la cuestión. Otros escritos aportaron posteriormente claridad, como por ejemplo los de Anders, Kunstler, Kaczynski o Arendt. Pero el movimiento obrero era progresista y por lo tanto, desarrollista. Se aferraba a una idea que la burguesía le había traspasado. No cuestionaba la naturaleza de su trabajo ni su finalidad. La sacralización de la fábrica impidió percatarse de la importancia de esa problemática.

Al entrar en declive dicho movimiento adquirieron notoriedad los conflictos ambientales, en principio, luchas contra la construcción de centrales nucleares, autopistas y la polución de las factorías petroleras y químicas. Serian las primeras luchas antidesarrollistas o antiindustriales. Y asimismo, se vislumbraron formas de vida alternativas.

La crítica antidesarrollista, especialmente en lo que se refiere a la *Encyclopédie des Nuisances*[3], nació de un balance de las luchas sociales de los sesenta y setenta, donde se constataba la derrota del movimiento obrero en su asalto a la sociedad clasista, la pérdida de centralidad de la clase y la imposibilidad de autogestionar el sistema productivo. El capitalismo había levantado un aparato de producción y administración incapaz de servir a la causa de la libertad. Su apropiación por parte de los trabajadores reproduciría el mundo que se quería abolir. En cambio, se señalaba la importancia de las luchas contra la nocividad en la conformación de un nuevo proletariado, consciente de la artificialización y degradación extrema de la vida sometida a los imperativos del consumo y soportando los efectos nocivos de la producción. La crítica tendría que partir del rechazo de la doctrina del progreso, englobando en una perspectiva unitaria a otras críticas ya formuladas, por ejemplo la crítica ecológica, de la técnica, del urbanismo, del patriarcado y de la vida cotidiana. No se

[3] Colectivo organizado en torno a la revista de ese nombre que, partiendo de postulados situacionistas, cuestionaba la idea de progreso y de la producción capitalista en tanto que producción de nocividad, desvelando el papel negativo de la tecnología en las condiciones históricas actuales. Dio lugar a lo que se ha venido en llamar crítica antiindustrial o antidesarrollista. Se publicó entre 1984 y 1992, prolongándose en una editorial que todavía existe. Una antología de artículos traducidos al castellano fue publicada por *Muturreko burutazioak* (Bilbao) en el año 2000, con el título *La sinrazón en las ciencias, los oficios y las artes.*

consideraba un pensamiento nuevo, sino una confirmación en los detalles novedosos de la crítica de la sociedad de masas, o sociedad de consumo, o mejor, sociedad del espectáculo.

La mundialización neoliberal fue la forma capitalista de superar las contradicciones estructurales insalvables del capitalismo de base nacional, relacionadas con el lastre de la burocracia estatal y la regulación de los mercados. En cuanto a la catástrofe ecológica, la primera respuesta del capitalismo global fue el desarrollo sostenible, o sea, el maridaje entre la ecología y la economía. Todo el espacio se volvía espacio del capital. En efecto, la demanda mundial de suelo, alimentos, materias primas y energía pusieron al territorio en el punto de mira. Al depender el crecimiento de la extracción, el territorio se había convertido en el principal factor de la acumulación. El crecimiento fusionaba la urbe con el territorio en detrimento de este último y devenía extractivista. El ecologismo capitalista incorporaba el coste medioambiental en el precio de la mercancía fijado por los mercados. La crisis social, que hasta entonces se había manifestado como crisis urbana, empezaba a hacerlo como crisis territorial. La llamada ordenación del territorio generalizaba su mercantilización y su suburbanización. Y por consiguiente, toda la vida que albergaba quedaba "ordenada" en función del desarrollo capitalista, patentada, modelizada por la ingeniería genética, en fin, convertida en mercancía.

En el territorio se desplegaban los antagonismos en toda su extensión, emergiendo de sus conflictos la cuestión social como rechazo de una vida deshumanizada, esclava de la economía y la tecnología. La lucha contra la nocividad se volvía fundamentalmente lucha contra la lepra urbanizadora, contra la industrialización de la agricultura, contra la degradación de la vida y por la defensa del territorio. Era necesariamente anticapitalista, pues-

to que atacaba al centro del capital, algo que ya no hacían los conflictos laborales. Tenía que hallar su teoría para que pudiera formarse un sujeto consciente, una fuerza social anticapitalista. Podría encontrarla en el antidesarrollismo. En los países industrializados la formación de dicho sujeto era difícil, pues la clase campesina había sido disuelta. Nada cabía esperar de las masas urbanas, que por su forma de vida dependiente y confinada en lo privado son incapaces de tomar conciencia de nada y voluntariamente siguen a los políticos demagogos que les prometen preservarla. Allá donde subsistía la sociedad rural tradicional, la revuelta autónoma tenía más posibilidades. El sujeto de la historia debería reaparecer como comunidad de intereses en torno a la defensa de la vida y del espacio vital, no como sindicato o consejo, es decir, no como asociación de individualidades laborantes. El nuevo sujeto estaba obligado a segregarse, o mejor, se constituía a medida en que se segregaba, proceso más realizable en el campo que en la conurbación. Se redescubría el papel de los campesinos como clase revolucionaria a través de la historia, y se redefinía la revolución ante todo como ruralización, es decir, en gran medida, como vuelta al campo.

Por supuesto, no se trataba del retorno a una nueva edad de oro agropastoril, sino de la conformación de un escenario más apropiado de la futura lucha de clases. En consecuencia, significaba una reivindicación de la ciudad reducida a escala humana, del ágora y del espacio público, o dicho más claro, de la democracia directa. Resumiendo, una ciudad autogestionable. En la defensa del territorio, que es una defensa de la ciudad, el pensamiento crítico se vuelve estratégico. De ser un pensamiento para el combate se convierte en el pensamiento del combate. La perspectiva histórica en la que este se inscribe apunta a la desglobalización, desurbanización, desindustrialización y desesta-

tización en pro de una sociedad horizontal, capaz de defenderse, descentralizada, equilibrada, igualitaria, no patriarcal y autogobernada.

Charlas del 17 y 24 de noviembre de 2017.
Centro Social Ruptura, Guadalajara (Jalisco).
Multiforo Alicia, Ciudad de México.

La liebre y el gato

Hoy en día, cuando el capitalismo ha vuelto obsoleta a la mayor parte de la población planetaria y su aparato militar la puede borrar del mapa cuando quiera, es más revolucionario saber fabricar pan, que saber manejar un arma. Para defenderse de la catástrofe, hay que sobrevivir, por lo que las experiencias autogestionarias dentro del sistema, sea cual sea su resultado, tienen una relevancia estratégica y propagandística que jamás antes habían tenido. Nada me resultaría más grato que contribuir con conocimientos históricos a un programa de emancipación social apoyado en tales experimentos, reflejo de una voluntad de vida sin condicionantes y un admirable amor por la libertad. Sin embargo, la mayoría de las veces los medios empleados en los proyectos no parecen estar en consonancia con los fines que se suelen proclamar. Hay un desfase entre unos y otros que indica un grado de desconexión preocupante con la realidad, que un lenguaje posmoderno no hace sino resaltar. Habría que liarse a correazos cada vez que sonaran palabrotas como "empoderamiento", "ciudadanía", "caja de herramientas", "dialogicidad", "deconstrucción" o "poscapitalismo". La ideología seudoautogestionista usa su propia jerga para dirigir la voluntad de vivir de otra manera hacia la resignación. La facilidad con que la falsa conciencia parasita y limita el horizonte de los ensayos de autonomía me obliga a apartarme de mis intenciones iniciales, pues alguien tiene que avisar del peligro que comporta una interpretación estúpidamente entusiasta y glorificadora de hechos aislados sin tener en cuenta el conflicto social y político en el que estos han de in-

sertarse. El gueto autocomplaciente no es la utopía. El gato no es la liebre.

Bakunin confesaba ser un amante de la verdad y un enemigo declarado de los fetiches ideológicos como la patria, la clase, la política, el Estado o el socialismo "científico". Hoy, ese amor y ese odio serían un buen comienzo, cuando el orden reina sin réplica y la pasión irrefrenable por la confusión y el autoengaño dominan por doquier. Estamos en una sociedad de consumo, masificada, digitalizada y globalizada. Es una sociedad del espectáculo, dentro de una realidad invertida, fruto de la separación insalvable entre las masas dirigidas, confinadas en su vida privada o en un activismo inocuo, y las minorías dirigentes, instaladas en los aparatos del poder. Las masas, acostumbradas a un modo de vida artificial tutelado y horrorizadas ante la amenaza de exclusión, están más que dispuestas a someterse, a creer verdaderos todos los espejismos y a conformarse con cualquier sucedáneo. La esclavitud, bajo las apariencias de la libertad, es más llevadera. El sistema dominante se ha sofisticado con el desarrollo tecnológico y se puede permitir unas reglas del juego flexibles, claro está, siempre que sus intereses no resulten lesionados. Incluso, si todo va bien, es capaz de tolerar la presencia de zonas relativamente autónomas en lugares discretos donde las ideas de liberación puedan materializarse, eso sí, sin rebasar determinados límites que los propios implicados no dudarán en autoimponerse. Lo peor no es que vivamos en una sociedad de masas alienadas, sino que esa sociedad no tenga frente a ella una alternativa real convincente para la mayoría. Signo inequívoco de que la dominación ha penetrado hasta el fondo de las conciencias, y de que su triunfo no solo es aplaudido por la clase dominante, sino por la "ciudadanía" o como antes se decía, "la sociedad civil", es decir, por la multitud pasiva de votantes sujeta al Estado.

No obstante, el éxito de la dominación nunca es absoluto. Pero aunque no pueda disimular las crisis que su desarrollismo desbocado no cesa de producir, el sistema de la clase dominante puede paliar sus efectos alimentando una protesta amañada, pacifista e institucional por supuesto, que encauce con mano izquierda cualquier clase de malestar. La dominación, a pesar del estado de descomposición en el que se encuentra, tiene una ventaja estratégica importante: enfrente, las fuerzas son menguadas y el terreno que pisan se ha vuelto estéril para las ideas. Ha conseguido que sus contradicciones no se traduzcan en conciencia antagonista, y que muchísimos la consideren parte de la solución. Un montón de intelectuales y activistas trabajan gratis y a destajo en pro de una domesticación alternativa, un alterconformismo, con el objeto de que jamás cristalice en los conflictos una crítica coherente de la dominación que, revelando su verdad, ayude a conformar un sujeto revolucionario. No lo hacen por maldad, sino por vocación de servir. La batalla contra los ideólogos y sus expectativas adormecedoras tendría que ser forzosamente la primera en librarse.

A pesar de todo, no se puede hacer gran cosa cuando la servidumbre voluntaria es la norma; a lo sumo, propaganda de las ideas, bien a través de medios de comunicación paralelos, bien por el ejemplo de realizaciones parciales, y por desgracia, ese también es el terreno de los recuperadores. Hay que situar correctamente el momento y explicarlo en términos de lucha social en el tiempo, o sea en la historia. Hay que separar el grano de una experiencia constructiva, de una movilización o de un sabotaje, de la paja de un discurso mistificador, de un informe técnico o de un trámite jurídico. Igual que cuando las abejas acuden al panal, apenas la protesta despunta enfrentándose a los hechos, la monserga capituladora se apresta a confeccionar proyectos de super-

vivencia, recoger firmas, suplicar entrevistas con las autoridades y pedir subvenciones. En el lenguaje de la obediencia disfrazada, la genuflexión diplomática es el punto culminante de la lucha, y el empantanamiento procesal es la victoria. Nunca se hablará más de soberanía popular, de autonomía, de autogestión, de contrapoder, de utopía, etc., que cuando la realidad sea precisamente la opuesta.

El mundo esclavo de la mercancía es mayoritariamente urbano, en guerra con su entorno y sus pobladores. Así lo atestigua la urbanización desbocada, la motorización general, la industria agroalimentaria, la contaminación, el cambio climático, la desigualdad creciente y las guerras por los recursos que se acaban. Un mundo libre ha de ser exactamente lo contrario, eminentemente rural, aunque no hostil a la ciudad autogobernable, reducida a dimensiones humanas. Ese mundo nuevo nacerá de la guerra contra el viejo. Actualmente, en pleno desequilibrio entre naturaleza y civilización, inmersa la humanidad en una crisis ecológica sin fin, ni el campo, ni la metrópolis son espacios donde la libertad pueda ser posible. La libertad la entendemos como producto de la correspondencia directa entre las palabras y los hechos, algo que no puede ser posible sin la abolición previa de todas las instituciones. Lo rural y lo asfaltado no se rigen por otras reglas que las de la economía, ni albergan instituciones que representen otra cosa que su dominio, siempre real y profundo. La misma vida indigna y antinatural se lleva en cualquier parte. Es evidente que la salida del capitalismo será un movimiento revolucionario o no será nada. Movimiento a la vez destructivo y constructivo. Un proceso desurbanizador y desestatizador donde la desproletarización implicará un tipo de asentamiento cualitativamente diferente al del presente, económicamente autogestionado y políticamente autogobernado. Asi-

mismo, tras una lucha dura, con arduos combates, el campo será desindustrializado y colectivizado. Podemos hacernos una idea con rememorar figuras del pasado: juntas vecinales, concejos, bienes comunales, derecho consuetudinario, campos abiertos, ágora ciudadana, huertos urbanos, barriadas populares, consejos obreros, etc. Sin embargo, no se trata de un retorno, sino de una evocación. La inspiración puede buscarse en épocas precapitalistas o de capitalismo incipiente, pero la poesía debe surgir del presente.

El anarquismo fue un ideario práctico nacido en una época revolucionaria, con una clase obrera dispuesta a cambiar el mundo de arriba abajo y de la circunferencia al centro. Como metáfora genérica podríamos decir que si el pensamiento no huele a pólvora, no es anarquismo. Cada vez que se han dado condiciones revolucionarias, el anarquismo ha sido fructífero. Pero ni la época actual es proclive a las revoluciones, ni son revolucionarias las intenciones de los asalariados modernos. Los trabajadores desclasados por el consumismo no sueñan con sindicatos únicos, comités de fábrica o consejos obreros. Más bien lo contrario; en los países ultracapitalistas la clase media asalariada es quien ha tomado la iniciativa, comunicando su filisteísmo a toda la población explotada. Ni la actividad contestataria, ni la disidencia, escapan a la mentalidad mesocrática —ambivalente, oportunista y precavida— que está presente en todas partes; pretendidos rebeldes se convencen con facilidad de que se pueden obtener cambios sociales de consideración sin necesidad de combatir, y, por consiguiente, sin correr riesgos. Será suficiente con una serie de mediaciones jurídicas, políticas, sindicales y económicas. Habitualmente, en los medios libertarios, tal manera de pensar y actuar encontró su sitio en el sindicalismo de concertación, pero dada la relevancia cada vez menor de los sin-

dicatos y la conflictividad laboral, ahora se inclina hacia la "economía social", eso que los dirigentes mundiales llaman desde hace tiempo "tercer sector". No es esta una economía ajena al orden establecido; su función consiste en administrar la exclusión y convertirla, sino en un negocio rentable, al menos en un gueto controlado y pacificado. La fuerza de trabajo que el mercado no necesita puede gestionarse colectivamente sin problemas mediante fórmulas cooperativas legales, financiadas con capitales del primer sector —la empresa, la banca, los particulares— o del segundo —el Estado, los fondos europeos, las administraciones menores—. De preferencia, con la mediación de una nueva casta político-funcionarial que orienta y administra la marginación. La pregunta que habría de hacerse es la siguiente: desde la autogestión de la miseria —la única salida para cada vez más gente—, ¿podemos lograr una sociedad libre sin jamás enfrentarnos con el orden?

El discurso economicista de la lumpenburguesía posmoderna es ingenuamente triunfalista y embarullado. Abunda la propaganda trompetera del Instituto de Ciencias Económicas y de la Autogestión (ICEA), Sindicato Andaluz de Trabajadores/as (SAT), Cooperativa Integral Catalana (CIC) y otras hierbas edulcorantes. Hace malabarismos con la historia, amalgamando de la forma más gratuita realidades descontextualizadas y valorándolas positivamente de la forma más absoluta: las cooperativas de Lanark, las de Mondragón, el banco de crédito proudhoniano, las colectividades de la guerra civil, la autogestión yugoeslava, los piqueteros argentinos, Marinaleda, las cestas de los grupos de consumo, los bancos de tiempo, etc. Son como epifanías particulares de un mismo fenómeno universal, que sucede circularmente en cualquier momento y lugar. La susodicha "narración" cobró fuerzas tras el 15M modelo Madrid, fecha capital de la ideo-

logía ciudadanista y primera respuesta autónoma a la crisis de los jóvenes sin futuro de la clase media. El aspecto antieconómico de cualquier plan revolucionario representado por la gratuidad, el don, el regalo, la fiesta y el *potlach*[4], está completamente ausente en la oratoria ciudadanista. Esta asegura que una nueva sociedad es posible sin necesidad de cambios radicales como la erradicación del turismo, la supresión del dinero o la abolición del mercado, ni de revoluciones violentas. Habiéndose vuelto insoportable la vida en las conurbaciones, basta con la progresiva y pacífica vuelta al campo de individuos, familias y colectivos para que, gracias a internet y a la aplicación gradual de recetas cooperativistas, conseguir en un plazo razonable una sociedad autogestionada. La revolución ha sido relegada al museo; ya no se trata de destruir el capitalismo, sino de "trascenderlo".

Veremos cómo se efectúa la "trascendencia"; de movilizaciones, las menos. Se supone que una economía social es posible en el seno de la otra, la capitalista, y que gracias a sus bondades, la primera, la que interesa al 99 % de la gente, acabará desplazando a la segunda, la del 1 %, que humildemente aceptará su obsolescencia. La ocupación de tierras —a pesar del caso de Fraguas (Guadalajara), un malentendido sin duda—, colaboraría con los planes de ordenación territorial que cuentan con el respaldo de

[4]Palabra que proviene del idioma primitivo de los indios de la costa canadiense del Pacífico, con la que designaban ceremonias en las que ocurrían intercambios competitivos de regalos, a través de los cuales se dilapidaban excedentes y se adquiría honor y prestigio. Marcel Mauss la convirtió en un concepto central de la antropología en su *Ensayo sobre el don*, referido al complicado sistema de intercambio de ciertas tribus melanésicas, en el que los obsequios y donaciones recíprocas funcionaban como un particular mecanismo de igualación económica y consolidación de relaciones sociales. Georges Bataille propuso el *potlach* como fundamento de una economía socialista en su artículo *La noción del gasto* y en su libro *La parte maldita*, idea que influyó a la vanguardia letrista y como consecuencia, a la Internacional Situacionista.

la Delegación del Medio Ambiente del gobierno respectivo. La sobreexplotación de acuíferos por culpa del cultivo superintensivo hallaría una solución satisfactoria para el ecosistema y los cultivos tradicionales —aunque este no parece ser el caso del municipio de Tabernas (Almería) y de su río Aguas—. El desarrollismo y el decrecentismo convivirían disputándose pacíficamente espacios, como en un tablero del Palé, suponemos que haciendo la vista gorda a las incineradoras urbanas, a las térmicas, a las macrocárceles, a las minas de uranio, a los tendidos de alta tensión, a las autopistas y a las centrales eólicas. La misma lógica gobernaría en la educación, la sanidad, la justicia, los medios de comunicación y la cultura: las prácticas alternativas se codearían con las mercantiles, y como se solía decir, aquí paz y después gloria.

Para los tartufos políticos y economistas de la clase media ciudadana, una sociedad autogestionada, convivencial, frugal y saludable, subsistiría durante un periodo de tiempo más o menos largo dentro de una economía turbocapitalista, competitiva, hiperurbanizada, policial, enferma y consumista. La transición desde la marginalidad al convivencialismo generalizado no habría de ser para nada rompedora, o dicho con claridad, revolucionaria. Caminamos hacia el "poscapitalismo", no hacia el comunismo revolucionario. Al miserable euro no le quedaría más remedio que intercambiarse con las monedillas de trueque o los cheques de tiempo. Pero ¿qué pasa con el Estado? El Estado, en manos de la "ciudadanía empoderada", procuraría que la transición discurriera como los partos con epidural, sin dolor. La neutralidad de las instituciones se da tan por sentada como la disposición de las multinacionales a retirarse de la escena. La política no se cuestiona en absoluto. Reivindicaciones como la renta básica, la moratoria de la deuda, los servicios sociales sin recortes y el fomento del trabajo autónomo, dependen del Estado y son pi-

lares básicos de una economía social como dios manda, es decir, como una forma pobre de "estado del bienestar". No sorprende que las simpatías por la política socialkeynesiana tipo Podemos, Mareas, En Comú, la Candidatura de Unidad Popular (CUP), Compromís o Bildu, abunden en el gueto decrecentista y cooperativo. El ciudadanismo político, partidario de una cierta regulación estatal del mercado, es el complemento necesario en la larga marcha al "poscapitalismo", un estadio de gracia trascendente donde los gatos y las liebres son indistinguibles.

Si las especulaciones ideológicas de los ciudadanistas parecen el cuento de la lechera, es debido a que la crisis prolongada del capitalismo ha deteriorado tanto las subjetividades que los fantasmas de la telerrealidad circulan como moneda corriente por el imaginario atrozmente empobrecido de las clases medias. Pero no se puede ser tonto todo el tiempo; incluso para un individuo crédulo y cándido no será complicado darse cuenta de que cooperativas no equivale a autogestión. La forma no es el contenido. Tampoco la contingencia es el concepto: plantar huertos no es lo mismo que soberanía alimentaria. Asambleas no es igual a debate libre, ni desurbanizar significa cambiar de domicilio. No se superan los antagonismos con fórmulas, catecismos o letanías por mucha voluntad que se ponga. En realidad, por encima de los tópicos ¿se está hablando de salir del capitalismo o de ocupar sus márgenes? ¿De repoblar el territorio o de hacerse un hueco entre las infraestructuras, la propiedad privada y la industria del ocio? ¿De arrebatar espacios al mercado o de sobrevivir en lugares yermos? ¿De suprimir los efectos de la exclusión o de acabar con sus causas? ¿De administrar la catástrofe o de suprimirla? ¿De entrar en el jodido y trascendente poscapitalismo o de instaurar el comunismo libertario?

El retorno al campo y el desmantelamiento de la conurbación son dos aspectos inseparables de la lucha contra el Capital y el Estado. Las experiencias de ruralización solamente sirven a la causa de la libertad en tanto que ejemplos de convivencia revolucionaria y defensa del territorio. No son fines en sí mismos. No pueden separarse de la crítica de la política. Según cómo se planteen, son una inestimable ayuda para el sistema, puesto que reintroducen en la economía de mercado a sectores desahuciados por este. Acabar con el capitalismo es otra cosa. Implica una segregación importante de población, un espacio autónomo extenso, una comunidad de lucha numerosa y una voluntad de combate determinada. Y por encima de todo, implica incompatibilidad, riesgo, enfrentamiento, violencia. Todo lo que la clase media *friki* no quiere. El objetivo no pasa por construir un sistema con ribetes libertarios al lado de otro explotador, sino en agrupar fuerzas para abolir la explotación. El final de la opresión no vendrá como consecuencia de una combinación económica que garantice una supervivencia tranquila y un diálogo constructivo de mediadores políticos y jurídicos con la clase dirigente, sino de una guerra victoriosa contra las fuerzas opresoras. Quien diga lo contrario, está mintiendo como un bellaco.

Charla del 27 de mayo de 2017.
Jornadas de Crítica Social, La Querida, Rodasviejas (Salamanca).

En proa al mal francés

El retroceso teórico originado por la desaparición del movimiento obrero clásico ha permitido la hegemonía de una curiosa filosofía, la primera que no nace del amor a la verdad, objeto primordial del saber. El pensamiento débil —o filosofía de la posmodernidad— relativiza este concepto, que hace derivar de una mezcla de convenciones, prácticas y costumbres, inestable en el tiempo, algo "construido", y, por consiguiente, artificial, sin ningún fundamento. Y junto con él, toda idea racional de realidad, naturaleza, ética, lenguaje, cultura, memoria, etc. Es más, diversas autoridades del mundillo posmoderno no han dudado en calificar algunas de ellas de "fascistas". En fin, recuperando a Nietzsche, no hay verdad, solo interpretación. Tal demolición sistemática de un pensamiento que nace con la Ilustración y clama por la constitución de la libertad, y que, más adelante, al producirse la lucha de clases moderna, dará lugar a la crítica social y a las ideologías revolucionarias, tiene, para quienes antes que bañarse en el agua clara de la autenticidad prefieren revolcarse en el barro de la impostura —principalmente profesores y estudiantes—, tiene pues toda la apariencia de una desmistificación radical llevada a cabo por pensadores incendiarios, cuya finalidad no sería otra que el caos liberador de la individualidad exacerbada, la proliferación de identidades y la derogación de cualquier norma de conducta común.

Al día siguiente de tal bacanal deconstructiva, no quedaría ningún valor ni ningún concepto universal en pie: el ser, la razón, la justicia, la igualdad, la solidaridad, la comunidad, la humanidad, la revolución, la emancipación... serán tachados todos

de “esencialistas”, o sea, de pecados nefandos “pro natura”. Sin embargo, el extremismo negador de los post filósofos muestra a nivel espiritual sospechosas coincidencias con el capitalismo de ahora. Un radicalismo de tal magnitud contrasta no solamente con las vidas y opciones políticas de sus autores, harto académicas las unas, y convencionales las otras, sino que se acopla perfectamente a la fase actual de globalización capitalista, caracterizada por la colonización tecnológica de la vida, el presente perpetuo, la anomia y el espectáculo. Es un complemento para el que todo son facilidades. Nadie molestará a los profesores de la “post verdad” en sus cátedras. Y es que, gracias a la prioridad otorgada por la dominación al conocimiento instrumental, y en consecuencia, gracias a la escasa importancia que la mentalidad dominante concede a las “humanidades”, en la universidad han aparecido sin traba algunas burbujas filosóficas seudo trasgresoras y toda clase de malabarismos especulativos completamente ajenos a la realidad circundante, dando lugar a una vorágine falsificadora del pensamiento crítico moderno que gusta acompañarse de amplio ruido mediático.

La loa posmoderna a la transgresión normativa se corresponde en cierto modo con la desaparición de la sociabilidad en los aglomerados urbanos. De acuerdo con la nueva debilidad en materia filosófica, nada es original, todo está construido, y por consiguiente todo se asienta en un pedestal de barro. La economía política, las clases, la historia, el tejido social, la opinión... todo. Entonces, si no hay relación social que valga, ni liberación colectiva verdadera, ni dialéctica, ni criterio definitivo a tener en cuenta a ese respecto ¿qué sentido tienen las normas, los medios y los fines? Se parte de la nada para llegar a la nada. Nihilismo muy acorde con los mercados, pues a estos no importa lo que no tiene valor económico. Por eso no debe extrañar que el enco-

mio de la deshumanización y el caos típico de los deconstructores corra parejo con la apología de la técnica y de su mundo. El pensamiento débil, entre otras cosas, celebra la hibridación del hombre con la máquina. ¿Acaso no es superior una naturaleza mecánica, libre de constricciones, que una naturaleza humana, esclava de las leyes naturales? El nihilismo inherente a la lógica mecánica refleja y responde a la abolición de la historia, a la evaporación de la autenticidad, a la liquidación de las clases y a la apología del individualismo narcisista; es pues un producto de la cultura tardocapitalista, si es que a eso todavía se le puede llamar cultura, y su función no sería otra que la adaptación ideológica al mundo de la mercancía tal como este ha llegado a ser de caótico. La filosofía posmoderna es en relación con lo existente una filosofía de la legitimización.

Aquello que había nacido como reacción a la revuelta de Mayo del 68 en "los bajos fondos del Espíritu del Tiempo" —Debord—, fue recibido en las universidades americanas como paradigma de la profundidad crítica, y desde allá la *French Theory* irradió a todos los laboratorios pensantes de la sociedad capitalista, descendiendo a los guetos juveniles en forma de moda intelectual rompedora. Dado su carácter ambivalente y maleable, los silogismos líquidos de la posmodernidad han llenado el cajón de las herramientas y el utillaje de toda clase de ideólogos nuevaoleros, tanto de los ciudadanistas más camaleónicos, como de los anarquistas más al día en lo que respecta a las novedades. Incluso un nuevo tipo de anarquismo, nacido de la quiebra de los valores burgueses históricos, centrado en la afirmación subjetivista, el activismo sin objeto ni plan y la desmemoria, sustituye en la mayoría de espacios al antiguo ideal, hijo de la razón, originado en la lucha de clases, forjador de una ética universal y cuya labor revolucionaria estaba fuertemente anclada en la his-

toria. En la *French Theory*, o mejor, en el *morbus gallicus*, del que el posanarquismo es hijo bastardo, las referencias históricas no cuentan; revelan nostalgia del pasado, algo muy condenable en un deconstructivista.

La cuestión social se disuelve en una multitud de cuestiones identitarias: cuestiones de género, sexo, edad, religión, raza, cultura, nación, especie, salud, alimentación, etc., que ocupan el centro del debate y dan lugar a una peculiar corrección política que se traduce en una ortografía torturada y un discurso relleno de latiguillos y barullos gramaticales. Un muestrario de identidades fluctuantes sustituye al sujeto histórico, pueblo, colectivo social o clase, su afirmación absolutista obvia la crítica de la explotación y la alienación y, por consiguiente, un juego "interseccional" de minorías oprimidas desplaza la resistencia colectiva al poder establecido. La liberación vendrá de una transgresión lúdica de las reglas que traban aquellas identidades y oprimen a dichas minorías, y no de una "alternativa" global o un proyecto revolucionario de cambio social que incluya todas las reivindicaciones, algo tenido sin duda por totalitario, puesto que una vez "constituido" originaría nuevas reglas, más poder y por lo tanto, más opresión. El comunismo libertario, desde ese punto de vista, no sería sino la plasmación de una dictadura. El análisis crítico y el mismo anticapitalismo, gracias a la supresión del pasado, y por consiguiente, gracias a la ignorancia, ceden el sitio al cuestionamiento de la normatividad, a la contorsión del idioma y a la obsesión por la diferencia, la multiculturalidad y la singularidad. Que no se traiga a colación la coherencia porque la categoría de la contradicción ha sido relegada, lo mismo que las de alienación, superación o totalidad. Construir o deconstruir, esa es la única cuestión.

Definitivamente, el proletariado no "realizó" la filosofía, tal como deseaban Marx, Korsch o la Internacional Situacionista, es decir, no llevó sus anhelos liberadores a la práctica y hoy pagamos las consecuencias. Cierto que, en el desarrollo de la lucha de clases, se manifestó un pensamiento crítico que situaba a la clase obrera en el centro de la realidad histórica, y que fue calificado de marxista, anarquista o simplemente socialista. Realmente, se trataba de captar la realidad con la mayor exactitud, en tanto que totalidad que se desenvuelve en la historia, para así elaborar las estrategias con las que derrotar al enemigo de clase. Se suponía que la victoria final estaba inscrita en la historia misma como meta. A pesar de todo, los asaltos proletarios a la sociedad de clases no llegaron a buen puerto. Y a medida que el capitalismo superaba sus crisis, las contradicciones devoraban los postulados de dicho pensamiento y se requerían nuevas formulaciones. Las aportaciones fueron múltiples y no ha lugar a enumerarlas. Lo que caracterizaría a todas ellas, sería la claridad añadida en la perspectiva del combate liberador, pero inmersa en un contexto de retroceso, luego distanciada progresivamente de la práctica. La lucha de las minorías, lejos de desmantelar la crítica social, contribuía a enriquecerla. Las cuestiones de identidad, lejos de ser secundarias, adquirían una importancia cada vez mayor conforme el capitalismo penetraba en la vida cotidiana y dinamitaba las estructuras tradicionales. Denunciaban aspectos de la explotación hasta entonces poco tenidos en cuenta. En un primer momento, universalidad e identidad convergían; no se concebía la solución a la segregación racial, la discriminación sexual, el patriarcado, etc., separadamente, sino en la perspectiva de una transformación revolucionaria global. Nadie podría imaginar deseable un racismo negro, una sociedad de amazonas, un capitalismo gay o un estado de excepción vegetariano.

La revolución social era el único lugar donde todas las cuestiones podían realmente plantearse en toda su extensión y resolverse. Fuera de ella, no quedaba otra que la especialización elitista, el sectarismo del gueto, la estética activista y el estereotipo militante. Esa fue la vía abierta por los posmodernos.

El pensamiento débil explotaba igualmente el filón de la crisis ideológica, recuperando autores e ideas, pero con efectos y conclusiones opuestas. Una vez neutralizado el sujeto revolucionario en la práctica, había que suprimirlo en la teoría, con lo que las luchas permanecerían aisladas, marginales e incomprensibles, envueltas en una verborrea cretinizante y autorreferencial apta solamente para iniciados. Esa ha sido la tarea de la *French Theory*. Se iniciaba una escalada en la confusión sofisticada y críptica que consagraba como magos privilegiados a la casta intelectual y como pueblo elegido a las huestes seguidoras, principalmente universitarias. El *mal francés* ha sido la primera filosofía irracionalista ligada a un modo de vida funcionarial pasablemente remunerado, y con razón: su revisión de la crítica social de la dominación y la impugnación de la idea revolucionaria han prestado magníficos servicios a la causa de la dominación. La noción de poder como un éter omnipresente que lo abarca todo, condena cualquier práctica colectiva en pos de un ideal por considerarse renovación o reconstrucción del mismo poder, una especie de pez que se muerde la cola. El Poder no está al parecer encarnado en el Estado, el Capital o los Mercados como cuando el proletariado era la clase potencialmente revolucionaria. El Poder ahora lo somos todos; es el todo.

La revolución quedaría así redefinida como añagaza del Poder para rehacerse en casos extremos a partir de nuevos valores y normas tan arbitrarios como los que ella misma relegaría. El descrédito de la revolución social resulta más útil para el poder

real en tiempos de crisis, por cuanto una oposición subversiva organizada que trate de formarse —un sujeto social que intente constituirse— se verá denunciada inmediatamente como poder excluyente. En definitiva, un mal "relato", igual que el de la lucha de clases. El rechazo de la noción de clase trasluce involuntariamente también un odio de clase, herencia de la dominación pasada activa en el imaginario posracional. En fin, se abandona toda veleidad comunista revolucionaria y libertaria por la transmigración de géneros, el poliamor, la transversalidad y el régimen vegano. Solucionada de este modo la problemática individual y rechazada definitivamente la causa común, el camino queda entonces despejado para una oposición colaboradora y participativa, dispuesta a entrar en el juego y por supuesto a votar, a ocupar espacios de poder y a gestionar desde ellos el orden vigente con un discurso radicalmente identitario, y de rebote, un discurso radicalmente ciudadanista que hace furor no solo en la neoizquierda recién venida a las instituciones, sino en la juventud senil de la izquierda integrada de toda la vida.

El panorama crítico, presa del morbo galo, es pues desolador, como desoladora es la vida en el mundo occidental y urbano plagado de capitalismo. Es el fin de la razón, la clausura espiritual de un mundo periclitado donde la resistencia al poder era posible, la evaporación de la conciencia histórica de clase, la apoteosis de la relatividad, el triunfo absoluto del *bluff*, el reino acabado del espectáculo... Al fenómeno se le podrá llamar como guste, pero es ante todo el efecto intelectual de la derrota histórica del proletariado durante los setenta y ochenta, y, en consecuencia, de la desaparición de un par de generaciones enteras de combatientes sociales y de la incapacidad de estos de trasmitir sus experiencias y conocimientos a las nuevas generaciones, librándolos a la psicosis posmodernista y a su jerga ininteligible. Existe una línea

de ruptura generacional clara que coincide más o menos con la aparición del *milieu* o gueto juvenil a finales de los ochenta, y asimismo, una relación de esta con los procesos de gentrificación de los centros urbanos. Por último, puede establecerse con total evidencia una relación entre la extensión del morbo posmoderno con el desarrollo de las nuevas clases medias.

El descalabro del movimiento social revolucionario y la catástrofe teórica son dos aspectos de un mismo desastre, y, por consiguiente, del doble triunfo, práctico e ideológico, de la dominación capitalista, patriarcal y estatista. A pesar de todo, la debacle nunca es definitiva, porque los antagonismos proliferan mucho más que las identidades, y la voluntad de liberarse en común es más fuerte que el deseo narcisista de destacarse. Diez minutos de patética gloria virtual no son nada en el agitado océano de la conflictividad permanente. La lucha de clases reaparece en la crítica al mundo de la tecnología, en la lucha contra el machismo agresor y en la defensa del territorio, en los proyectos comunitarios de salida del capitalismo y en las batallas que las clases campesinas libran contra la agricultura industrial y la mercantilización de la vida. Probablemente, en los países turbocapitalistas estos conflictos no consigan zafarse de enfoques "interseccionales", tratamientos "de género" y demás reduccionismos identitarios, perfectamente compatibles con una casuística reformista originada en la "economía social"; pero allá donde cristalice un auténtico frente de lucha de masas, tales nimiedades darán vueltas sobre sí mismas y se consumirán en el fuego de la universalidad.

Charlas del 14 y 25 de noviembre de 2017.
Centro Social Ruptura, Guadalajara (Jalisco).
Biblioteca Social Reconstruir, Ciudad de México.

La fase crepuscular

Si consideráis al mundo racionalmente,
él también os considerará racionalmente,
esto es una determinación recíproca.
Hegel, *La razón en la historia*.

En una época abierta a todas las posibilidades de cambio radical como la de los años sesenta y setenta del siglo pasado, la mayor preocupación de sus partidarios giraba en torno a las formas de su realización total. En multitud de países había llegado la hora de la acción revolucionaria y había que superar con actos subversivos las contradicciones que empujaban la vieja sociedad de clases a desaparecer. Típicos títulos salidos de la pluma de Jaime Semprun durante esos años: *La guerra social en Portugal*, *Manuscrito encontrado en Vitoria*, *Consideraciones sobre el estado actual de Polonia*. Era el momento de la lucha, del movimiento inteligente de las fuerzas sociales desplegadas, y, por consiguiente, de la táctica y de la estrategia. Se pasaba de la teoría a la acción; de las armas de la crítica a la crítica de las armas. Los escritos que mejor se corresponden con el periodo son los de agitación y análisis panorámico, los que estudian la evolución de la coyuntura y calculan su potencial. La verdad, largo tiempo atrapada en la carcasa de lo viejo, pugnaba por salir a la luz y mostrarse con toda su amplitud y su esplendor, objetiva y subjetivamente. Se daba por supuesto que la verdad existía y que era revolucionaria. De pronto, todo se simplificaba y aclaraba. Los opuestos se reconciliaban dialécticamente, mientras que la fragmentación y el particularismo típicos de la época moribunda, cedían ante la unificación y la universalidad de la etapa iconoclasta. Pero, ¿qué

sucedió en los ochenta, cuando las fuerzas liberadas por la crisis social no lograron superar el profundo desgarro provocado por las contradicciones no resueltas?

O bien el sujeto revolucionario no fue lo bastante poderoso y fue derrotado, o bien retrocedió ante la inmensidad de sus tareas hasta desvanecerse. No hubo un nuevo amanecer al que saludar. La revolución dejó de estar a la orden del día. Incluso se la acusó de traer consigo el totalitarismo y, por consiguiente, de indeseable. El poder unificador del ciclo revolucionario desapareció y los términos de la contradicción se hicieron independientes unos de otros. Por un lado la economía, el Estado, la civilización, el campo, la clase dominante; por el otro, la sociedad, el individuo, la naturaleza, la urbe, las masas dominadas. Los vínculos que los conectaban se rompieron. La subjetividad y la objetividad, el ser y la nada, el cuerpo y el alma, los medios y los fines, la afirmación y la negación, se separaron abruptamente. Fin de la totalidad feliz de la revuelta y de la armonía colectiva de sus protagonistas. La recuperación, trabajando para la industria de la memoria, permitió mercantilizar sus fragmentos. Repercutió en la filosofía, el arte, la cultura, la crítica social, la literatura y la política, dando lugar a un sinfín de sucedáneos. El *Compendio de recuperación* es un texto de combate contra ella. Se acabaron las utopías, los ideales, y en fin, la modernidad sólida. Triunfaron el individualismo masificado y el encierro amueblado en la vida privada. La libertad se convirtió en libertad de consumir y la sumisión a los imperativos del consumo se volvió algo habitual y cotidiano. El proyecto de comunidad universal devino yuxtaposición de átomos deshumanizados. La cultura popular se redujo drásticamente a lo utilitario. El lenguaje se empobreció, poblándose de neologismos técnicos y posestructuralistas. La realidad resultaba entonces ininteligible y se envolvía en un cúmulo de

representaciones, todas ellas incompletas y arbitrarias, y, por lo tanto, quiméricas y falsas. Las fantasmagorías que la sustituyeron desde entonces no han hecho más que oscurecer las mentes y volver los seres humanos ajenos a la vida real, ya que no alcanzan a entender su racionalidad, pues su mirada no atraviesa la superficie de las cosas, no va mas allá de lo contingente y se queda en las apariencias exteriores, en el espectáculo.

La transformación del mundo según pautas libertarias fue abortada finalmente en los ochenta, quedando los revolucionarios forzados a un repliegue sobre sí mismos del que solo los más conspicuos intentaron salir mediante la reflexión crítica. El pájaro de Minerva emprende el vuelo a la medianoche. La elaboración teórica nace pues de la constatación de un fracaso, el de la revolución social, al que no se consideró definitivo. Las perspectivas de cambio revolucionario se alejaban, pero la victoria de la dominación no había resuelto ninguna de las contradicciones esenciales; más bien las había agudizado. Las crisis eran por lo tanto inevitables. El movimiento antinuclear, la juventud de Tien an menh, el pueblo de Soweto, la Solidaridad de los obreros polacos y la caída del muro de Berlín, por ejemplo, eran señales de un futuro saludable. El pensamiento crítico no pretendía más que tender puentes entre las revueltas pasadas y las futuras. Su tarea era pasajera: intentaba actualizar la condena universal del actual estado de cosas para salir de un laberinto cuyas vueltas se iban alargando demasiado. La teoría era la herramienta con la que el crítico no solo intentaba explicar la época con el fin de sobrevivir a la miseria moral y al vacío que la caracterizaban, sino con la que aspiraba a reunir de nuevo las fuerzas latentes de la negación, aquellas que continuaban haciendo de la insatisfacción su causa. Es el objeto, por ejemplo, de libros como *La nuclearización del mundo* y de la revista *Enciclopedia de la Nocividad*.

Así pues, la teorización no significó en modo alguno pasividad o retiro: la puerta siempre estuvo abierta para la acción por mínima que fuera la ocasión de practicarse. Teoría y práctica no se opusieron sino para fusionarse en una totalidad reconstruida, pero tal fusión no sucedió y hoy por hoy aún está lejos de concretarse. No se andaba desencaminado, pero se pecó de optimismo, se confió demasiado en el poder disolvente de la verdad y se valoró en exceso la negatividad de los conflictos: por un lado, la verdad se relativizaba y dejaba de tener efecto alguno en un mundo dominado por la falsedad; por el otro, la negación era incapaz de devenir pasión creadora. La crisis había alcanzado también al movimiento obrero y a sus ideales de emancipación. La sociedad capitalista sobrevivió y supo prevenirse contra los escándalos y las revoluciones volviendo superflua, gracias a las nuevas tecnologías, a una parte de la población obrera, la fuerza productiva central. No es que cada vez más trabajadores potenciales rechazaran ingresar en el mercado del trabajo, sino que dicho mercado rechazaba a un número creciente de trabajadores. La presión del paro y el temor a la exclusión causaron tantos estragos como la propaganda consumista, por lo que, ni una conciencia universal ni menos una voluntad popular pudieron cuajar, o dicho de otra manera, el sujeto revolucionario, las fuerzas de la negación y la afirmación, la nueva comunidad combatiente de individuos deseosos de organizar libremente su vida, no consiguió formarse. Las reglas de la mercancía y la ideología del progreso siguieron determinando las relaciones sociales tanto en la vida cotidiana, cada vez más colonizada, como en la vida pública, cada vez más profesionalizada. Al globalizarse el capitalismo y expandirse las nuevas técnicas de comunicación, el espectáculo penetró tan profundamente en el imaginario social que llegó a sustituir completamente la realidad. De resultas, la irraciona-

lidad contaminó cualquier razonamiento. Y sin pensamiento racional no hay sujeto real.

El ser humano solamente puede realizarse en una sociedad libre, pero en la sociedad contemporánea la libertad se ofrece únicamente como espectáculo, el no-lugar de la resolución ficticia de las contradicciones sociales. Espectáculo también de la política, de la vida social, de la cultura y de la revolución si cabe. Espectáculo de la autorrealización, cada vez menos creíble, puesto que el grado de frustración ya es demasiado elevado para contrarrestarse con simulacros. Ante ello las seudomovidas "de izquierda" se emplean a fondo. Las ideologías izquierdistas son al espectáculo lo que el pensamiento crítico es a la revuelta. Constituyen el primer peldaño hacia la sumisión espectacular. Cumplen la función consoladora en otro tiempo encomendada primero a la religión y luego al consumo: hacer soportable la miseria personal y la sensación de fracaso. El izquierdismo actual intenta adoctrinar a los sectores desclasados, principalmente juveniles, para movilizarlos en nombre de abstracciones como por ejemplo la clase obrera, el pueblo o la ciudadanía. No lo hace en pro de una sociedad en libertad, sin Mercado ni Estado, sino en pos de una renovación de la economía neoliberal que incluya mejoras del deteriorado estatus social de dichos sectores. A eso llaman "transición al postcapitalismo".

A pesar de la destrucción del medio obrero, de la proliferación de funcionarios y empleados, y de la automatización de la industria, una minoría vanguardista sigue asignando un papel redentor al proletariado industrial. Apenas cuentan en sus análisis el desclasamiento y la alienación, fáciles de comprobar en la generalización entre los asalariados de una mentalidad idéntica a la de la clase media. En un mundo sin sentido, cuando más absurdas sean las teorías mejor calado tienen. Sin embargo, la

mayoría de izquierdistas si que han adaptado sus estrategias a la presencia estabilizadora de esa masa asalariada filistea a la que llaman “ciudadanía”. La “ciudadanía” surgió como el sujeto imaginario del moderno cambio político, ocupando en el terreno institucional la centralidad que la clase obrera dejó vacante al perder su identidad y su ser. Ella se confirma por el hecho de votar, no por el de pensar y actuar. El principio regulador de su ser es el derecho al voto, no el derecho a la rebelión. En tanto que nueva clase universal no fundamenta su existencia en el escándalo de la desigualdad, la alienación y la opresión; más bien se apoya en su capacidad electoral y en el poder del Estado. Se comporta pues más como un grupo de presión que como una clase. Accede a la realidad gracias a las urnas, no a las protestas.

No se suele dar mucha importancia a la novedad clave de la civilización industrial posmoderna, a saber, la expulsión a los márgenes de la sociedad, sin medios materiales suficientes, de ingentes masas abandonadas a la degradación psicológica y a la miseria. En efecto, actualmente más de mil millones de pobres viven en las periferias metropolitanas del mundo. Hoy en día, solo las víctimas inmediatas de la economía —los campesinos expulsados del campo, los excluidos del mercado laboral, los trabajadores temporales y precarios, los parados y marginados, los endeudados y desahuciados, los indocumentados y los sin techo, los refugiados y los desplazados, etc.— son susceptibles de reaccionar violentamente contra su situación material y espiritual inhumana, pero no están en condiciones de inventar actividades libres que les encaminen hacia la superación revolucionaria de su situación. La clase dirigente bien que lo sabe, puesto que, aunque no tema en absoluto que ese subproletariado se convierta en el “ejército de reserva” de una revolución inexistente y que casi nadie desea, aprovecha su violencia para legitimar la

transformación del Estado "del bienestar" en un Estado penal, merced a un endurecimiento punitivo, una legislación restrictiva y una policía con amplios poderes y alto grado de impunidad. En definitiva, las auténticas capas desfavorecidas han dejado de desempeñar función alguna en las ideologías salvacionistas de la posmodernidad. La idea de concederles una "renta básica" o de embarcarlas en proyectos "cooperativos" subvencionados con el fin de reintegrarlas en el consumo, es de origen neoliberal. Los izquierdistas hace tiempo que se consagraron enteramente a las nuevas clases medias bajo amenaza de depauperación, de conducta más previsible y políticamente más rentable. El ciudadanismo representa la ideología del fin de la clase proletaria como referente doctrinal. Pero ¿qué ocurre con los desarraigados de la mundialización, con los habitantes de las zonas abandonadas por la economía, extraños en un mundo hostil y en descomposición, sin esperanza ni futuro?

El resultado del desclasamiento general, fenómeno que discurre en paralelo a la proletarización total, es una persona desubicada, ignorante, sin normas ni valores, indiferente al conocimiento y al saber, frustrada y rencorosa, enemiga de todo y de todos. Ya no estamos en una lucha de clase contra clase, sino en una especie de guerra de todos contra todos. Puede que a primera vista no sea tan evidente, pero a juzgar por el frenesí y la histeria que subyacen en los hechos cotidianos, los individuos parecen artefactos a punto de estallar. Solo el miedo les retiene, pero no por completo. Los valores de clase —el respeto, la lealtad, la compasión, la generosidad, y, sobre todo, la solidaridad— han dejado de practicarse, de suerte que los motines de la desesperación sustituyen a las huelgas generales, pero sin efecto acumulativo alguno. En la periferia metropolitana, se siguen produciendo levantamientos desde 1981, año de la algarada de

Brixton —desde agosto de 1965, si tenemos en cuenta los disturbios raciales de Watts—. Los alborotos suburbanos son puramente destructivos, vandálicos; no reivindican ni se coordinan, no emiten consignas ni tienen portavoces, están despolitizados, desorganizados, sin objetivos. Una chispa de indignación los enciende y el cansancio o el aburrimiento los apagan. Revueltas sin conciencia sobradamente motivadas, pero que el Estado puede utilizar e incluso provocar si necesita coartada para reforzar los mecanismos autoritarios. Jaime ha sido el primero en hablar de esa posibilidad bien real de montaje provocador en *El abismo se repuebla.*

No faltará quien crea ver en tales movimientos, por supuesto desde lejos, el retorno del verdadero proletariado, y habrá quien considere positivamente sus monstruosas carencias, pero ello es debido a la fascinación que ejerce la nada, rebautizada como deseo permanente de insurrección, sobre los jóvenes urbanos intelectualizados, insumisos pero incapaces de una rebelión propia. Estos nuevos ideólogos no se inquietan ante la ignorancia y la sinrazón, enaltecen el egoísmo, hacen tabla rasa de la cultura, ignoran la historia y estetizan la violencia, los rasgos típicos no solo del desplazado suburbial, sino del individuo posmoderno, solipsista, normalmente integrado. Glorifican el enfrentamiento con las fuerzas del orden y los incendios en tanto que estadio supremo de la revuelta. Bueno, no es exactamente la revuelta, sino el espectáculo del caos, la "deconstrucción" total. Leyendo semejantes diatribas se tiene la impresión de que tratan de ocultar la crisis en lugar de explicarla. La retórica sofisticada y apocalíptica, a menudo salpicada con verdades de cajón, citas escogidas y alusiones históricas estilo Comité Invisible, no cambia la naturaleza oscura de las visiones tremendistas. Al suprimir con más o menos destreza el pasado, la memoria, la verdad objetiva y el

mismo pensar, se suprime la contradicción, la tensión entre posturas antagónicas, el contenido de la vida real y el sentido de la lucha. Todo transcurre en una perspectiva lineal rígida que trata de dar sentido a la proliferación de hechos violentos inconexos, artificialmente encadenados. La nada, como la muerte, es liberadora a su manera. Si la verdad no existe, la realidad tampoco: cualquier especulación está permitida, cuanto más catastrofista mejor. Como dice Nietzsche: "No hay hechos, solo interpretaciones." Esta clase de razonamiento conviene tanto a la dominación, que es perfectamente legítimo preguntarse si acaso no es fruto de ella. El discurso del poder, léxico aparte, no es esencialmente diferente. Así pues, el discurso de la revuelta no debe de apostar por la negatividad absoluta; esa es una enseñanza aprendida del pasado. Los días felices de la revolución nunca volverán a menos de que una masa considerable de gente decida vivir de otro modo y se sitúe negativa y positivamente —dialécticamente pues— al margen de lo establecido. Mas ¿es eso lo que pasa?

El capitalismo, en la fase tardía de la globalización, ha suprimido todo vínculo comunitario, cultura autónoma, sociabilidad, práctica colectiva, identidad de grupo, etc., despojando a los individuos de cualquier relación directa y profunda con sus semejantes y con su entorno, enfrentando a los unos con los otros. El *homo* posmoderno, privilegiado o marginado, es un indigente psicológico, un narcisista insensible con una carencia absoluta de empatía; cuando se desvanecen las apariencias y la función termina, ante sí no tiene realmente más que soledad y vacío. La experiencia social más verídica en el mundo tecnológico colonizado por la mercancía es la de la ausencia y la nada. Así es la alienación en la fase crepuscular. La mayoría tratará de huir, bien exigiendo seguridad para sumergirse aún más en una vida privada deplorable, en gran medida virtual y *friki*, bien recurriendo

a identidades artificiosas y a causas ficticias, refugiándose como antaño en las ideologías o en las religiones. Los tiempos son propicios tanto para las evasiones militantes como para la esquizofrenia —hechos ya relacionados por Gabel—, tanto para la falsa conciencia como para las reacciones psicopáticas contra una sociedad contemplada como entorno extraño y hostil. Quedan igual de abiertas la posibilidad de encerrarse en un caparazón bien acondicionado y la de arrojarse al precipicio. La Organización Mundial de la Salud (OMS) calcula que un tres por ciento de la población mundial sufre psicopatías —Reich diría peste emocional—, es decir, 160 millones de personas. Seguramente el porcentaje es mayor, el doble o incluso más. La frustración ha llegado tan lejos, que una considerable minoría rechaza acomodarse a una cotidianidad degradada y securizada y se lanza de cabeza hacia la muerte, llevándose por delante a los primeros que se le cruzan por el camino, figurantes involuntarios de sus hazañas.

El pánico, la angustia y la depresión propician la sumisión incondicional, el *cocooning* y el suicidio silencioso, pero la rabia y el resentimiento desembocan en psicosis, violencia criminal e ideales de exterminio. No es algo exclusivo de una clase o subclase específica: la atracción del abismo es casi lo único de esta civilización en horas bajas que puede considerarse universal. Los frecuentes casos de jóvenes armados de familia pudiente que cuelgan sus cavilaciones patológicas en las redes sociales e incluso graban sus asesinatos en sus *smartphones* momentos antes de suicidarse o ser abatidos, son un buen ejemplo de hasta dónde puede llegar el revanchismo y la angustia existencial de los desequilibrados nihilistas cuando salen de la burbuja de la privacidad. Algo muy trivial, y sin embargo, muy corriente. En las condiciones actuales de enajenación, incluso resulta natural. El tejido social se deshilacha, se acaban los tiempos modernos y se

repuebla el "abismo", como dice Jaime Semprun, pero con gente de todas las clases. El extremismo suicida llama la atención al islamizarse, pero no nos engañemos, no es el Corán lo que alienta a los yihadistas de los guetos europeos, sino el desarraigo, el delirio, la sensación de poder y el fetichismo de las armas. Hechos similares vienen sucediéndose desde mucho antes. El mismo desprecio de la vida y el mismo culto a la muerte subyacen en la conducta del copiloto de Germanwings o del ultraderechista noruego responsable de la matanza en la isla de Utøya, en la de los autores de la masacre del Instituto Colombine —imitados en más de setenta ocasiones—, o en los sicarios y las maras latinas.

La población bajo el capitalismo global ha perdido el rumbo y no dispone de líneas claras de conducta con las que orientarse: los modelos de la clase media satisfacen cada día menos. Las condiciones dominantes son pasablemente psicopáticas: bajo el complejo de Narciso, el enemigo siempre son los otros. No son pues los voluntarios lumpen del Estado Islámico un caso extremo de fundamentalismo mortífero que responsabiliza a todos los "infieles" de la opresión de un supuesto pueblo musulmán —otra abstracción—, sino una de tantas apariciones de esa aberración tan laica típica de un capitalismo globalizado: el nihilismo. El Islam no tiene nada que ver, en cambio, internet sí. La cosa juega ya un rol demasiado importante para ser soslayado y ya podemos encontrar —por ejemplo, en Olivier Roy— estudios muy afinados. La crisis de la cultura ha sido el resultado de la eliminación completa de la subjetividad —del yo freudiano—, los valores, la comunicación directa y la vida interior —eso que Derrida llama "metafísica"—, consecuencia del dominio absoluto de la economía y de la apropiación unilateral del conocimiento científico y técnico por parte de sus ejecutivos.

Paradójicamente, el progresismo de los dirigentes y el cientismo de los expertos han precipitado a la humanidad en la fosa del irracionalismo, acontecimiento celebrado como un triunfo filosófico por todos los pensadores posmodernos. Pero lo irracional no es real, el saber instrumental no es cultura y la ciencia no es la única forma de aprehensión de la realidad. Por otra parte, el progreso material termina acarreando fuertes retrocesos éticos. Ni el objetivismo tecnocientífico, ni la razón económica, determinan una manera humana de vivir, sino una supervivencia mecanizada. Cuando los saberes han sido desplazados de la vida real, o sea, de la cultura propiamente dicha —cuando el ser humano universal ha sido liquidado en provecho del individuo aislado, interseccionado y robotizado— nada tiene valor y todo da igual. El nihilismo impregna el modo de vida inhumano de los nuevos tiempos. Otros apuntarán a la sinrazón o la barbarie. Estamos no solamente inmersos en una crisis social global, sino en una crisis de la civilización, tanto en sus formas occidentales, como en las orientales. No hay choque entre culturas, hay disolución generalizada de todas ellas. En su punto culminante, la globalización, se han creado tales alteraciones en la vida cotidiana, tales desarreglos en las mentes de las personas, que la eticidad reguladora y moderadora de los comportamientos sociales ha desaparecido por doquier, de Norte a Sur y de Oriente a Occidente, convirtiéndose la sociedad global en una fábrica planetaria de perturbados, muchos de ellos fuera de control y con cargos dirigentes. Recordemos a propósito de esto último que, desde el acceso al poder de los militares argentinos y chilenos y la irrupción del narcotráfico a gran escala, la tortura, el asesinato y la desaparición se han convertido en una forma nada excepcional de gobierno.

La mundialización capitalista es el principal enemigo de sí misma. No teme ni a los conflictos ni a las crisis, siempre inevitables puesto que sus causas se multiplican, sino al carácter incontrolable del mal que ella misma fomenta —guerras incluidas—, porque provoca fisuras en sus rangos y debilita sus fundamentos; por eso el catastrofismo está presente en su propaganda. La administración del desastre parte en busca de argumentos con que explicar sus malos resultados y justificar sus funestas decisiones. Y mira por dónde, al cubrirse una porción del nihilismo con el velo islámico, proporciona esta el pretexto ideal para la construcción de un Estado mundial securitario, el instrumento con el que los dirigentes de este mundo absurdo tratan de evitar su hundimiento, aunque fuera al precio de sacrificar literalmente un amplio número de gobernados. Los cuerpos de seguridad ya encabezan los cortejos de manifestantes protestando contra el terrorismo. El control social generalizado y la aplicación del Derecho Penal del Enemigo se justifican de manera mucho más convincente con la proliferación de yihadistas espontáneos y solitarios —"terroristas"—, que con el alarmismo de la descomposición social, basado hasta ahora en la delincuencia, el tráfico de estupefacientes, la inmigración refractaria y los idealistas antisistema. Los "enemigos" son fundamentales para la estabilidad de una sociedad globalizada abierta a catástrofes imprevisibles. No obstante, repetimos, los verdaderos enemigos de la humanidad, los nihilistas de elite, irresponsables y dementes, ocupan ahora los puestos de mayor relevancia.

Por desgracia, la insurrección queda todavía lejos; las escaramuzas anticapitalistas son demasiado débiles y minoritarias, cuentan con apoyos escasos y con no poco rechazo en la población mayormente conformista y temerosa. Encima, arrastran el peso muerto del reformismo ciudadanista y de las fórmulas con-

vivenciales ilusorias tipo redes de consumo "responsable", bancos de "tiempo" y monedas "sociales". Como con el caos, hay que ser cruel con su valoración superlativa, que no obedece más que al autoengaño, al *bluff* activista y a la demagogia del ciudadanismo experimental. La mayoría de los que se embarcan en tales proyectos sienten pánico ante los males a los que arrastraría el derrumbe del edificio social, o ante la represión que podría desencadenar una acción demasiado radical, por lo que prefieren cerrar los ojos a lo evidente: el hecho de que ningún territorio significativo puede funcionar al margen de la norma capitalista y competir con el "sistema" sin que este dé buena cuenta de él. A pesar de todo, por más victorias parciales que el sistema se apunte en su haber, por más pavor que inspire en la masa ciudadana su ruina, el capitalismo encierra contradicciones colosales que le condenan sin remisión. La carrera frenética a favor del crecimiento económico ha desconyuntado irreversiblemente la sociedad, ha mundializado la corrupción, ha desencadenado guerras y engendrado dictaduras, y sin lugar a dudas acabará destruyendo el planeta.

Los revolucionarios de los sesenta y setenta subestimaron la capacidad de supervivencia del régimen capitalista, pero no se equivocaron en el diagnóstico. El que las minorías críticas no consigan hacerse oír por el momento, no impide que el grado de insatisfacción progrese y que la protesta lúcida pueda reaparecer y extenderse si una idea de vivir de otra manera —una cristalización de la consciencia histórica— logra prender en una masa de población numerosa donde estén bien representados los excluidos. El desabastecimiento y el hambre contribuyen a ello, pero no es lo determinante. Naturalmente, la supervivencia es lo primero, pero la imposibilidad de satisfacer las mínimas necesidades morales que dan forma al espíritu comunitario es el

elemento de revuelta principal. Así sucedió en las revoluciones proletarias del pasado y así puede volver a suceder en las luchas en defensa del territorio, las únicas realmente llenas de contenido vital y con capacidad idealista. La reconstrucción de lazos comunitarios y la vuelta de la razón, quedan en el horizonte de la posibilidad, sin garantías, puesto que no se dispone de medios suficientes de autodefensa. Los resignados son por ahora mayoría y los arribistas, depredadores y enfermos mentales, numerosos, pero no cabe la menor duda de que la sociedad estatizada de mercado está destinada al desguace. Eso es lo único que realmente puede darse por seguro. Desde luego, esto no significa el triunfo automático de la causa libertaria, puede que incluso signifique lo contrario, que gane el Estado o que gane la barbarie nihilista, pero tampoco la libertad victoriosa es descartable. Todavía queda mucha tela que cortar. La historia nunca se detiene y a un periodo de sombras puede suceder una época de luz.

Charla del 8 de septiembre de 2017.
Presentación de *El abismo se repuebla*, de Jaime Semprun.
Feria del libro anarquista de Gijón.

Las venas de Latinoamérica más abiertas que nunca

El abismo no nos detiene;
el agua es más bella despeñándose.
Ricardo Flores Magón

En la actual etapa de la globalización capitalista, el territorio sufre una readaptación violenta a escala mundial. La actividad económica ha experimentado una brusca aceleración cuya víctima directa es el territorio. No solo este es sometido a proyectos de macroinfraestructuras y urbanización intensa, sino que, de modo general, se convierte en fuente de recursos explotables industrialmente y, por consiguiente, en el motor imprescindible de la economía. Consecuentemente, el vecindario se halla enfrentado a la ruina completa de su hábitat y de su forma de vida. En una economía predominantemente financiera, el territorio no es más que capital, lo que comporta la desaparición en su seno de cualquier actividad que no obedezca al beneficio económico privado. Ni siquiera la vida, pública o privada, queda determinada por las necesidades colectivas, sino por los intereses de la élite político-industrial expropiadora de recursos. El territorio se vuelve una especie de fábrica difusa que tiende a funcionar como una empresa modernizada, con alta tecnología y poca fuerza de trabajo, reproduciendo los antagonismos sociales al más alto nivel en forma de problemas ambientales, crisis ecológica, sobreexplotación de recursos, desplazamiento forzoso de la población y, en los países con una sociedad agrícola tradicional considerable y vital, manifestándose como cuestión agraria a

través de sus clases campesinas, aspectos novedosos ambos con los que la cuestión social se presenta más verídicamente. La crítica teórica debe tenerlo en cuenta si quiere escapar al idealismo y al dogmatismo.

El territorio ha llegado a ser el medio de producción principal; el extractivismo no es más que el reflejo capitalista de esa realidad. El orden financiero-industrial no sabría imponerse sin la explotación masiva del territorio plasmada en múltiples planes de desarrollo. La sociedad de consumo posmoderna no sería lo que es sin los *bulldozers* y las tuneladoras. La construcción de autopistas, puertos, represas y pesquerías, la edificación de centrales nucleares, eólicas y fotovoltaicas, la prospección minera, gasística y petrolera, los monocultivos, los agrocombustibles y la reforestación industrial, el turismo masivo, etc., son algunos ejemplos ilustrativos de la nueva fase desarrollista ligada a la consolidación del mercado global. El extractivismo es un neologismo político para designar el pillaje territorial. Los Estados, modelados conforme a sus exigencias y dirigidos por una casta poderosa que saca poder y provecho de la coyuntura, no dudan en sacrificar el territorio, deportar a sus habitantes, eliminar su cultura, arruinar el medio ambiente, contaminar el entorno, poner en peligro la salud y amenazar la supervivencia de todos. El extractivismo caracteriza un estadio particularmente obsesivo y adictivo de la sociedad productivista y consumista, aquél en que constituye el núcleo ideológico del pensamiento de la clase dominante. Para la mentalidad extractivista no cuentan más que las ganancias económicas a corto plazo, no las consecuencias a largo plazo. Como resultado, regiones enteras quedan deformadas y divididas por infraestructuras que se realizan en acuerdo con las exigencias del mercado, mientras que la población empobrecida huye del campo degradado para agolparse en las perife-

rias insalubres de las conurbaciones, contemplando e imitando la domesticación de las masas urbanas en el consumo sistemático. El "desarrollo" es desarrollo de y para los otros, la oligarquía, sus intermediarios y su clientela, el que corresponde a un modo de vida artificial, atomizado, nocivo, con la obsolescencia programada.

En los últimos veinte años, las élites de los países latinoamericanos se han volcado en la exportación de materias primas —principalmente alimentos, pasta de papel, minerales, agrocombustibles e hidrocarburos— favoreciendo la inversión extranjera y allanando el camino a las corporaciones multinacionales. Han asumido una especie de división mundial del territorio con el fin de quemar rápidamente etapas de atraso industrial e insertarse con ventaja en el Mercado global. El territorio ha sido zonificado, dividido en función de su especialización productiva según planes desarrollistas elaborados en las metrópolis. Lo llamativo del caso era que buena parte de los protagonistas de tal orientación no pertenecían a las clases dominantes tradicionales, sino a partidos y coaliciones políticas "de izquierda", militando por una regulación estatal de la actividad extractiva. El aumento de los aparatos estatales es otra de las características más comunes del actual sistema capitalista, apenas afectado por la ortodoxia neoliberal, jamás aplicada del todo, y un yacimiento de empleo agradecido. Si algo singulariza la etapa globalizadora, es la fusión del Estado con el Capital. Ambas son caras de una misma moneda, como lo son igualmente la política y la economía. Pues bien, los izquierdistas habían llegado al poder político con promesas de justicia social, erradicación de la pobreza, derechos políticos, participación de mayorías excluidas, protección de la naturaleza y, por supuesto, "desarrollo" nacional. Tenían pues que hacer compatibles sus programas ambientalistas y sociales con la ha-

bitual dependencia económica y naturaleza exportadora de sus países respectivos, es decir, tenían que fomentar el extractivismo y socializar sus beneficios. Armonizar el saqueo y la devastación del territorio con planes de asistencia, educación, salud y empleo, llevados a cabo de manera a conformar una clientela política fiel y satisfecha.

La subida de los precios mundiales de las materias primas proporcionó fondos ingentes que sirvieron para soldar el Estado con las grandes empresas extractivas, consolidándose así la nueva casta progresista-extractivista, más que predispuesta a sacrificar tantas zonas de la "Madre Tierra" como hiciese falta, con tal de mantener el flujo de capitales que la mantuviera en el poder. Y en efecto, el éxito mercantil coronó la operación estatista-exportadora, haciendo posible el crecimiento por etapas del bienestar consumidor, medido en número de automóviles, televisores, ordenadores, empleos creados, viviendas construidas, pensiones, créditos, subsidios, títulos universitarios y seguros médicos. Al crecer el "ogro filantrópico", que es como llamaba Octavio Paz al Estado, se transformó en empresa, acarreando la corrupción "de izquierda". Los logros indudables contra la pobreza son responsables de un aumento de la capacidad de consumo popular paralelo al de la extracción, auténtica materialización del Progreso y la "modernización", han fomentado los sobornos y corruptelas, han cooptado a luchadores sociales, han incrementado la dependencia del gran capital y la tecnología, bajado el nivel de compromiso social y dejado sin autonomía a los individuos, grupos y colectivos. Minucias del presente en nombre de un futuro mejor y más americanizado. Triunfos pues, que consagran las poltronas de la burocracia político-administrativa y que provocan la expansión del elemento estabilizador más típico de la posmodernidad producida por la tecnología totalitaria

y la descomposición progresista de la condición humana: la clase media asalariada.

Las nuevas clases medias, compuestas principalmente por funcionarios, empleados y profesionales, deben su expansión a la terciarización de la economía y a la ampliación de la burocracia de Estado. Su estatus no depende de la propiedad de sus medios de trabajo, como la pequeña burguesía clásica, sino de su preparación académica, tanto técnica como ideológica. Buena parte de ellos trabaja en asesoramiento, en gestión, en publicidad, en información, en elaboración y transmisión de la ideología dominante, etc. El aumento del número de estudiantes es mejor indicador de su ascenso social que el número de teléfonos portátiles "per cápita". Dichas clases constituyen más o menos el tercio de la población, menos de la mitad de la magnitud que alcanzan en Europa, Japón o Estados Unidos, donde son la clase más numerosa.

Por su origen y situación social los estratos intermedios de asalariados diplomados, ligados al trabajo improductivo, conforman una clase urbana relativamente ilustrada, tecnófila, desarrollista, pragmática y liberal. Esta posee una mentalidad moderada, tendente al acomodo con la autoridad y poco dada al conflicto, primando la seguridad por encima de la libertad cuando la estabilidad de las instituciones en la que se basa su prosperidad se halla comprometida. Mientras su capacidad de consumo se mantenga, o como dicen los economistas, "mientras se sostenga la demanda interna", los asuntos privados importarán más que los públicos; pero cuando la clase en cuestión se vea afectada por los tratados de libre comercio o por las crisis, saldrá de su inmovilismo y contaminará los movimientos sociales, tomando iniciativas políticas que se concretarán en nuevas formaciones y frentes. No se caracterizan estas por su anticapitalismo,

aunque por conveniencias electorales lo proclamen; la finalidad no es evidentemente la emancipación de la humanidad explotada, ni una sociedad libre de productores libres, ni mucho menos la abolición del Estado. El objetivo es mucho más prosaico: es el rescate de la propia clase, o sea, su desproletarización por la vía político-administrativa. Resumiendo, lo que distingue la revuelta de las clases medias de las revueltas campesinas y proletarias, es su reivindicación de profundos cambios políticos y su indiferencia a los cambios sociales más nimios.

El cuestionamiento de la naturaleza del Estado era propio de clases que deseaban destruir toda forma de poder separado. No es el caso de los partidos ciudadanistas que representan a la nueva clase media: su dogma intocable es que todo antagonismo social tiene una solución política dentro del Estado. El régimen parlamentario enderezará el rumbo de la patria gracias a su participación. La partitocracia ampliada rectificará los errores históricos de la vieja política y resolverá todas las crisis. De acuerdo con el punto de vista ciudadanista, la lucha social pasa a segundo plano, constituyendo dicho enfoque un factor de confusión, desmovilización y desclasamiento de primera magnitud, en tanto que no sea criticado y denunciado por un movimiento auténticamente subversivo. La tradición en la que se apoyan los partidos mencionados es leninista puesto que persiguen el poder y adoran la jerarquía, pero no practican los métodos conspirativos del sectarismo iluminado. Son los partidos por excelencia de la componenda: sus armas son las tácticas electoraleras, las poses mediáticas y las candidaturas, algo típico de la socialdemocracia, todo ello aderezado con una retórica variablemente patriotera, folklórica y caudillista. No se centran en la agitación, sino en el "diálogo": buscan negociar, no amotinar. Son abiertamente reformistas; no pretenden abolir el capitalismo, sino administrar-

lo. Prometen que la economía, la productividad y la exportación de materias primas funcionarán mejor con ellos. Son keynesianos; no quieren un capitalismo burocrático de Estado, sino un Estado burocrático que reinvierta una parte de las ganancias del capitalismo en conservar y ampliar la clase media, tanto en la conurbación como en el campo. Por consiguiente, ellos son la encarnación moderna del mito del Estado "ciudadanizado", el Estado paternalista accesible a sus candidatos. O dicho de otra forma: el Estado mediador entre las clases peligrosas —el proletariado de las barriadas basura y el campesinado tradicional— y la razón de Mercado. En cierto modo, el Estado populista de los Correa, Evo, Ollanta, Lula da Silva, Mújica y Bachelet. Sin embargo, la misión actual del Estado latinoamericano solo es temporalmente la mediación, y cada vez que entra en acción surge visiblemente como el tentáculo armado de los intereses transnacionales. La clase media asalariada mira entonces para el otro lado pues, aunque no sea la clase mayoritaria en América Latina, su peso político es mayor que en otras partes del globo y sus intereses empiezan a soldarse con los del comercio internacional: sus partidos y frentes han tocado el poder, han pisado moqueta y se han relacionado con los dirigentes mundiales, y por si fuera poco, su proceder exitoso en el apuntalamiento de la partitocracia se ha convertido en modelo para el ciudadanismo mundial.

Hacía tiempo que el movimiento obrero oficial se había integrado en el sistema. Antaño, la explotación económica provocaba la revuelta en un mercado de trabajo fuera de control y un proletariado alejado de los valores burgueses. Ahora, la necesidad no obliga a este a reivindicar en su nombre una sociedad nueva. Su praxis no le conduce a la autonomía. Mientras el rendimiento laboral no disminuya, los salarios garanticen un determinado poder adquisitivo y el gasto público sostenga los servicios

sociales, el comportamiento de la masa asalariada no será nunca ni sedicioso ni radical. Su forma de vida sigue resignadamente las pautas de la dominación. Los mecanismos de control social vigilan y se encargan de que esto sea así. El antagonismo violento se traslada entonces a los márgenes del régimen capitalista: la contradicción mayor ya no la provoca la plusvalía apropiada por la clase explotadora, sino la exclusión social. Los protagonistas principales del drama histórico ya no son los que están dentro del mercado laboral y andan lastimosamente por las rutas de la alienación, sino los expulsados, los disidentes y todos los que se resisten a entrar o moverse en el circuito de la mercancía: los que se sitúan fuera del "sistema" como refractarios y enemigos. La manera con que se dan a conocer en el terreno social es nueva, espontánea, plural, creativa y asamblearia.

No obstante lo anterior, la protesta necesita articularse y defenderse, por lo que ha de aprender a nombrar a sus adversarios, especialmente a los de dentro: la vieja y desacreditada izquierda, el ciudadanismo de nuevo cuño y los clanes populistas. A los de fuera: los oligarcas de la industria y las finanzas, la plutocracia neoliberal, los terratenientes, los ejecutivos de las multinacionales, etc., ya los conoce de sobra. A medida que dicha protesta avance no podrá evitar esa lucha interna, y solamente superándola podrá encararse con las clases dirigentes con posibilidades de éxito. Entonces, podrá expresar la verdad que contenía y su causa podrá convertirse en la causa de todos los oprimidos. Ella desbordará los contornos locales que la limitaban, dejará atrás su particularismo y se transformará en ejemplo para el mundo.

Las sucesivas Cumbres de la Tierra, empezando por la de Río, tenían la misión de conciliar el crecimiento económico y el extractivismo con la devastación del territorio, disimulando esta a través de fórmulas de inversión medioambiental. Ponían la pri-

mera piedra de un capitalismo "verde" basado en un "desarrollo sostenible" y una "transición energética", lo que equivalía a rentabilizar la destrucción del entorno natural y rural mediante la creación de un mercado ecológico de la degradación. La descarbonización, la rehabilitación paisajística, la contaminación controlada, el reciclaje, la desalinización de las aguas marinas, los transgénicos, la industria de las energías renovables, etc., son ejemplos palmarios de ese salto cualitativo hacia la barbarie de la economía "sostenible". Pero, allá donde la brutalidad de los proyectos desarrollistas es imposible de disimular bajo el oropel de la sostenibilidad, la conflictividad se expande.

La economía verde es más propia de países industrializados sin verdaderos campesinos. En Latinoamérica, donde la población rural es considerable e incluso a veces mayoritaria, el lado extractivista del mercado puede contemplarse en una demanda de territorio sin precedentes. Al final, una avalancha de nuevas carreteras, túneles, gasoductos, promociones turísticas, plantaciones, minas, pantanos, vertederos y demás, pone en pie de guerra al campesinado, obligado a volcarse en la resistencia y a precipitarse en la autodefensa y el autogobierno. Numerosas asambleas populares, comunidades indígenas, "rondas", "caracoles", comités de defensa, piquetes y movimientos de pobladores, que conviven con otras organizaciones ciudadanas de funcionamiento vertical y legalista, forman parte de las múltiples experiencias de organización improvisadas para responder a las urgencias planteadas por la lucha contra la privatización o nacionalización del territorio, al que no se quiere sin identidad, sin cultura y sin rostro, uniformizado, despoblado y mercantilizado. A su entender, el hombre pertenece a la tierra y no la tierra al hombre, y este principio determina un estilo de vida incompatible con el desarrollismo capitalista, sea o no extractivista. Las com-

plicidades han alcanzado las zonas urbanas. Habiendo cobrado el territorio una importancia económica y política cada vez mayor, la naturaleza del poder y las clases se define desde ahora en relación con el territorio. El sujeto revolucionario parece encarnarse en torno a su defensa, algo así como la nueva lucha de clases en condiciones de capitalismo acelerado, lo que de alguna forma marca una continuidad histórica: las clases campesinas han estado presentes siempre en todas las revoluciones del continente, enfrentándose con el poder en demanda de tierras y autonomía. Así pues, la historia de la lucha por la tierra ha sido y sigue siendo la historia de las comunidades agrarias.

Si la represión se centra en el campo tradicional, principalmente en las áreas habitadas por indígenas, es a causa de su inmunidad al capitalismo y a su capacidad de sustraerse al Estado. Los amerindios son paradigma de una sociedad sin conflicto, coerción ni violencia, donde el trabajo no es santificado, ni el poder deseado, y sí, en cambio, el fortalecimiento de las relaciones sociales. Una sociedad de iguales, sin jerarquías, con fuertes raíces en la tierra, preocupada por su patrimonio, gobernada en régimen de reciprocidad, exterior al mercado, funcionando autónomamente, con escasas interferencias por parte del orden establecido. Una sociedad donde la manera de vivir reposa en obligaciones mutuas y gira alrededor de la ceremonia y la fiesta, momento de la renovación de los lazos comunales. En un tipo de sociedad no individualista, ajena al beneficio privado, la economía es una actividad subordinada que obedece a normas comunitarias fijadas por la costumbre. El enriquecimiento personal no tiene cabida en ella, no es en absoluto la finalidad del intercambio, ya que la riqueza no se concibe como acumulación de bienes, sino como abundancia de relaciones. La competitividad resulta incomprensible fuera del juego. No pretendemos idealizar

la sociedad basada en la tradición y el derecho consuetudinario, ni retroceder a épocas precapitalistas, pero un estudio ligero de la misma ya nos muestra prácticas colectivas de pastoreo, recolección, irrigación, caza, pesca y cultivo que son ejemplares en tanto que aprovechamiento equilibrado de los recursos comunes. Indican a los habitantes de las conurbaciones que el control estatal, la nacionalización, la parcelación y venta del territorio, la alimentación industrial, la monetarización, etc., tienen alternativas mejores y que es posible una economía moral, solidaria, integrada, con tal que la sociedad sea libre e igualitaria, equilibrada y desestatizada, desurbanizada y sin mercado. La simpatía activa que despierta la sociedad indígena en los rebeldes urbanos repercute dialécticamente en ella haciendo que trascienda su localismo y se oriente hacia metas universalistas.

Con ser una fuente de enseñanzas positivas, el mayor ejemplo de las comunidades campesinas lo da la extraordinaria resistencia que estas oponen a las agresiones de los agentes del Progreso y a sus fuerzas represoras. El grado de ingobernabilidad desplegado sorprende tanto o más, por cuanto que el Estado no duda en recurrir a procedimientos terroristas; es más, la obstinación campesina ha llegado a ser un potente estímulo para las revueltas urbanas. Las asambleas, movilizaciones, plantones, marchas, cortes de carreteras, barricadas y ocupaciones, son herramientas a la vez defensivas y convivenciales, que han demostrado una eficacia superior a los métodos políticos convencionales en la neutralización de las fuerzas enemigas y en la detención pacífica de sus planes devastadores. Está claro que nada podrá lograrse sin el concurso de las masas urbanas desarraigadas y vulnerables, las más numerosas, por lo que hay que constantemente tender puentes entre el campo y la ciudad, máxime cuando la libertad corre a la par que el desarme del Estado

y a la ruralización. La conurbación no podrá reducirse a dimensiones humanas, o mejor dicho, las ciudades no volverán a ser lo que eran, proyectos de vida en común autogobernada, sin la recreación de comunidades urbanas de lucha, pero estas no podrán consolidarse sin el apoyo de una revolución campesina. En los países donde las clases campesinas todavía no han sido suprimidas por el capitalismo tal revolución es posible.

Charlas de los días 15 y 16 de noviembre de 2017.
Seminario de Pensamiento crítico, Revolución de la vida cotidiana y Organización autogestiva integral, en Guadalajara (Jalisco).
Organizadas desde la Cátedra Jorge Alonso y el Centro Social Ruptura.

Las trampas de la economía social

En lo que sigue, no pretendo otra cosa
que ofrecer una metodología que permita detectar
los medios que han sido transformados en fines.
Ivan Illich

En la actualidad, la automatización de los procesos productivos y de buena parte de los servicios ha generado un desempleo estructural cuya expansión es imposible de contener. Cuanto mayor es la productividad, más numerosa es la mano de obra que hay que apartar, de forma irreversible, de los circuitos económicos. El paro repercute en el mercado del trabajo provocando una bajada general de salarios y una precarización de los empleos de tal magnitud, que los habituales medios de contención como son los subsidios, el reciclaje y la asistencia, son desbordados. Un abismo de exclusión atrae a una creciente masa de trabajadores a los que la alta tecnología ha vuelto sobrantes e innecesarios. En los márgenes del sistema productivo se acumula una fuerza de trabajo inútil, cuya gestión, dado el aspecto de economía de guerra que adquiere la economía de mercado, se ha vuelto problemática. A pesar de las dimensiones preocupantes de un problema que no tiene solución estatal ni técnica, hay una salida que lejos de amenazar la estabilidad del régimen capitalista, de alguna manera, refuerza sus instituciones. Una de las propiedades típicas del capitalismo es la capacidad de transformación de cualquier realidad en un fenómeno económico, bien se trate de una catástrofe, de un desastre ecológico o de una guerra; por consiguiente nada impide que la exclusión tenga su precio, es decir, que sea susceptible de trasformarse en un mercado

y de que incluso alcance cotas de rentabilidad apreciables. Estamos hablando de lo que en los Estados Unidos llaman el "Tercer sector" y en Europa, "Economía social".

La economía social no tiene nada que ver con el socialismo fourierista o cabetiano, ni con el movimiento obrero cooperativo del siglo XIX. Tampoco con las colectividades de la revolución española, pues las motivaciones revolucionarias del tercer sector brillan por su ausencia. No digamos con los quilombos de los esclavos cimarrones. Los referentes históricos distantes no tienen la finalidad de resaltar una continuidad histórica cualquiera, donde el pasado ilumina y guía el porvenir, sino todo lo contrario. Los ideólogos quieren esconder la prosaica naturaleza de los proyectos socialeconómicos con disfraces heroicos de épocas pretéritas. El tercer sector no es producto de la lucha de clases, ni de una voluntad comunitaria cualquiera; sus raíces prenderían más bien en las iniciativas de las autoridades municipales o estatales, a menudo conservadoras; en las de acaudalados filántropos; en la doctrina social de las iglesias y en las obras del sindicalismo moderado o amarillo. La finalidad buscada ha sido diversa: la subsistencia de la clase desposeída, como en los proyectos de agricultura urbana durante las dos guerras mundiales o en la posguerra española; el ocio de los obreros jubilados y la terapia ocupacional; los planes de desarrollo agrario trabados por la tradición campesina y la productividad escasa de la pequeña propiedad; la construcción de viviendas baratas en un contexto de saturación de las barriadas populares; en fin, la conservación del empleo, en el caso de los operarios de las empresas víctimas de planes de reestructuración. Sin embargo, la relación directa hoy en día entre crisis ecológica, paro y economía social, denota más bien un reflejo instintivo de supervivencia de las clases medias empobrecidas bajo condiciones capitalistas críticas, que

el afloramiento entre los excluidos de una genética popular relacionada con milenarios impulsos asociativos. Jamás se habla tanto de comunidad, soberanía, autogestión y utopía que cuando no existen.

La matriz del tercer sector la constituyeron en América las Corporaciones de Desarrollo Comunitario (CDC), nacidas en los años sesenta del siglo pasado por deseo de algunos habitantes altruistas y a propuesta de algunas fundaciones religiosas. Su objetivo era suplir las deficiencias de servicios sociales y viviendas en las barriadas pobres, abandonadas por la municipalidad. Tras una primera fase de autoorganización y trabajo de base, dichas estructuras se institucionalizaron y absorbieron fondos de los programas de ayuda, créditos del Estado o de la Banca y donaciones privadas, llegando a gestionar numerosos proyectos locales de desarrollo. Se han profesionalizado y funcionan como empresas totales: construyen viviendas y escuelas, cultivan huertos que abastecen a sus supermercados, se ocupan de la formación laboral y del cuidado de las personas mayores, y de pasada crean cientos de puestos de trabajo. Lo mejor de todo es que generan beneficios. A estas alturas, en las áreas turbocapitalistas, dichas organizaciones poseen considerables activos y son responsables de un 6 o 7 % del empleo, llegando a ser garantía de eficacia en cualquier programa social de iniciativa pública.

Al otro lado del Atlántico, las cooperativas, mutualidades, circuitos cortos de intercambio, iniciativas crediticias populares, grupos de consumo y talleres colectivos, desempeñan la misma función. Aunque a tales actividades "sin ánimo de lucro", sobre todo en Europa, les gusta mostrarse como una etapa transitoria hacia una economía humanizada, como un peldaño en el camino hacia la era "posmercado", en realidad se trata de una economía intermedia, "ni chicha ni limoná", destinada a garantizar la su-

pervivencia de la masa inservible de desocupados permanentes que el capitalismo del "posbienestar" produce sin cesar. El papel que actualmente realizan las organizaciones del tercer sector es similar al que efectuaban los sindicatos en la etapa anterior del capitalismo, aquella en la que el mercado de trabajo podía normalizarse. Ellas se encargan de regular el mercado de la pobreza y la exclusión, manteniendo la miseria en niveles soportables, una tarea que la asistencia estatal ha dejado de cumplir. Si el trabajo es una mercancía, o dicho de otro modo, si cotiza en el mercado, ¿por qué no iba a serlo la exclusión? El menor coste de las actividades corporativas filantrópicas es evidente, y el resultado puede ser notable: es probable que un trabajador reciclado sea un buen ciudadano, un mejor votante y un excelente consumidor.

Hoy en día, cuando el capitalismo ha condenado a una parte de la población planetaria a la obsolescencia negándole el trabajo y el sustento, las experiencias modestamente autogestionarias dentro del sistema, sea cual sea su resultado, tienen gran relevancia propagandística e ideológica para quienes trabajan desde la "zona gris" de los internos colaboracionistas. La falsa conciencia explota y limita el horizonte incluso de los ensayos de autonomía más auténticos, como se descubre en la glorificación entusiasta y acrítica de numerosas tentativas aisladas, ignorando el conflicto social y político en el que deberían circunscribirse. El gueto autocomplaciente no hace ascos a la mediación de una nueva casta ciudadanista, dispuesta a sacar réditos políticos de la marginación sin molestar al poder. Los potenciales dirigentes afirman la posibilidad de una sociedad más justa sin necesidad de cambios radicales ni de revoluciones violentas. Bastaría con internet y la aplicación gradual de recetas cooperativistas para conseguir la plena autogestión de la sociedad en un plazo

razonable. Simplemente desplazando del centro de las actividades económicas, de modo pacífico y progresivo, a los monopolios mercantiles y al sector público, centro que sería ocupado diligentemente por la economía social gracias a la transferencia de parte de las ganancias privadas y las inversiones estatales, arduamente conseguida en las justas parlamentarias. Así pues, en el panorama de la lumpenburguesía izquierdista, una forma particular de política burguesa ha sido elevada al altar, y la revolución guardada en el baúl de las antigüedades, pues ya no se trata de destruir el capitalismo, sino de "trascenderlo" mediante la negociación entre las partes, la aplicación de leyes consensuadas y una fiscalidad convenida. No es cuestión de socialismo o de comunismo, sino de "poscapitalismo". Al Estado, ni tocarlo: es el instrumento indispensable de la transición hacia la "democracia ecológica", la herramienta que facilitará la salida del capitalismo aún quedándose dentro.

Salta a la vista en un mundo complejo atrapado por la crisis, la urgencia de una alternativa, que el ciudadanismo quiere simplista, fácil de digerir y de transmitir, sin referencias históricas directas y lo más alejada posible de un pensamiento crítico. No se desea situar la época en la historia y explicarla a partir de sus antagonismos sociales, porque no se trata de aclarar el terreno de la confrontación, sino de elaborar un discurso mistificador que encubra las consabidas prácticas reformistas de connivencia con la dominación. Las fórmulas de estabilización ecológico-administrativa de la economía, y más si se condensan en catecismos, cumplen perfectamente con la tarea. El toque superficial, místico y holista, contribuye a ello. Así pues, las prescripciones contenidas por ejemplo, en el municipalismo, la renta básica, el monetarismo social, el consumo y turismo "responsables", la doctrina del decrecimiento y el credo de los comunes, son idea-

les para "reorientar" a las masas hastiadas de tanto desarraigo hacia la frugalidad y el equilibrio. En tanto que dogmas revelados por gurús altruistas, "observatorios" o "grupos de reflexión", son las más idóneas, porque tienen una respuesta infalible y una solución mágica para todo, prescindiendo de la lucha social y de las diferencias de clase por completo. En tanto que prácticas candidatas a la institucionalización y "democratizadoras" de fragmentos de territorio, son las más indicadas para servir como ejemplo de una convivencia "responsable", o dicho con más propiedad, de entendimiento fariseo, inserto en el mundo catastrófico de la mercancía.

La ideología de los "nuevos comunes" o "comunes globales" es la única que se apoya en antecedentes históricos claros, a saber, la administración de los bienes comunales, de la que todavía quedan restos, puestos de relieve por la economista sueca Elinor Ostrom en su libro *El Gobierno de los Bienes Comunes*. En realidad es la misma economía social con otro nombre, situada en la línea "posdesarrollo" típica, que aspira a articularse con la política a través de "nuevas" instituciones sin cuestionar en lo más mínimo el sistema de partidos; y a recrear el "tejido" comunitario a través de los "mercados sociales", los *food hubs*, el *software* libre y la producción común de energía renovable. Experiencias más interesantes como por ejemplo la desescolarización, la desmedicalización, los cuidados y la crianza compartida permanecerían en la esfera samaritana de las buenas intenciones, puesto que el nivel comunitario que exige su puesta en práctica es imposible de alcanzar en economías marginales acomodaticias. La diferencia con el tercer sector radica en que los "nuevos comunes" no afrontan directamente la exclusión, pues tienen más que ver con la segregación voluntaria del mercado por parte de objetores del consumismo. El concepto de "común" se ensancha hasta abar-

car cualquier actividad horizontal y no mercantil que se pueda calificar de "cívica", normalmente monitorizada por asesores y representantes de los grandes ayuntamientos, que son a fin de cuentas los principales promotores de aquellas. Son ellos quienes ceden espacios, equipamientos y recursos a las asociaciones vecinales, juveniles, deportivas o culturales, pero cabe suponer que no gratuitamente, sino para asegurarse una clientela política. Lejos de perseguir una autonomía íntegra, los biencomuneros exigen la implicación de los poderes públicos, especialmente los locales y regionales. El reacoplamiento a los límites impuestos por la Naturaleza parece no ser incompatible con la presencia de poderes políticos exteriores, estatales, como tampoco lo es demasiado con la existencia de intereses empresariales y corporativos. Desde ese punto de vista, las patronales, los banqueros y los burócratas son "actores sociales" legítimos con los que han de trapichear los representantes de la "sociedad civil".

Los "comunes urbanos" municipales no permiten la formación de movimientos sociales rupturistas, capaces de enfrentarse con los intereses que destruyen las ciudades, porque no se prestan a verdaderos encuentros, a verdaderos debates y a la planificación de verdaderas acciones. La mediación consistorial lo impide. Eso sí, se pueden establecer pactos por una "nueva cultura" del barrio o de la ciudad, convenciendo a las autoridades competentes de la necesidad de poner una determinada cantidad de suelo urbano o rústico fuera del alcance de las constructoras. O pueden crear "consejos alimentarios" que reúnan a productores, distribuidores, consumidores y técnicos municipales con la intención de consensuar "lógicas de consumo responsable", pilar de una "democracia alimentaria". Por una vez Engels tenía razón cuando decía que la democracia era la tabla de salvación de todo lo reaccionario. Algo similar ocurre en el ámbito

rural, siendo la autoridad regional el interlocutor principal con los propietarios y nuestros "demócratas", gracias a cuya mediación se harán realidad estrategias proteccionistas materializadas en forma de "bancos" de tierra, contratos de custodia territorial, cartas paisajísticas y declaraciones de parque agrario. En ese momento la formación de candidaturas políticas municipales y territoriales llega a ser la condición esencial de la "democratización económica", es decir, de la implantación real de un sistema cooperativo circular capaz de subvenir a las necesidades básicas de un sector de la población no despreciable, donde los excluidos no son relevantes.

Quedan por demostrarse la autonomía efectiva de los ciudadanos implicados en el uso de los comunes y la eficacia real de las mencionadas estrategias contra la alimentación industrial y el consumo desaforado, por no decir contra la suburbanización del territorio y la generalización del extractivismo. Es evidente que los consistorios, las cámaras regionales y los parlamentos no son las herramientas convivenciales de Illich, accesibles a todos con la frecuencia que deseen y para los fines que quieran, como serían las asambleas, pues para servirse de ellas se debería llevar a cabo una campaña, presentarse a elecciones y obtener un acta. De ello deducimos que la "democracia" con adjetivos filisteos no pasa por la defensa del territorio ni por ninguna otra defensa: las monsergas de los ecologistas subvencionados, las de los "verdes" profesionales, las de los "nuevos comunes" y las de sus primos decrecentistas, no aluden ni por asomo a las luchas, como si la construcción de autopistas, centros vacacionales, grandes superficies, pantanos, aeropuertos, trenes de alta velocidad y demás proyectos inútiles, no existieran.

El capitalismo ha llegado a ser tan irreformable, que la apropiación de los medios de producción actuales resultaría inservi-

ble para la construcción de una sociedad libre y solidaria. Automáticamente reproduciría el mismo tipo de sociedad, con similares características. La sociedad industrial ha de ser previamente desmantelada para poder ser autogestionable. En otro lugar afirmamos que la lucha anticapitalista requería un grado de segregación importante, y por consiguiente, un serio paquete de instituciones colectivas independientes. También dijimos que las estructuras vecinales y comuneras eran infinitamente superiores a las organizaciones tradicionales, partidos, sindicatos o consejos, ya que la separación entre las esferas del trabajo y la vida cotidiana, había quedado obsoleta. La negatividad contenida en el combate no era suficiente, y un sujeto transformador no podía emerger de él sin apoyarse en un bagaje positivo de experiencias comunitarias, islotes de resistencia albergando estilos de convivencia no capitalistas. Tales realizaciones prácticas demostrarían que la vida sometida a imperativos económicos no era el mal menor, y que se podía subsistir e incluso vivir al margen de ellos.

Pero esto no significa un llamamiento a la marginación, sino a la conservación y ampliación de relaciones humanas en nuestro entorno. De ningún modo las aludidas realizaciones podían constituir por sí mismas, dentro de la sociedad capitalista con la que cohabitaban, otra cosa que ensayos muy limitados de autogestión a escala ínfima. El error garrafal sería considerarlas fines en sí y no medios para un fin, tal como hace la economía social. No son objetivos únicos, totalmente desligados de los conflictos sociales, sino armas para intervenir en estos. La capacidad de vivir afuera tendría la virtud, por un lado, de dificultar la reproducción de las relaciones sociales dominantes fomentando la sociabilidad y frenando el individualismo; por el otro, el proporcionar una buena logística a la defensa del territorio. Sin embargo,

para trascender las lindes del enclave, o sea, para generalizarse, haría falta pasar a la ofensiva, invadir a gran escala el espacio dominado por el capital. Sería necesaria una verdadera revolución. Ese es el dilema del que tratan de escapar quienes recurren a "asaltar los suelos" legalmente en pro de una rectificación política y ambientalmente "sostenible" del capitalismo global.

Charlas de los días 15 y 16 de noviembre de 2017.
Seminario de Pensamiento crítico, Revolución de la vida cotidiana y Organización autogestiva integral, en Guadalajara (Jalisco).
Organizadas desde la Cátedra Jorge Alonso y el Centro Social Ruptura.

La insumisión electoral

El sufragio universal,
en tanto que elemento activo en una sociedad basada en
la desigualdad económica y social, nunca será para el pueblo
otra cosa que un señuelo, y que en manos de
los demócratas burgueses nunca será nada más que
una odiosa mentira, el instrumento más seguro
para consolidar con una apariencia de liberalismo y justicia,
y en detrimento de los intereses y de la libertad populares,
la eterna dominación de las clases explotadoras y propietarias.

Bakunin

Si bien estas palabras fueron escritas en 1870, es decir, hace ya siglo y medio, su vigencia no puede ser más absoluta. Lo que era verdad en los albores de la sociedad burguesa, no deja de serlo aun con mayor contundencia en sus postrimerías. Aprovechemos las circunstancias para deshacer un equívoco interesado y precisar que cuando se habla de "democracia", en realidad se trata de parlamentarismo, la forma política mejor adaptada a la prevalencia de los intereses oligárquicos. La multiplicación de elecciones a los distintos parlamentos no ha hecho más que perfeccionar las herramientas mediante las cuales las masas dirigidas cooperan en la construcción de su propia cárcel. Los parlamentos, lejos de representar la voluntad popular, lo que en verdad representan es la legitimación de la corrupción política y del despotismo económico y financiero. La voluntad popular es una pura entelequia, un fantasma incapaz de materializarse en algo distinto a una casta política asociada a intereses privados corporativos.

Las fantasías políticas son un alimento que no engorda. Tanto se podría llamar al parlamentarismo democracia como dictadura, pues goza atributos de ambos; lo que sí es cierto es que no se corresponde en absoluto con la voluntad popular. Esta solamente puede nacer de la libertad, de los espacios de discusión libres, no de los monopolios mediáticos, de la indiferencia, el conformismo o la sumisión. ¿Cómo podría pues reconocerse a un parlamento que no es sino la correa legislativa de la opresión? El mejor de los parlamentos es el que no existe. Por lo tanto, si una verdadera voluntad popular consiguiera expresarse, no podría hacerlo en ellos. Nunca como hoy nos hizo menos falta el parlamento —no hablemos ya de la política— y nunca como hoy dicho parlamento nos ha tiranizado tanto.

Los parlamentos no son la solución; son el problema. Solo representan a la minoría dominante. El ritual seudodemocrático que los legitima, las elecciones, es una farsa. Nadie que no se haya resignado a los hechos consumados, a la razón de la fuerza, a la violencia capitalista, podrá reconocerse en ellos; la dignidad, la razón, la justicia se lo impiden. No puede hacer dejación de su conciencia y de su integridad en favor de la ley, pues esta no es obra de personas ecuánimes y justas; es más, si tal hiciera, estaría colaborando con la injusticia y la opresión. El interés real de la sociedad oprimida obliga moralmente a la desobediencia.

Que no se entienda nuestro rechazo del parlamentarismo como un rechazo de la democracia. Lo que abominamos es del Estado y de sus principales tentáculos, no de la democracia directa —antiestatal, horizontal y asamblearia—, la que realmente nos protegería. El Estado parlamentario, lejos de protegernos, simplemente nos atemoriza, nos amenaza, nos impone maneras de vivir sumisas. Nos permite existir bajo condiciones enteramente dispuestas por él.

> *Existen leyes injustas: ¿debemos estar contentos de cumplirlas, trabajar para enmendarlas y obedecerlas hasta cuando lo hayamos logrado, o debemos incumplirlas desde el principio?*
>
> David Henry Thoreau

Thoreau, el padre de la desobediencia civil hizo lo último. Es evidente que una ley que reafirme el dominio de la clase dominante es una ley espuria, promulgada en comisiones espurias emanadas de parlamentos espurios. Y que debido a su naturaleza profundamente arbitraria y a su carácter discutible y dudoso, violente las conciencias que tratan de regirse por consideraciones éticas, apelando a la libertad y al bien común. La ley ilegítima ha de tropezar primero con el derecho a la defensa de las propias convicciones, y por lo tanto, con el deber de desobedecerlas. Pero las constituciones paridas por los parlamentos no reconocen, por razones obvias, ni la objeción de conciencia ni la desobediencia. Precisamente su carácter ilegítimo impulsa a los legisladores a defender mediante castigos ejemplares la farsa legal. De otra forma ofrecería facilidades para ser desenmascarados.

La ley electoral no prohíbe la abstención, puesto que esta no altera los resultados; sin embargo, obliga a participar en las mesas electorales a quienes son unilateralmente designados para ello, bajo pena de multas y prisión. No tiene en cuenta el conflicto posible entre la normativa electoral y los principios morales de los individuos. Estamos entonces ante un derecho conculcado por la norma jurídica, el de resistir a los mandatos de la autoridad —siempre usurpadora— que violan las convicciones morales; en resumen, el derecho natural a resistir la tiranía política.

La mayoría no son todos. A pesar de que una gran parte de la población, por inconsciencia, por costumbre, por beneficiarse de ello, o por cualquier otra razón, acepta irresponsablemente la autoridad estatal originada en los parlamentos —autoridad

que consolida la desigualdad social y el dominio de una clase enquistada en la política y las finanzas—, hay una minoría a la que repugna colaborar con la injusticia, negándose por razones de conciencia a acatar el ordenamiento vigente en materia de elecciones. Siente que, como mínimo, su derecho al desacuerdo ha estado conculcado y que su opinión no ha sido tenida en cuenta, por lo que recurre a la insumisión, enfrentándose a las leyes que regulan la servidumbre.

La insumisión electoral, más todavía que la abstención, es una forma pacífica de disidencia que se desprende de un no-reconocimiento personal de los partidos, el parlamentarismo y el Estado, entidades en las que el disidente no se siente representado. Es el rechazo concreto de una normativa odiosa e inicua que vulnera las convicciones libertarias del elegido. El insumiso, mediante su negativa a participar en nada que legalice políticamente la dominación, antepone su conciencia al nefasto ordenamiento legislativo, y decide arrostrar las consecuencias de su insumisión antes de dar un solo paso hacia el atropello y la desigualdad. La insumisión es la cara opuesta a la servidumbre voluntaria típica de las mayorías ovejunas.

La tiranía opresora no duraría un segundo si nadie consintiera en sufrir su yugo. Cesando de aceptar la tiranía, sin ni siquiera necesidad de lucha, todos recobrarían la libertad. Pero revolcándose los individuos en el barro de la sumisión, se complacen en vivir como han nacido, sin exigir otro derecho que el que se les ha otorgado. No obstante, a pesar del empeño que ponen los dirigentes en envilecer a todo el mundo, siempre hay quien no acata de buena gana lo que antaño otros solamente acataron a la fuerza, y trata de recuperar al menos un poco de la libertad que a aquellos les arrebataron. A los insumisos, las palabras de Etienne de La Boëtie en tiempos en que los ejércitos de Henri II

sembraban el terror en Francia les han de resultar familiares: "Resolveos a no ser esclavos y seréis libres. No se necesita para esto pulverizar al ídolo; será suficiente no querer adorarlo; el coloso se desploma y cae a pedazos por su propio peso, ya que la base que lo sostenía llega a faltarle."

4 de junio de 2014.
Escrito para fundamentar la negativa de una compañera a participar en la mesa electoral donde había sido designada.

MIRANDO HACIA ATRÁS CON IRA

El *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels ojeado a distancia

El *Manifiesto Comunista* ocupa un lugar muy especial en la historia de las revoluciones, tanto en la forma, exposición clásica, tono grandilocuente, estilo cortante y revelación iluminadora, como en el contenido, la "concepción materialista" de sus autores, variante "enderezada" de la filosofía de la historia de Hegel. *Manifiesto Comunista* fue el título original de la obra, y no *Manifiesto del Partido Comunista* con el que ha sido conocido a partir de la edición francesa de Laura Lafargue. Si bien la fama actual es ante todo deudora del triunfo de la contrarrevolución bolchevique sobre los proletarios y campesinos rusos, que transformó el "marxismo" en una ideología de Estado, y el *Manifiesto*, en un documento infalible de la ortodoxia de la nueva clase dirigente, también es muy cierto que transcurridos los primeros quince años de silencio desde su primera aparición, el interés de los revolucionarios por el escrito fue en aumento, entre los cuales se encontraba Bakunin, responsable de una primera traducción al ruso. Sin embargo, aun cuando la batalla entre la burguesía y el proletariado ocupase el centro del escenario social, cosa que distaba mucho de suceder cuando fue elaborado por encargo del primer congreso de la Liga de los Comunistas, el ámbito del *Manifiesto* nunca sobrepasó los círculos intelectuales proletarios. Faltó un largo proceso de decadencia para que el texto se convirtiera en catecismo de una grosera religión difundida a escala mundial por los poderosos medios propagandísticos del Estado totalitario soviético. Nada más opuesto al pensamiento y a la volun-

tad de sus autores Marx y Engels, pero esa es la ironía con la que acostumbra a manifestarse la historia.

El interés de sus redactores residía en la necesidad de dar un fundamento "científico" al comunismo, doctrina social derivada del igualitarismo de la Revolución Francesa, y sustraerle a las interpretaciones moralistas, burguesas y utópicas que hasta entonces lo habían caracterizado. El *Manifiesto* basaba la igualdad social no en disposiciones jurídicas, experimentos altruistas o fórmulas económicas, sino en la disolución de la propiedad privada moderna y en la apropiación de los medios de producción por las futuras instituciones proletarias. La economía, es decir, el desarrollo de las fuerzas productivas y la división de la fuerza de trabajo que implicaba, determinaba "independientemente de la voluntad de los hombres" una organización concreta de la sociedad, con la burguesía a la cabeza explotando a una nueva clase, el proletariado. Burgueses y proletarios quedaban enfrentados en una lucha de clases proclamada motor de la historia en el primer parágrafo. Pero el final de la burguesía estaba implícito en el comienzo: el desarrollo de las fuerzas productivas entraría en contradicción con las relaciones de producción, y, por consiguiente, con su envoltura jurídica e institucional. El proletariado sería obligado al combate ante las sucesivas crisis económicas que marcaban el declive de la clase dominante, imbuido de la misión de seguir desarrollando las fuerzas productivas libres de las trabas de la propiedad privada burguesa. La revolución proletaria tenía la última palabra, pero al revés de otras revoluciones, esta suprimiría las clases y realizaría el comunismo. La clase obrera, al ser una clase universal, sin intereses particulares, estaba legitimada por la historia para actuar en nombre de la humanidad entera.

Poco importa que las “verdades” del *Manifiesto* hubieran sido dichas antes por otros, por los sansimonianos, por Sismondi, Proudhon, Karl Grün, etc.; se trataba de una magnífica síntesis donde se conciliaban —en sentido hegeliano— las férreas leyes del progreso y las de la revolución. Marx y Engels ofrecían una teoría de la sociedad que se pretendía “científica”. De acuerdo con ella, la historia pasaba obligatoriamente por la revuelta de la clase oprimida; todo resultaba transparente y el pasado quedaba conectado con el presente y el futuro, sus productos necesarios, en una marcha indefectible hacia la lucha final. El factor objetivo, el desarrollo económico, iba indisolublemente ligado con el factor subjetivo, la clase obrera revolucionaria. Poco importa que la veracidad de los postulados del *Manifiesto* fuese relativa, que el desarrollo de las fuerzas productivas y la lucha de clases como determinantes perennes del proceso histórico fuesen una generalización abusiva de las condiciones burguesas de la época, y que la mentalidad productivista típica de la burguesía fuese proyectada sobre todas las clases dirigentes del pasado; que las relaciones entre economía, clases, poder, crisis y revuelta no fuesen tan directas ni tan simples, o que el papel del Estado y de la Religión en todo ello resultara escamoteado. *Si non e vero, e ben trovato*. La doctrina del *Manifiesto* tenía la virtud de satisfacer, al mismo tiempo, la voluntad de sistema de la crítica teórica y el mesianismo apocalíptico de los revolucionarios de 1848. El conflicto entre burgueses y proletarios, culminación de una serie de revueltas históricas encadenadas, adquiría visos de epopeya, proporcionando horizontes milenaristas a las más nobles aspiraciones obreras.

Cabe decir que la susodicha consagración de la función histórica del proletariado ocurría cuando, salvo en Inglaterra, apenas existían obreros en Europa; se trataba pues de una anticipación

genial. El proletariado no constituía por entonces una clase autónoma y unificada, y sus "coaliciones" en defensa del salario o por la reducción de la jornada no eran tenidas en cuenta en el *Manifiesto*. En todo caso, la conducta del proletariado consciente tenía que ser fundamentalmente política, y dada la incapacidad de los comunistas de crear un "partido" propio, sus esfuerzos habían de dirigirse a la constitución del ala extremista del partido burgués más intransigente. Consciente de ello, Marx cifró sus esperanzas en una alianza de los comunistas con los burgueses radicales a fin de contribuir a la derrota de sus enemigos comunes, la aristocracia, el despotismo monárquico y la gran burguesía. En contra de parte de la Liga, Marx se negaba a reivindicar un régimen socialista, decantándose por llevar la acción de la burguesía lo más lejos posible, de forma que el nuevo régimen democrático favoreciera la acción específica proletaria en un periodo posterior. En consecuencia, Marx abandonó la idea de reforzar teóricamente al movimiento obrero, tarea para la cual se concibió el *Manifiesto*, y aparcó cualquier política específicamente obrera en pro de una alianza entre clases. El programa de la revolución proletaria que figuraba en el capítulo cuarto del *Manifiesto*, sería dejado de lado por el programa de la revolución burguesa defendido desde las páginas de la *Nueva Gaceta Renana*, órgano de la democracia germánica. Pero el aplastamiento en junio de 1848 de la insurrección de los obreros franceses alejó al movimiento burgués, sobre todo en Alemania, de cualquier veleidad radical, quedando los comunistas alemanes, los más influyentes, a merced de la represión. Después del juicio de sus compañeros en Colonia, Marx disolvió la Liga y emprendió el camino del exilio, la "patria de los mejores", olvidando definitivamente el trabajo formativo de los trabajadores y su desarrollo intelectual.

A pesar de todo, el *Manifiesto* no permaneció mucho tiempo en el desván. Construcción seductora donde las haya, lo que le confería un aura de ciencia que casaba perfectamente en un periodo capitalista posterior, más desarrollado, con las perspectivas proletarias nuevamente abiertas por la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) y el establecimiento de uniones, sindicatos y federaciones obreras en diversos países del orbe. Con el renacer de sus afanes emancipadores, la clase obrera superaba el horizonte burgués al que le había relegado la pasada derrota y volvía a la carga. El terreno era más propicio para el mesianismo obrero anticapitalista que antes. El proletariado era la clase de la conciencia, la clase preñada de futuro, el vehículo de la liberación universal frente al cual ninguna otra clase contaba. Ni ningún partido vanguardista, puesto que los comunistas, como decía el *Manifiesto*, "no forman un partido distinto enfrentado a los demás partidos obreros, ni tienen intereses distintos a los del proletariado en su conjunto; tampoco proclaman principios particulares con los que quisieran modelar el movimiento proletario". El partido, en el pensamiento de Marx, no era más que una corriente, una tendencia, que ocasionalmente podía plasmarse en distintas organizaciones. Sin embargo, un fantasma acechaba a los trabajadores, el fantasma del "marxismo", y subsidiariamente, el espectro del "partido del proletariado".

En el prólogo a la edición alemana de 1872, Marx y Engels aprobaban "en líneas generales" las ideas maestras del *Manifiesto*, eso sí, dejando su aplicación práctica a las circunstancias históricas imperantes, pero precisamente advertían contra la confianza en la simple posesión de la maquinaria estatal, inservible, tal como lo había demostrado la Comuna de París, para realizar los objetivos de la clase revolucionaria. Lejos estaban de imagi-

nar que un aparato partidista organizado verticalmente, reivindicando sus enseñanzas, podía asumir parcial o totalmente las funciones del Estado y de la economía para finalmente constituir una nueva clase dominante. En fin, para sus autores, el *Manifiesto* era simplemente "un documento histórico", algo que legar a la posteridad junto con sus partes envejecidas, sus insuficiencias y sus exageraciones, mientras que para sus discípulos, era un evangelio impoluto. De esta forma, se preparaba el terreno para la transformación de la "concepción materialista de la historia", expresión teórica del movimiento obrero en sus inicios, tan criticable como se quiera, en una ideología obrerista blindada a la crítica, con la que instruir desde fuera a un proletariado disciplinado, para el que se reservaba una esclavitud mayor en tanto que "principal fuerza productiva". Así pues, al convertirse en "marxismo" una teoría de la revolución social nacida en circunstancias históricas muy concretas, de ella empezaron a manar dogmas que, primero, armaron el inmovilismo conservador y oportunista de la socialdemocracia europea, y, después, sirvieron de base tanto a la contrarrevolución de Lenin y Trotsky, como al totalitarismo estalinista con todas sus secuelas. La liquidación de las dos grandes revoluciones obreras que consiguieron abrirse paso, la rusa y la española, se efectuaría mayormente en nombre del marxismo.

4 de septiembre de 2016.
Prólogo para *El Manifiesto Comunista*,
Editorial Corazones Blindados.

Bakunin

Bakunin es una figura que resulta de rabiosa actualidad porque la sociedad de hoy adquiere rasgos visiblemente totalitarios y liberticidas. El personaje real fue un producto del impacto sostenido del idealismo filosófico alemán y de la Revolución Francesa, en las generaciones ilustradas de la primera mitad del siglo XIX. Igual que muchos de sus contemporáneos, tras la lectura de Hegel y Feuerbach, Bakunin quedaría inmerso toda su vida en un estado psicológico de agitación perpetua, protestando incansablemente contra los fetiches ideológicos, religiosos y metafísicos del poder constituido. Es lo que tiene la realización de la filosofía cuando la burguesía ha contribuido a abortar su propia revolución. Bakunin invierte a su manera el idealismo hegeliano: la razón, la "idea", la realización plena, y así pues, la libertad, no se encarnan en el Estado, sino en los pueblos sin Estado. Ellos poseen objetividad, verdad y existencia ética; el Estado no es sino un momento del desarrollo de aquellas. La fusión de la conciencia y la voluntad se realiza contra el Estado y contra la política. La obra escrita de Bakunin resultaría incomprensible separada de su vida de la que forma parte, una vida en conflicto permanente contra toda autoridad, secular o divina, liberal o absolutista. Toda ella viene marcada por la impronta de la acción, el motivo y principio casi único de su existencia, pronto asociada a una exaltación revolucionaria apoyada sobre dos pilares: la pasión por la libertad y el odio contra toda forma de opresión. A cada carta, artículo, programa o manuscrito corresponde un proyecto activista que los hace inteligibles; son reflejos de las luchas en las que se empeñó y fueron concebidos en situaciones concretas y con

objetivos precisos. Nada que ver con la tranquilidad del estudioso que en el silencio de una biblioteca trata de captar la realidad a la luz de tratados científicos. En un principio fue la acción, leemos en el *Fausto*. Las determinaciones de la realidad no paran de moverse.

Bakunin se declaraba "un buscador apasionado de la verdad", algo que en la posmodernidad resulta incomprensible, y un enemigo no menos apasionado de todas las mentiras políticas, jurídicas, económicas y sociales de las que se sirven los dirigentes para asegurar sus privilegios y dominar el mundo. Aunque su pensamiento gozara de sólidas bases filosóficas materialistas, en Bakunin no encontraremos una teoría social propia que vaya más allá de las exigencias que planteaba el combate, ni la voluntad de construir un sistema, una concepción del mundo cerrada y lista para empacar, con sus principios, causas primeras y fines últimos. Lector de Comte, Bakunin detestaba la metafísica, y las herramientas conceptuales que desarrolla, extraídas de la observación y el conocimiento, no persiguen más que captar mejor la realidad para aumentar la capacidad de actuar. Ello no era óbice para mantenerse al día en lecturas filosóficas e incluso para hacer incursiones en ese campo. Escribía casi únicamente cuando una convicción apasionada le empujaba a hacerlo. No estamos ante un teórico, un escritor de oficio o un erudito, aunque demostrara amplia imaginación para crear, talento para escribir y sobrados conocimientos: fue ante todo un revolucionario, un agitador, un miliciano de la libertad, un permanente conspirador contra el despotismo, tanto en sus formas antiguas, apoyadas en la sumisión tradicional al orden instituido, como en las más modernas, disfrazadas con ropaje liberador y revolucionario. La libertad y la igualdad más completas fundaban el único régimen en el que los seres humanos podían desarrollarse ple-

namente, comportarse con dignidad y ser felices. Y ese régimen era incompatible con la forma Estado. Poder político y sociedad comunal son irreconciliables.

El ser no es solamente racional y lógico, es pasional y soñador. El carácter de hombre de acción confirió a los escritos de Bakunin la lucidez del estratega, obligado a la clarividencia por los apremios de la lucha, pero también la profundidad visionaria del sueño, tan necesario para engrandecer las aspiraciones de emancipación humana. Ambas cosas, fruto de una doble aventura intelectual y personal, otorgan a sus ideas una fuerza que actualmente perdura todavía, pues no olvidemos que la opresión existe hoy en grado mucho mayor y sofisticado; pero al mismo tiempo, las ideas se resisten a ser adaptadas por epígonos o enemigos para convertirse en sistema, en ideología, en recetario de verdades perennes que adornan prácticas condenables. El activismo romántico de Bakunin fue acompañado siempre por un saber casi exhaustivo de la historia y del pensamiento avanzado de su época; por eso no resulta fácil de imitar, ni en la práctica, ni en la teoría. Eso no significa que los intentos de desnaturalizarlo no abunden, puesto que la recuperación y el saqueo son característicos de un presente irracional con abundante y pretenciosa ignorancia. Previamente descontextualizado y purgado de contradicciones, o mejor, disecado y canonizado, Bakunin ha sido esgrimido como autoridad, algo que sin duda le repugnaría, para justificar doctrinas orgánicas de todo tipo y dar legitimidad al gueto libertario, oficial o alternativo. Incluso ha servido de referencia en variaciones sindicalistas y nacionalistas, en la formación de partidos "especifistas" y en el extremismo más insensato. Cuando la acción revolucionaria retrocede, la verdad retrocede y la ideología avanza. Pero la ideología es falsa conciencia, no

anarquismo. El anarquismo, o es práctica revolucionaria o no es nada.

Aunque Bakunin haya llegado a ser sinónimo de anarquía, su actividad decididamente anarquista solamente abarca el periodo final de su vida, entre 1863, año del fracaso de la insurrección polaca en la cual participó y 1873, año de su retiro y de la expansión del imperialismo prusiano. En 1864 se aleja del paneslavismo democrático y renuncia a querer transformar, mediante una revolución democrática y social, la causa nacional de los pueblos sin historia, como los eslavos, en causa universal. La realización de la libertad en la historia tendrá para él otros protagonistas, a saber, los pueblos humildes y sojuzgados sin distinción, comenzando por el italiano, en plena revuelta contra la iglesia y la aristocracia. La transformación de la sociedad universal se efectuará "sobre la base de la libertad, la razón, la justicia y el trabajo", tal como dice el programa de la Fraternidad Internacional, primera formulación práctica del anarquismo revolucionario. Los imperios se tambaleaban cual ídolos con los pies de barro; cualquier planteamiento había de contemplar la inminencia de la revolución popular que disolvería los Estados y reorganizaría la sociedad "de abajo arriba y de la circunferencia al centro". Bakunin se proclama demócrata socialista y federalista, al menos hasta 1868, cuando rompe con la burguesía republicana radical y progresista. Entonces juega, a la manera de Proudhon, con el doble sentido del término anarquista, pero aun así, sus partidarios recurrirían con más frecuencia al calificativo de antiestatista o antiautoritario. A partir de su ruptura con la Liga por la Paz y la Libertad, el "pueblo" en abstracto dejará de ser en sus planteamientos el sujeto que realiza la libertad y la igualdad en la historia, misión que corresponderá en adelante a las clases trabajadoras.

El concepto de clase en Bakunin es peculiar. El sujeto revolucionario se constituía separándose lo más posible del poder establecido y sus normas. Los proletarios eran capaces de hacer la revolución solo si no estaban corrompidos por intereses materiales y políticos. Al conservarse moralmente intactos, conservaban toda su energía y su potencial de revuelta; jamás consentirían dejarse arrastrar por caudillismos y programas ajenos a la lógica del mundo del trabajo, su mundo. Cuando más indiferentes se mostraran con los valores burgueses, cuando más extraños a la civilización burguesa fueran, mayor abundancia de gérmenes socialistas contendrían. Evidentemente, los sectores obreros no corrompidos por la política y la autoridad, los más desheredados y miserables, constituían la "flor del proletariado", la negación absoluta de la sociedad de clases, los que llevaban en sus instintos y en sus aspiraciones el futuro resplandeciente de la libertad. Los intereses de las capas obreras más favorecidas o integradas no podían ser universales y, por consiguiente, no servían para impulsar un proceso de transformación radical. La noción de clase en manos de obreros aburguesados tenía la misma función mistificadora que la de patria, nación o raza. Había que usarla con cuidado. Por otra parte, el rechazo absoluto a considerar el desarrollo suficiente de las fuerzas productivas como condición obligatoria para una revolución, enfrentaba a Bakunin con los socialistas marxistas. Podía haber revolución en países donde el proletariado no estuviera desarrollado y el capitalismo fuera débil, solo que en esa revolución el papel protagonista principal correspondería al campesinado, la clase natural, siendo el proletariado artesano y la juventud urbana desclasada meros auxiliares. Es más, era mucho más probable una revolución en esas latitudes que una apoyada exclusivamente en las fábricas. Con

posterioridad, las revoluciones mejicana, ruso-ucraniana y española corroboraron la justeza de su apreciación.

Su petición de entrar en la AIT culmina el proceso que había empezado con la superación del nacionalismo democrático. Ahora, para Bakunin, la emancipación política del pueblo trabajador, o sea, la abolición del Estado y de la clase política, tenía que quedar absorbida en la emancipación económica, es decir, en la liberación del trabajo del yugo del capital. La historia llegaría a su término, momento en que la libertad alcanzaría la plenitud. La organización de las fuerzas productivas y los servicios públicos habría de efectuarse colectiva y horizontalmente, sin coacciones ni imposiciones de una autoridad cualquiera; así pues, sobre las ruinas del Estado. De ahí que califique de colectivismo tal régimen. La palabra "comunismo", que Bakunin asocia a los credos de Cabet, Weitling o Marx, le sugiere una organización cuartelera mediada por la autoridad. El principio de autoridad fundaba la sociedad capitalista más que el de propiedad. El desarrollo del capitalismo exigía un Estado cada vez más centralizado donde todos sus súbditos eran ciudadanos. La ciudadanía era la forma moderna de la sumisión. La situación de dependencia política de las masas corría pareja a su dependencia económica; ambas se reforzaban mutuamente. Sus análisis revelarían su pertinencia en la Comuna de París. Al declararse la guerra entre Francia y Prusia surgía la primera oportunidad seria de una revolución proletaria. Bakunin vio en la derrota de Napoleón III la posibilidad de transformar una guerra entre Estados en una guerra revolucionaria. Solamente la revolución popular que representaban las comunas salvaría a Europa de la reacción que representaban Prusia y el imperio ruso, pero el gobierno provisional de la burguesía francesa ahogó en sangre todas las tentativas. El fin de la Comuna indicaba el triunfo de la contrarrevolución europea.

Para Bakunin, una sociedad libre e igualitaria no podía nacer de un directorio que dictara unilateralmente leyes. La libertad no podía surgir más que de la libertad, no de la sumisión a una autoridad, aunque esta se proclamase revolucionaria. En consecuencia, Bakunin no contemplaría jamás una emancipación guiada por el Estado, fuera popular o proletario, puesto que su supresión era el punto de partida, la condición sin la cual la revolución no sería más que una falacia pronta a evaporarse. Rechazaba la instauración de un centro autoritario que, con el pretexto de arraigar la revolución, entronizase una burocracia roja, la nueva clase dirigente. Esos planteamientos centralistas solamente podían funcionar en un país como Alemania con un pueblo lacayo y un proletariado fabril disciplinado. No por ejemplo en España, país con poquísimas fábricas, donde se conoce el papel de su mensajero Fanelli en la creación de la Internacional y el rol revolucionario que esta desempeñó en los años sucesivos. Es evidente que tales puntos de vista, tarde o temprano, tenían que chocar con el jacobinismo de Marx y con el reformismo de sus seguidores, partidarios convencidos de la conquista pacífica o impetuosa del poder político en nombre de la clase obrera. Marx no reparó en medios para lograr su expulsión de la AIT. Sin embargo, lo que menos interesa ahora son los procedimientos desleales de los unos, o las organizaciones secretas de los otros. La victoria de la reacción en Francia, Austria, Alemania, Italia y España inauguraba un largo periodo involutivo. La pasión revolucionaria abandonaba a las masas, el movimiento general era descendente y ningún esfuerzo por los flancos podía crear una fuerza a tener en cuenta. Bakunin, al final de su vida, constataba que la revolución "se había metido en cama" y que costaría mucho volver a desencadenarla.

La Internacional se dividió en dos y ambas facciones no tardaron en disolverse. El movimiento obrero volvió a desarrollarse en dos direcciones contrapuestas que nunca se unificarían, por lo que el debate Marx-Bakunin ha perdurado. No obstante, en la actualidad, la historia ha vuelto obsoletos todos los anarquismos y marxismos; son tantas las innovaciones capitalistas, tantos los asuntos discutibles, que entretenerse en dicho debate resultaría estéril. Las diferencias de criterio, los problemas coyunturales y las antipatías de 1872 entre Marx y Bakunin no invalidan las aportaciones críticas de ambos, parte de las cuales se mantienen vivas hoy, en pleno turbocapitalismo global. La parte muerta es la que ha servido para fabricar engendros ideológicos bautizados con los nombres de "marxismo" y "bakuninismo". Pero si Bakunin tiene muy poco que ver con el medio que lo reivindica, menos todavía tiene que ver Marx con sus espurios herederos. A este sus discípulos le afeitaron las barbas en la Revolución Rusa y a aquél, en la Española, transformando sus enseñanzas en la religión cruel de un Estado totalitario por un lado, y un estatalismo gradualista, federal y democrático por el otro. Una nueva burguesía de ideólogos, delegados y funcionarios, siempre nace de las cenizas de una revolución traicionada y aniquilada, adaptando la letra de los maestros a su prosa farisea.

Tras la muerte de Bakunin acaecida el 1 de julio de 1876, la disolución de la AIT y el rearme de la reacción, el movimiento obrero entró en una fase defensiva, subterránea, caracterizada por constantes esfuerzos organizativos y propagandísticos. En lo que concierne al anarquismo, es el momento de su estabilización ideológica, que dio lugar a tácticas y orientaciones diversas. El tránsito del anarquismo de acción, de hechos, compenetrado con el movimiento obrero, tan característico de Bakunin, al anarquismo de propaganda, de ideas, exterior al movimien-

to, típico por ejemplo de Kropotkin, Grave, Reclus o Malatesta, acarreó la separación entre acción doctrinal y lucha de clases. La concepción libertaria del mundo sufrió pérdidas irreparables. El materialismo bakuniniano, fundamentado en la relación dialéctica entre pensamiento y actividad, individuo y sociedad, sujeto revolucionario y realidad objetiva, cedió ante un materialismo vulgar, ahistórico, ecléctico, fatalista y cientista. La oposición petrificada al optimismo racionalista fundado en el estudio y la ciencia, engendraría un anarquismo individualista basado, bien en la voluntad y el amor, bien en el egoísmo al introducirse a Stirner en el panteón anarquista. De esta manera, se separaban revolución e insurrección, ideal comunista y resistencia pragmática, esfuerzo constructivo y pasión destructora, interés individual e interés colectivo. El anarquismo se convertía en ideología, o mejor, en un conjunto doctrinal a tres o cuatro bandas, competencia exclusiva de doctrinarios de fe probada, y no en expresión consciente del movimiento obrero revolucionario. El pensamiento libertario y la lucha de clases dejaban de ser dos aspectos de una misma realidad que se manifestaba en el movimiento de la historia, para dividirse en coto de pensadores y moralistas por un lado, y naturaleza neutral e inerte por el otro, dominada por el principio de causalidad. Tal extravío, que también se produjo en el campo marxista, fue la madre de todas las confusiones, dando origen a un puñado de creencias individualistas, naturistas, economicistas, sindicalistas y comunistas, destinadas a multiplicarse, lastrando de una manera progresiva las posibilidades anarquistas de influir en el devenir social.

No se puede decir que el trabajo de agitación acumulado se perdiese, ni que la rebeldía que lo impulsó no fuese sincera, y en la medida en que se fundió con la realidad el anarquismo escribió páginas brillantes en la historia. Pero las fuerzas del or-

den no han parado de ganar y por eso la humanidad no ha dejado de degradarse. Es claro que esta no saldrá de la cloaca en la que se halla sino mediante una revolución profunda, pero, ¿realmente la desea? ¿Dispone ella de medios donde formular sus deseos? Esperemos que llegue el momento en que la respuesta sea inequívocamente positiva. Mientras tanto, lo único que empuja a los aparatos estatales y los mercados al desastre son sus propias contradicciones. Construir espacios de libertad, solidaridad e igualdad en el caos presente parece que sea la perspectiva más razonable, pero como diría el mismísimo Bakunin: ¡que perspectiva!

12 de mayo de 2017.
Prólogo a *Obras escogidas*, Editorial Imperdible.

Las gloriosas jornadas de Mayo del 37 y sus lecciones

Las revoluciones no deben hacerse a medias,
la revolución no puede tolerar indefinidamente la contrarrevolución,
no se debe dejar a salvo el menor atisbo institucional burgués,
la pretendida vanguardia busca estrangular la revolución
a través del robustecimiento del Estado, y nada se consigue
con una posición meramente defensiva, son lecciones
que se aprendieron a costa de mucho dolor, sangre y fracaso.[5]

El 3 de mayo de 1937, a las tres menos cuarto de la tarde, varios camiones de guardias de asalto, enviados por el consejero de seguridad interior de la *Generalitat*, se apearon frente al edificio de la Telefónica, en la plaza de Cataluña de Barcelona, gestionado por trabajadores de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y Unión General de Trabajadores (UGT), y procedieron a incautarlo. Tal hecho originó en la capital y otras ciudades catalanas una especie de guerra civil dentro de la guerra civil. Los obreros, alarmados por el enésimo ataque a sus bastiones, trataron de parar el golpe. "No estamos atacando, nos estamos defendiendo", decía desesperadamente la Radio CNT-FAI, y, en efecto, era un movimiento estrictamente defensivo: los obreros no pretendían enderezar una situación cada vez más desfavorable para la causa revolucionaria del proletariado, sino que simplemente creían resistir a una ofensiva de las fuerzas reaccionarias republicanas, inaugurada al menos desde enero, que había traspasado el umbral de lo soportable. Era un movimiento espontáneo; no sólo

[5]Presentación del artículo para la revista *Libre Pensamiento.*

los comités dirigentes de la Organización confederal y libertaria estaban al margen, sino que lo desaprobaban abiertamente.

Los militares no se sublevaron específicamente contra la República, sino contra la clase obrera. El gobierno republicano así lo creyó entender y por eso se negó en redondo a armar a los trabajadores. Estaba más que dispuesto a una entente con los facciosos. Pero la fracción burguesa que sostenía e impulsaba la sublevación pensaba que la legalidad republicana, tal como quedaba tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, era un obstáculo a suprimir si se buscaba una represión sangrienta. La salvaguarda de los intereses de la clase dominante en España pasaba por una masacre que solamente una dictadura clerical fascista podía realizar con eficacia. El fascismo, no es más que la solución cuando la burguesía ve su iniciativa completamente anulada por la presencia de organizaciones obreras radicalizadas. La necesidad de un golpe militar que instaure un régimen fascista se impone para que la burguesía recupere su poder de clase.

La revolución no fue un hecho premeditado, sino el fruto de las circunstancias. Quienes derrotaron a los sublevados en la mayoría de ciudades importantes fueron los obreros. El Estado, superado por la situación, se retiró de la calle y, al mismo tiempo, los privilegios de clase se esfumaron. Miles de comités le sustituyeron. Era evidente que dentro de la legalidad republicana no se podía resolver ninguna de las cuestiones planteadas por la rebelión militar. Era paradójico que la defensa de la República burguesa dependiera de milicias obreras pertrechadas con las armas conseguidas en el asalto a los cuarteles. El proletariado era la fuerza principal, luego a este correspondía entonces la decisión. Muchos patronos habían huido, se habían escondido o habían sido detenidos. Los sindicatos eran las únicas organizaciones capa-

ces de reorganizar y poner en marcha la producción y los servicios públicos, por lo que al intervenir establecieron mecanismos de control seguros y procedieron a numerosas incautaciones. Sin embargo, ninguna institución estatal había sido disuelta y bien pronto, con la ayuda misma de los representantes obreros, estas levantarían cabeza. Mientras se desencadenaba un proceso revolucionario por la base, por las alturas los dirigentes de la CNT y la Federación Anarquista Ibérica (FAI) acordaban que no era el momento de las revoluciones y proclamaban su fidelidad a la República. Se producía una situación de doble poder en la que el proletariado vería su hegemonía menguar tan pronto como comenzara un periodo de institucionalización de sus conquistas, o dicho de otro modo, tan pronto como sus representantes participaran en los aparatos de gobierno y renunciasen definitivamente a forjar sus propias instituciones.

El pacto de No Intervención entre las potencias bloqueó la llegada de armamento al bando republicano, mientras que Alemania, Italia y Portugal —potencias firmantes del acuerdo—, lo incumplían proporcionando armas a los facciosos. El proletariado europeo no se movilizó para forzar a sus gobiernos a dejar la política de neutralidad. La ayuda prestada a los obreros españoles fue totalmente insuficiente. Entre septiembre y octubre, el equilibrio bélico alcanzado en agosto, se decantó hacia el lado fascista como demostraron claramente las derrotas de las columnas milicianas, inferiores en armas. Guerra y revolución dejaban de ser inseparables. La victoria quedaba desligada de la revolución, y esta, condenada al aislamiento. Con la idea de asegurar ambas, la CNT entró en el Gobierno de la *Generalitat* y se dispuso a hacer lo mismo en el Gobierno de la República, con lo cual la burguesía frentepopulista recobraba poco a poco el protagonismo perdido. La decisión se desplazaba de los organismos revolucio-

narios, comités, sindicatos y milicias, hacia nuevos órganos con una representación obrera reducida. Se reprimía el carácter revolucionario de la guerra. Las circunstancias adversas obligaban al abandono de la lucha de clases por la colaboración de clases. Realmente, la revolución quedaba aparcada y la lucha anticapitalista era reducida cada día más a una guerra contra el fascismo. La cuestión social desaparecía tras la cuestión militar. Se impuso la preocupación por no alarmar a la pequeña burguesía, a los propietarios de tierras y al capital extranjero con intereses en España. Lo de "primero ganar la guerra" se convirtió en la consigna madre, y en consecuencia, la "disciplina" y la "unidad de mando", fueron los primeros arietes contra la autonomía de las milicias. Los decretos que las forzaban a militarizarse y someterse a la autoridad del Estado no tardaron en llegar.

La Unión Soviética, ante el incumplimiento por parte de las potencias fascistas de los acuerdos de No Intervención, decidió vender armas a la República, pero no para fomentar una revolución que no le interesaba, sino para consolidar un Estado burgués del que servirse en sus tratos diplomáticos con Francia y el Reino Unido, potencias a las que pretendía alejar de los brazos de Hitler y Mussolini. El precio a pagar sería alto, pues la dirección de la guerra correspondería a los consejeros soviéticos y las armas nunca llegarían a las unidades anarquistas, por más gala que hicieran de sovietismo sus comités responsables. La crisis de noviembre —el asedio de Madrid— se conjuró con fusiles rusos, técnicos rusos y brigadas internacionales dirigidas por rusos. La revolución, a merced de tales auxilios, se sometía a los intereses imperialistas rusos, a la vez que la situación internacional evolucionaba hacia un conflicto mundial entre imperialismos rivales. Los comunistas se pronunciaron por "el restablecimiento de la República democrática parlamentaria" y la defensa de la propie-

dad privada, condenando cualquier "experimento" social, organizando a propietarios e industriales, exigiendo la disolución de los comités de defensa de barriada y el restablecimiento de la autoridad anterior al 19 de Julio. Sus efectivos se vieron multiplicados con todas las fuerzas a las que la revolución había marginado. La liquidación de la revolución estaba a la orden del día, aunque por sorprendente que parezca, no se podía llevar a cabo sin contar con la CNT. La magna operación de vuelta al orden anterior a la sublevación pasaba por la reconstrucción del Estado, tarea para la cual se requería el compromiso de la organización confederal.

El Estado, con ayuda reticente de la CNT, procedió a reconstruir sus tres pilares básicos: la administración, el orden público y el Ejército. Con el primero eliminaba los organismos de poder local, con los segundos, desarmaba a la retaguardia obrera, y con el tercero, cercenaba la posibilidad de una dirección obrera de la guerra, privándole al proletariado del control de sus fuerzas armadas. Los ayuntamientos y gobiernos civiles con mayorías bastante más favorables al poder establecido, remplazaron a los comités antifascistas; los guardias de asalto, la antigua guardia civil y el cuerpo de carabineros, que vieron aumentar profusamente sus efectivos y su armamento, estaban destinados a desplazar las patrullas y milicias de la retaguardia; las brigadas mixtas y las divisiones debían de sustituir a las columnas, reimplantando los galones, las pagas, el viejo código militar y los castigos.

Quedaba mucho por hacer, particularmente en el terreno de la justicia y en el de los servicios secretos, pero lo esencial ya estaba hecho. Siguiendo a Peirats: "A principios de 1937 el nuevo Estado estaba ya en condiciones para librar la batalla a las fuerzas de la revolución. Hasta entonces la consigna había sido *antes que la revolución importa ganar la guerra*. La consigna era ahora

antes que ganar la guerra hay que aplastar la revolución. Un líder del PSUC había declarado: *antes que tomar Zaragoza hay que tomar Barcelona*”[6]. Entre enero y febrero de 1937 tuvo lugar un periodo de reacción intensa. El terreno ganado por el Partido Comunista de España (PCE) y el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) fue inmenso; la contrarrevolución tenía su partido, firme y decidido, ante el que la dirección de la CNT-FAI se mostraba equívoca y vacilante. Aunque aceptaba el planteamiento comunista —la guerra no es una guerra de clases sino una guerra de la independencia— rechazaba por razones obvias su liderazgo. En febrero, la CNT aclaraba su posición de una vez por todas. En las páginas de *la Soli*[7] podía leerse: “renunciamos a todo menos a la victoria”.

Los primeros enfrentamientos tuvieron lugar en fecha temprana: matanza de milicianos anarcosindicalistas en la plaza de Tetuán de Valencia, muerte de un miliciano en Guadix, tiroteos contra los controles libertarios en Madrid... Las presiones por ilegalizar y perseguir al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) fueron constantes. El sabotaje al Frente de Aragón, permanente. Al despuntar el año los asaltos a las colectividades valencianas se convirtieron en rutinarios; las cárceles de Valencia se poblaron de campesinos y milicianos. El Comité Nacional de la CNT conminó a sus afiliados a entregar las armas a la autoridad gubernativa. En Cataluña era más difícil una medida del estilo y el decreto de desarme de marzo, que además contemplaba la disolución de las patrullas de control, fue entendido como una verdadera provocación, causando una crisis de gobierno en la *Generalitat*. Era evidente que si la revolución significaba el pueblo trabajador armado, la contrarrevolución necesitaba al pue-

[6] *Los Anarquistas en la Crisis Política Española.*

[7] Nombre con el que se conoce popularmente el diario *Solidaridad Obrera*, órgano de expresión de la CNT.

blo trabajador desarmado. Los comités de defensa respondieron desarmando a los guardias durante tres noches seguidas.

La revolución sufría golpe tras golpe: se producía una campaña infame contra la socialización proletaria; se especulaba con los problemas de abastecimiento; se suspendían diarios —*CNT Norte*, *Nosotros*, *Castilla Libre*—; Maroto era detenido en Almería, culpable de defender del maltrato y la calumnia a los refugiados malagueños; los soldados del comunista Líster mataban vilmente a campesinos colectivistas; los obreros refractarios al PCE eran torturados en la checa de Murcia; los propietarios enemigos de la colectivización en la Fatarella disparaban contra los patrulleros; un joven libertario de Centelles era asesinado; la guardia de asalto linchaba en Las Ramblas de Barcelona a un cenetista; milicianos del cuartel Vorochilov, provistos de documentación falsa, sustraían diez tanques de un taller colectivizado... En Cataluña la atmósfera reinante era tan espesa que se podía cortar, y en las filas confederales, exasperadas por la pasividad y la blandenguería de los responsables de una Organización burocratizada, se esperaba de un momento a otro la provocación final. El complot orquestado entre el PSUC, *Esquerra Republicana de Catalunya* (ERC), la *Generalitat* y los servicios secretos de Stalin, apenas podía ocultarse: los revolucionarios no paraban de retroceder en todos los frentes internos; había llegado la hora del golpe definitivo. Entonces se tuvo conocimiento del alevoso asesinato en Puigcerdá de Antonio Martín, obrero idealista y magnífica persona, responsable del control fronterizo con Francia. Los actos del 1º de Mayo fueron suspendidos.

Las gloriosas Jornadas de Mayo fueron una reacción de clase contra un *putch* contrarrevolucionario. Respuesta contenida, pero suficiente para lograr la victoria. Al cabo de tres días de barricadas nueve décimas partes de Barcelona estaban en poder de

los obreros. Lo mismo sucedía en varias ciudades y pueblos catalanes. A pesar de todo los dirigentes de la CNT y la FAI llamaron al alto el fuego e instaron al abandono de las barricadas y a la liberación de los detenidos. En el bando contrario no hicieron lo mismo. El divorcio entre la burocracia libertaria y los obreros era palmario, pero las consignas desmovilizadoras se obedecieron. Los obreros se habían mantenido siempre a la defensiva, confiando en la decisión de sus Comités responsables. Pero los comités de la CNT-FAI renunciaban sin contrapartidas a una victoria que contrariaba su política colaboracionista. Ese tipo de victoria no era aprovechable si lo que se deseaban era aferrarse al Estado. Temían un enfrentamiento con el Gobierno, y más todavía, una ruptura con la Unión Soviética. Asumir la responsabilidad de una vía revolucionaria implicaba el aislamiento militar, diplomático y económico, incluso la hostilidad de las burocracias laboristas o estalinistas que controlaban al proletariado europeo. Este era incapaz de tomar medidas ofensivas contra el fascismo y distaba mucho de desear la revolución en sus propios países. La CNT-FAI no quería asumir la dirección de la guerra a ese precio. Escogió la derrota a sabiendas de que entregaba a la represión, no solamente al POUM y a los revolucionarios extranjeros, sino a sus propios afiliados. Es más, disolvió los comités de defensa y los consejos de obreros y soldados, especie de sindicato policial. Arriesgaba su crédito con tal de no arriesgar sus cargos oficiales, pero con la contrarrevolución victoriosa, los servicios de la CNT ya no eran necesarios.

En *El reñidero español*, Borkenau concluía sobre las jornadas: “Otra vez se vio confirmada una vieja regla de las revoluciones; la batalla debe ser llevada adelante hasta el final, o caso contrario, mejor no comenzarla”. Al retirarse de las barricadas sin garantía alguna, el proletariado entregaba el poder a sus enemigos,

que conquistaba posiciones sin esfuerzo y adoptaba medidas extremas. La expedición pacificadora enviada por el Gobierno de Valencia, con ministros anarquistas, se convirtió en una expedición punitiva. A su paso, los elementos reaccionarios, capitaneados por los comunistas, cometían crímenes, como por ejemplo en Tarragona. Los anarquistas fueron detenidos a centenares y muchos de ellos se ocultaron o fueron asesinados. Aparecieron cadáveres de militantes en descampados y cunetas; otros, ni siquiera fueron encontrados sus cuerpos. El mismo gobierno de Largo Caballero, antes de caer víctima del mismo complot, promulgó un decreto de desarme y restableció la antigua ley de reuniones, que requería la presencia de un representante de la autoridad. Los ministros de la CNT cayeron con él.

La ofensiva de distracción en Extremadura fue desechada y en consecuencia, cayó Bilbao en manos franquistas, pudiendo emplear Franco las fuerzas del Frente Vasco en la conquista de Santander y Asturias. Asimismo, la *Generalitat* se reconstituyó sin consejeros libertarios. La emisora de la CNT-FAI fue cerrada; la censura, restablecida; el local de la agrupación Los Amigos de Durruti, clausurado y su periódico, *El Amigo del Pueblo*, prohibido; las Juventudes Libertarias, hostigadas y sus locales, registrados y a veces desalojados; la FAI fue excluida de los tribunales populares; el POUM y la Juventud Comunista Ibérica (JCI) declaradas ilegales y sus dirigentes arrestados; Berneri, Nin, Rúa, Arís, Alfredo Martínez, Francisco Ferrer, etc., ejecutadados. Luego fue el turno de las patrullas de control, del sindicato de transportes, de las industrias de guerra, del edificio de Los Escolapios, de los salpicados en el sumario de los “cementerios clandestinos”, del Consejo de Aragón, liquidado *manu militari*... Cada día que pasaba, la CNT y la FAI perdían representación en los consejos municipales, en los tribunales, en los gobiernos civiles, en el man-

do militar, en el comisariado... en provecho de sus oponentes. Su postergación en todos los organismos de la administración era patente. *La Soli* continuaba saliendo pero la trivialidad de su lectura era lacerante. El nuevo gobierno de Negrín, trasladado a Barcelona, reproducía formas dictatoriales gracias a una maquinaria represiva despiadada, compuesta por una policía implacable dirigida por comunistas, un Servicio de Información Militar, unos Tribunales de Espionaje y Alta Traición, una red de cárceles privadas y unos agentes rusos de la GPU[8] con las manos libres. Muchos fascistas salían en libertad y como poco, veían sus condiciones de encierro dulcificadas, mientras que las de los obreros antifascistas empeoraban a diario. En fin, después de Mayo sí se podía gobernar perfectamente sin la CNT: esta experimentaba una grave derrota política y el proletariado revolucionario quedaba completamente a merced de sus enemigos.

A partir de mayo, particularmente entre junio y septiembre, la represión se ejerció con tal intensidad y perseverancia contra la clase obrera que no deja dudas sobre sus objetivos directos. Por primera vez en la historia, para defender "la democracia" se recurría a la persecución arbitraria, la detención ilegal, la tortura, las pruebas amañadas, el crimen... Los comunistas, verdaderos gánsters políticos, estaban dispuestos a suprimir a sus adversarios por cualquier clase de medios. La represión obedecía a un plan bien estudiado, ejecutado de forma deliberada. El aplastamiento de las fuerzas revolucionarias y la sumisión resignada de los proletarios, favorecidas ambas con la indolencia de las cúpulas de sus organizaciones, parecía ser para las fuerzas contrarias la condición *sine qua non* del triunfo contra el fascismo. Se trata ante todo de destruir la gran obra colectivizadora, devolver la

[8] Servicio secreto de la policía soviética que sustituyó al anterior —conocido como la Checa—, a partir de 1922.

tierra y las fábricas a sus dueños, estatalizar los servicios, liberar el comercio, arrebatar a los trabajadores la menor de las conquistas. Si no se llegó hasta el final, fue porque la supresión completa de la economía socializada hubiera paralizado la producción y conducido a niveles de pobreza insoportables. La última fase de la guerra transcurre entre esfuerzos propagandísticos para convencer a la población obrera de la idoneidad de las medidas que habían acabado con la revolución e implantado un régimen autoritario semejante al que se combatía, útiles para una victoria que terminaría pronto en la más espantosa de las derrotas.

En la actualidad, en un contexto social muy distinto de 1936, con una economía peninsular inserta en el mercado global, unas oligarquías locales formando parte de la clase dirigente mundial y un proletariado agotado, con la manipulación de la memoria histórica, esta, ha sido remplazada por el olvido. Una vez que el pasado se ha vuelto imposible de restituir, la dominación no necesita legitimarse. La "democracia", es decir, el dominio político de la clase dominante, no precisa salvarse. Lo que es válido para las clases altas, las verdaderas clases peligrosas de ahora, lo es también para las clases medias, capaces todavía de iniciativa política. Sin embargo, la opción ciudadana de izquierdas, abanderada fundamentalmente por profesores, abogados y empleados urbanos, al necesitar el voto popular para desplazar a la oligarquía política de los consistorios y parlamentos, ha de reivindicar un cierto pasado sin incidir demasiado en su clarificación, y justificarse conjurando un supuesto peligro involutivo que acecha a la susodicha "democracia".

El ciudadanismo de izquierdas, al constituir una alternativa liberal burguesa al régimen oligárquico alumbrado por la Transición, ha de reivindicar la legitimidad republicana, y, por consiguiente, la versión de la oposición moderada al franquismo, se-

gún la cual un régimen democrático nacido de unas elecciones perfectamente legales fue derrocado por una sublevación militar fascista. El carácter revolucionario de la guerra civil que le imprimieron los trabajadores ha de pasar a segundo plano, y la tensión que generaron los intentos de suprimirlo por parte de la burguesía republicana, el estalinismo y la pequeña burguesía catalanista, ha de negarse. Con mayor razón, el papel contrarrevolucionario de primera magnitud jugado por ERC, *Estat Català* y el PSUC, puesto que los partidos y confluencias ciudadanistas, con un componente fuerte de posestalinismo y de nacionalismo, son de alguna forma sus herederos históricos. Para ellos, como para el típico progresista universitario, la guerra civil española puede resumirse a una lucha ideológica entre los postulados democráticos y los fascistas. La lucha de clases se silencia expresamente. En el programa de este nuevo vanguardismo mesocrático, el proletariado desempeña un papel mucho menor que el electorado, o como llaman ahora, la “ciudadanía”. Desde la óptica ciudadanista, las Jornadas de Mayo, en tanto que lucha “entre hermanos”, fue el resultado de una desgraciada “incomprensión” entre las fuerzas de la izquierda, ante la cual, lo mejor es pasar página.

La memoria histórica de los ciudadanistas se convierte en desmemoria cuando deja de ser útil como instrumento de propaganda contra las derechas políticas locales. La recuperación calculada del pasado no es tan necesaria como en los primeros años de la Transición, por eso el trabajo del olvido goza en la actualidad de una cierta autonomía en favor de tesis aventuradas, reflejo de una importancia nula. No obstante, en cualquiera de ellas, la dimensión internacional de Mayo del 37, el último levantamiento proletario en defensa de la revolución, ha de acallarse, pues siendo sus referencias fundamentales los populismos latinoamericanos y griego, ejemplos palmarios de inter-

clasismo nacionalista, el internacionalismo no ha lugar. Ante todo se reivindica el presente mistificado, no el pasado aclarado. Los ciudadanistas se pueden permitir el lujo del despiste ante un movimiento obrero inexistente que, por lo tanto, no marca pautas de conducta ni cuenta en ninguna quiniela política, y con una URSS desaparecida, es decir, sin una dirección contrarrevolucionaria mundial que determine las líneas a seguir por las organizaciones oficiales obreristas, en cada Estado, de acuerdo con los intereses estratégicos soviéticos. Ni siquiera el independentismo, tan ferozmente antiobrero antaño y tan dado a los mitos heroicos, se preocupa demasiado por el lavado memorístico, más allá del periódico libro supuestamente revelador de lazos entre el anarquismo y la delincuencia, ya que no tiene enfrente sindicatos únicos a los que combatir.

Los ciudadanistas no tienen ante sí un trabajo revolucionario al que destruir, unos comités de barrio a los que disolver, o unas milicias a las que encuadrar para usar como carne de cañón. No hay peligro en el horizonte de movimientos sociales radicales y autoorganizados. Por ese lado, mejor dejar las cosas como están, en calma, pues se trata de capturar el voto de los oprimidos para una vanguardia de la ausencia, no de ilustrarlos, y mucho menos de movilizarlos. El conflicto real, caso de que exista, permanece oculto. Lo que es dado a contemplar son broncas mediáticas y peleas virtuales, puestas en escena de multitudes eufóricas con *vedettes* en primera fila, declaraciones enfáticas y proclamas altisonantes, en fin, un conflicto de mentirijillas. El régimen capitalista ha hecho que resulte imposible la formación de un movimiento crítico de protesta radical capaz de cuestionarlo. Los aspectos fundamentales de la utopía totalitaria que Orwell expuso en *1984* se han cumplido con creces, y, en consecuencia, la probabilidad de que un sujeto revolucionario se apropie de la memoria

y restaure los contenidos y aspiraciones liberadoras del pasado, lamentablemente, es mínima. La tarea principal de la vanguardia de la dominación ya no consiste en confeccionar una memoria a la carta, sino por encima de todo, en organizar un buen espectáculo.

Hace tiempo que finalizó el ciclo de revoluciones obreras, precisamente en aquél glorioso Mayo de 1937. La magnitud de la tragedia es enorme, pues el espíritu revolucionario no solo fue inmolado en la vida social, sino en la conciencia de los oprimidos. Es la hora de las nuevas clases medias asalariadas. Los asalariados de a pie constituyen un sector de población desclasado, sin una actividad social y política propia. Jamás podrán volver a ser hegemónicos a no ser que reconstruyan las fronteras de clase. Y eso no será posible más que dando la espalda al sistema de partidos y abandonando la fantasmal lucha contra la derecha política, por una guerra social contra el capitalismo y el Estado. La contrarrevolución no cesó de triunfar desde 1937. Hoy, todas las fuerzas económicas y políticas trabajan para ella, sin embargo, el ascenso de la seudovanguardia ciudadanista no ha sido algo fortuito. En la etapa crítica de la globalización, su misión política es precisamente estabilizar los parlamentos a pesar del descrédito de los partidos, neutralizando cualquier alternativa que camine, aunque sea tímidamente, en sentido antiestatal y anticapitalista. La existencia abstracta de la ciudadanía votante depende de la ausencia concreta de una amplia colectividad subversiva realmente autogestionaria. Por otra parte, el desclasamiento y la desintegración de la clase obrera no significa solamente su integración en la sociedad de consumo, sino la expulsión de un número creciente de asalariados del mercado laboral, ahora innecesarios. La misión social del ciudadanismo consistiría pues en aprovechar las instituciones durante los momentos críticos pa-

ra lograr un menor grado de precariedad y exclusión sin alterar lo más mínimo la maquinaria capitalista. Llegar donde la socialdemocracia tradicional, demasiado apoltronada en el sistema de dominación, no tiene voluntad de llegar, no es tarea fácil, pues, como bien indican los enroques chauvinistas y el miedo generalizado, el ciclo del protagonismo espectacular de las clases medias se está cerrando a pasos agigantados. Sus vanguardias, verdaderamente postizas, ya no son funcionales.

Febrero de 2017.
Revista *Libre Pensamiento*, nº 90.

Puntos de fuga en la cultura obrera

Para entender el peso de la Agrupación de los Amigos de Durruti en la guerra revolucionaria española, hay que situarla en un contexto de contrarrevolución rampante que planteó una disyuntiva radical, a diversos militantes anarcosindicalistas de dilatada experiencia y valor probado. U obedecer a los comités dirigentes de su organización, que ordenaban no responder a las agresiones, o enfrentarse abiertamente con las fuerzas contrarrevolucionarias. Partiendo de la determinación revolucionaria y de la calidad humana de aquellos luchadores proletarios, puede dilucidarse con facilidad la materia de la última revolución obrera, la que va del 19 de julio de 1936 al 8 de mayo de 1937. Nos hemos limitado a nueve biografías[9], a las que se podría añadir otras —las de Jaime Balius y Joaquín Pérez Navarro, ya publicadas— sin agotar el filón. La CNT y el anarquismo, fueron una cantera inigualable de individualidades totalmente entregadas a la causa de la libertad y la justicia social —la causa del proletariado—, a las que sus enemigos llamaron "incontrolados". El sambenito fue un homenaje involuntario que la contrarrevolución rendía a aquellos revolucionarios fuera del control institucional burgués y estalinista. Si la historia se torció, no fue por su culpa. Todas las fuerzas antihistóricas conspiraron para que así fuera, desde el conglomerado fascista hasta la argamasa republicana. La burguesía jugó todas sus bazas para ganar *in extremis*. La pu-

[9]En referencia al libro *Los Incontrolados de 1937. Memorias militantes de Los Amigos de Durruti*, Editorial Aldarull.

blicación de este modesto libro[10] demuestra que esa victoria no fue total.

En otros tiempos, creíamos que la revelación de la verdad oculta en las derrotas causaría suficiente impacto como para orientar la acción revolucionaria, apartando a sus agentes de los callejones sin salida de la historia. El pasado, suponíamos que contenía todas las enseñanzas necesarias para resolver las encrucijadas del presente. Ahora, la publicación de un libro dentro de una sociedad que vive en presente perpetuo tiene que resultar por fuerza algo anacrónico, fuera de lugar. El conocer la verdad del pasado no tiene ningún efecto en la acción cotidiana. No refuerza los valores de una comunidad potencialmente revolucionaria, ni incrementa la capacidad crítica de los lectores activos. En una sociedad sin conciencia del tiempo y sin memoria, el pasado no existe, y no resurge sino como objeto arqueológico o como efemérides espectacular tipo “octogésimo aniversario de la guerra civil”, siendo su lugar habitual la universidad, el museo o los suplementos culturales de la prensa oficial, espacios donde su poder subversivo, de conservarse, es inoperante. Estas biografías estarían destinadas a los herederos de los legendarios Amigos de Durruti, pero ¿tales herederos existen?

Las sociedades tradicionales trasmiten su legado oralmente de unas generaciones a otras. Los jóvenes aprenden de los mayores; no hay ruptura generacional. Son sociedades estáticas: el futuro de la juventud sigue los cauces del pasado y transita por el camino de la generación anterior. Los vínculos familiares y territoriales son muy fuertes. La memoria, de la que son depositarios los ancianos, juega un papel importante en la conservación de los hábitos sociales y la preservación de la identidad, y por lo tanto, es elemental en la reproducción continua de la sociedad.

[10] Ibídem.

La aparición de las sociedades históricas, basadas en el cambio constante, la acumulación de conocimientos, el comercio y la escritura, introduce factores de disolución circunscritos en principio a las ciudades. Son sociedades dinámicas con vínculos debilitados e identidades lábiles, en las que la memoria desempeña un papel secundario frente a la novedad. El recuerdo resulta de poca utilidad, cuando la tiene. No obstante, la mayoría de la población permaneció al margen de aquel dinamismo nihilista, ya que vivió en el campo y mantuvo estilos tradicionales que no fueron eliminados hasta la consolidación del capitalismo en el mundo rural. En la sociedad plenamente capitalista, los jóvenes aprenden de sí mismos siguiendo pautas universales consumistas transmitidas por los medios de comunicación de masas, no de sus progenitores: su futuro depende de un presente cortado de la experiencia de las generaciones pretéritas, mucho menos alteradas por las tecnologías, ya que se forjaron en gran parte al margen de los condicionantes capitalistas. La producción turbocapitalista ha impuesto un modo de vida industrializado, una nueva cultura narcisista con unos valores pragmáticos y hedonistas, sin relación alguna con los que imperaban en los medios obreros antes de que el consumo generalizado los evangelizara.

En las primeras etapas del capitalismo, al disolverse las formas tradicionales de vida, se creó un mundo aparte con características propias, una sociedad dentro de otra constituida por los desheredados, los parias, los desarraigados expulsados del campo o de los talleres gremiales; en suma, por los trabajadores. El mundo proletario, basado en la célula familiar, cuyo único vínculo con la sociedad industrial que lo englobaba era el trabajo, desarrolló rasgos comunitarios que le confirieron una identidad particular, estable, de clase; una cultura específica. En cierto modo hubo una tradición obrera que articulaba la sociedad

del trabajo y poseía valores propios permanentes: la necesidad de asociarse, la idea federativa, el afán por instruirse, la solidaridad, la dignidad del oficio, el porvenir de los hijos, el orgullo de clase, el internacionalismo, la revolución social... Las autobiografías militantes que se han escrito reflejan a la perfección esa mentalidad. Pensemos por ejemplo en las memorias y recuerdos de Pierre Joseph Proudhon, Gustave Lefrançais, James Guillaume, Anselmo Lorenzo, Nestor Makhno, Emma Goldman, Victor Serge, Manuel Pérez, José Peirats, etc., retratos valiosos de vidas rebeldes al servicio de la causa obrera.

La sociedad proletaria estaba en conflicto permanente con la sociedad burguesa, por lo que la experiencia de las luchas pasadas contaba mucho, y por consiguiente, quienes las habían protagonizado tenían en ella un peso considerable. Era una sociedad de estatus. El futuro de la clase se asentaba en la memoria de los combates del pasado y también en la de quienes se habían destacado en ellos, que eran populares y gozaban de gran autoridad moral. Puesta por escrito constituía la cultura obrera, una cultura de resistencia típicamente histórica, es decir, que encontraba su sentido y su ser en la historia, puesto que llevaba en sus entrañas la victoria final, pero también una cultura tradicional, asentada en unos valores colectivos bien arraigados, resistentes al paso del tiempo. Los hijos repetían a sus padres hasta en el vestido, sucediéndolos en un escenario social estable. Paradójicamente, su sentido y su ser también dependían de la costumbre invariable propia de la clase. La historia de los trabajadores, que es la historia de sus luchas, a pesar de ser la historia de un colectivo, tenía nombres y apellidos. Estos correspondían a personas que encarnaban la conducta y los valores que mejor podían representar a la clase, por lo que los trazos individuales no eran relevantes y se diluían con el tiempo. Tales fueron por ejemplo,

en el estado español, Salvador Seguí, Francisco Maroto y Buenaventura Durruti, las tres últimas figuras míticas del proletariado ibérico —míticas no en el sentido soreliano—. En ellas se reafirmaba la identidad obrera y se protegía del efecto corrosivo del devenir histórico determinado por el capitalismo.

El movimiento proletario y campesino español de influencia anarquista hizo mayor hincapié en el aspecto consuetudinario, puesto que no se oponía a un capitalismo desarrollado, sino a la existencia misma del capitalismo, todavía en pañales. La fe en el progreso no le afectó más que superficialmente, en forma de optimismo cientista, influencia burguesa de la que no supo librarse bien. Franz Borkenau señalaba en su libro *El reñidero español*, escrito durante la guerra civil española, que "lo que choca en la conciencia del movimiento obrero y campesino español no es la idea de un capitalismo que se perpetuaría indefinidamente, sino la aparición misma de ese capitalismo. Tal es para mí la clave de la posición privilegiada del anarquismo en España". Las ideas de beneficio privado, cantidad, éxito, mecanización, utilitarismo, etc., propias de una civilización industrial, apenas habían penetrado en un medio autogobernado por principios como la solidaridad, la fraternidad, la amistad y la formación.

En las fases más avanzadas del capitalismo —aquellas en las que las derrotas seguidas de cambios incesantes, profundos, en su mayor parte tecnológicos, dinamitaron la sociedad obrera, integrándola en el mundo de la mercancía—, el presente proletario rompe con su pasado, se separa, deja de identificarse con él. Con la familia obrera reducida a su mínima expresión nuclear, sentada ante la pantalla del televisor, el trabajador subsiste en tanto que individualidad consumidora, no como miembro del colectivo proletario. No extrae la norma del pasado, usurpado este por burócratas sindicalistas y políticos, sino de la actualidad trans-

mitida por la televisión, reproduciendo el proceder errático y consumista de sus modelos coetáneos de clase media, fieles a las consignas del espectáculo. La cultura obrera ha quedado disuelta en una cultura homogeneizada interclasista, hecha a medida del capitalismo. Se ha producido un verdadero genocidio cultural, una erradicación de valores proletarios. La ruptura generacional tiene especiales consecuencias en una clase trabajadora en declive, ya que esta acaba desconfigurada, vaciada, hecha un fantasma de sí misma. Es incapaz de resistir el menor embate, y aún menos, de asimilar los cambios sin salir perjudicada. Es clase en la superficie, pero su interior está desestructurado, licuado, colonizado. Sucede que los viejos proletarios no pueden trasmitir conocimientos y valores con los que afrontar la nueva situación en constante transformación, máxime si se dejaron llevar por el menor de los males y depositaron sus intereses en manos espurias. Su estilo de vida familiar, frugal, peatonal, austero y moralista, no es válido en un mundo de consumidores, utilitario, ansioso, entretenido, completamente motorizado, mercantilizado y masificado. Las reglas de la penuria no son las mismas que las de la abundancia de mercancías y espectáculos: lo que sirve contra el hambre, no sirve contra el hastío. Una cultura de clase compite en clara inferioridad de condiciones no contra una cultura burguesa, sino contra una industria cultural y una teatralización sindical y política omnipresentes. Así pues, la cultura obrera muere con la institucionalización de sus organizaciones y la generalización de la cultura de masas.

El pasado se extingue con el desvanecimiento de toda una generación de vencidos, porque los viejos obreros no pueden ofrecer modelos prácticos de comportamiento; hay que confeccionarlos partiendo de una realidad diferente, extremadamente móvil, sin anclajes. Las condiciones de los jóvenes asalariados

de hoy son radicalmente distintas a las de las anteriores generaciones. Quienes educan a los hijos de los obreros son las instituciones públicas, no los padres, y aquellas trasmiten otro tipo de reglas desligado de la experiencia pasada y en consonancia con las necesidades reproductivas del capital determinadas por las nuevas tecnologías. La desconexión con el pasado empuja a buscar referencias de conducta en un presente colonizado por la mercancía y en condiciones de extremo aislamiento. El obrero jubilado es un extraño para el joven currante, y ambos no se toman en serio o incluso se miran mutuamente con desconfianza. El viejo no cuenta toda la verdad, lo que, en ausencia real de comunidad, exacerba todavía más la ruptura generacional, la pérdida de la memoria y, en consecuencia, la pérdida de identidad. Sin memoria ni pasado, no subsiste la conciencia de clase. El conflicto entre generaciones, el choque de mentalidades, impide un resurgir. La reafirmación abstracta y voluntarista de los viejos conceptos de la cultura obrera ya convertidos en tópicos, no resuelve la cuestión, sino que la ridiculiza.

Una característica típica de los movimientos sociales actuales es la escasa presencia de adultos y, por contra, la abundancia de adolescentes. Sería el ejemplo más palmario de la desvinculación con las luchas sociales anteriores, incluso con las relativamente recientes, pero también ejemplifican la tremenda sumisión y escepticismo de la gente entrada en años. Son guetos tolerados que suelen mantenerse dentro de los límites que les han sido asignados. Lo propio de estos movimientos es que partan de cero y que sucumban ante las burdas maniobras de siempre, puesto que por naturaleza carecen de experiencia y conocimientos históricos para verlas venir. Están vencidos de antemano, es más, a menudo su potencial de protesta es derivado directamente hacia la conservación renovada del sistema dominante, puesto

que cuando abandonan su espacio característico y salen a la luz pública, es para adoptar el punto de vista de la mayoría bovina y reproducir casi automáticamente sus valores, con tal de que modernicen su exterior.

Las transformaciones sociales regresivas tienen su reflejo cultural, y las enseñanzas que extrae la juventud contestataria son fruto de la inmediatez y no van más allá del día a día. En su mayoría, no leen ni se informan. Ni aprenden, ni se quitan de encima la educación recibida: actúan sin pensar. En la etapa más tardía del capitalismo la cultura de masas se ha vuelto tan inestable, que ni siquiera el presente es capaz de ofrecer modelos de conducta pasablemente duraderos. Las mudanzas se han acelerado tanto que la ruptura acontece dentro de una misma generación. El joven de hoy envejece en pocos años, el tiempo que tardan en cambiar sus convicciones. Sus historias pierden interés a pasos agigantados, al ritmo de las modas. Diez años son un abismo. Pasado, presente y futuro se concentran en un solo instante. A partir de ahí no es que la experiencia sea intransmisible, es que no hay experiencia. Ni ruptura propiamente dicha —todas las generaciones son una—, ni tampoco futuro, solo objetivos a corto plazo. Así pues, la conducta se hace conformista y la política institucional, puesta de patitas en la calle, entra por la ventana. En este mundo no cabe más utopía que la capitalista.

La sociedad de consumo ha creado un entorno cada vez más extraño y hostil para las viejas generaciones; sin embargo, para las nuevas es el suyo y se sienten cómodas en él. Se parecen más a su época que a sus padres. No es que las generaciones predecesoras ya no sirvan de guías, es que, al ser el pasado incomunicable, no hay posibilidad de guía. No solamente las distintas generaciones siguen códigos diferentes y hablan lenguajes literalmente distintos, sino que así lo hacen los estratos de una misma gene-

ración. Los recién venidos no saben más que los demás, pero lo que aquellos saben no les interesa, porque ese saber no da la respuesta esperada a sus escasísimas preguntas. La experiencia no sirve, puesto que se ha forjado en circunstancias muy diferentes, antes del reinado absoluto de la mercancía y el establecimiento completo de su normativa cultural. Y entonces ¿para qué la memoria?

Pero esto tiene consecuencias: la desmemoria implica la desaparición del concepto de verdad. Al desligarse de la historia lo verdadero se relativiza; no está fundamentado en ninguna causa sólida ni determinado férreamente por una necesidad histórica, sino que depende exclusivamente de una opinión contingente, arbitraria y variable, deudora de las condiciones inmediatas del individuo que la expresa. Fin de las ideologías que legitimaban las grandes causas colectivas y dominio absoluto del individualismo pragmático, de la vida privada y del compromiso efímero. Y paradójicamente, reunificación generacional en el aislamiento neurótico y la ignorancia satisfecha. Los jóvenes son viejos sin quererlo; los viejos son impelidos a comportarse como jóvenes. Curiosamente, se produce una inversión de perspectiva: los jóvenes sirven de modelo a los adultos, menos duchos en los cambios. Esta situación no tiene parangón con ninguna otra; es enteramente nueva. Algunos la han llamado “modernidad líquida” y otros, “posmodernidad”. En un contexto posmoderno el pensamiento no ata, más bien se amontona en los bordes del camino vital asfaltado por la tecnología. Acompaña como decorado, no explica nada, es autorreferencial y por encima de todo, no influye. Más que líquida, la reflexión se vuelve gaseosa, como la realidad tremendamente fluida a la que se acopla. Su función no radica en su poder de captación de la época, en su capacidad de verdad, sino más bien en el poder de hacer ambas ininteligibles.

La eternización del presente no solo desvaloriza la lucha pasada, sino que conlleva la volatilidad de los grupos sociales, fácilmente reducibles a montones de individuos agregados, cuyo único nexo es la imagen. Otro tanto ocurre con el sentimiento comunitario, sustituido por un enjambre de identidades desesperadas, verdaderamente patológicas en grado diverso, incapaces de contrarrestar de otra forma la sensación general de desarraigo. Sin embargo, el sistema no supera sus contradicciones más que para sumergirse en otras mayores. Con la supresión de la memoria y la enajenación del yo, la sociedad no sale más reforzada, sino que se vuelve cada vez más impredecible. El conflicto no cesa de producirse, posibilitando incluso la creación de comunidades de lucha, todavía frágiles, pero puede que en algún momento crítico, forzadas por la necesidad de supervivencia, sean capaces de encontrarse con la historia y de forjar un proyecto de sociedad radicalmente igualitaria y justa. No se tratará ni de volver al pasado, ni de recrearlo, sino de restablecer el contacto con él y aprender. No es pues una vuelta nostálgica hacia tradiciones perdidas, sino un impulso hacia la formación de una tradición nueva de lucha —una nueva cultura— mediante una reapropiación no doctrinaria del pasado y una resistencia al cambio enloquecido del desarrollo económico. En ese sentido los libros como el que presentamos pueden resultar instructivos puesto que contribuyen a dicha cultura. Si así sucede, *Los Amigos de Durruti* podrán tener por fin herederos.

Presentación del libro *Los Incontrolados de 1937. Memorias militantes de Los Amigos de Durruti*, Editorial Aldarull.
El 10 de abril, 29 de mayo, 11 y 26 de junio de 2015.
Banc Expropiat de Gràcia (Barcelona). Ateneu La Pua (Hospitalet).
Caseta de la Malatesta en la Feria del Libro (Madrid).
Ateneu Cooperatiu la Base (Barcelona).

Los situacionistas y Mayo del 68

Mayo del 68 fue el mayor estallido de masas habido en Francia a lo largo de su historia y la huelga general salvaje más importante del movimiento obrero europeo desde la Segunda Guerra Mundial. En ninguna otra parte el rechazo del nuevo modelo de vida consumista fue más profundo, ni tan ligado a la lucha de clases. Su impacto alcanzó a todas las categorías sociales, a todos los sectores asalariados, a todas las regiones y a todas las ciudades francesas, prolongándose durante años. Toda una literatura de agitación y una larga sucesión de conflictos antiautoritarios están ahí para atestiguarlo. Tuvo repercusión en todos los países capitalistas desarrollados o en vías de desarrollo, y, a juzgar por la prisa que se dieron los gobernantes en poner en marcha servicios de información dedicados a vigilar las nuevas formas de subversión, y asimismo, por los repetidos intentos de reducción, ocultación y asimilación por parte de sociólogos, historiadores, militantes de la izquierda ciudadana y demás exegetas del orden, su influencia todavía hoy perdura. No obstante, la persistencia en la memoria fue su única gran victoria; la sociedad actual no es hija suya, sino fruto de la derrota de la clase obrera, del crecimiento desmesurado del Estado y del esfuerzo recuperador de una generación completa de intelectuales universitarios. Una miríada de intérpretes han tratado de fijar una historia oficial de los "sucesos de Mayo", manipulando y deformando el material histórico, cuando no inventándolo *ex nihilo*, puesto que el clima intelectual de la dominación exige contraverdades que funcionen en las condiciones variables del estatismo y la globalización. Para acceder a la historia original tendría

que procederse de diferente manera, leyendo los textos de quienes formaron parte del movimiento y supieron expresar mejor que nadie su naturaleza y sus aspiraciones. En esto los escritos situacionistas destacan por encima de los demás. Proporcionan con mayor exactitud que otros las claves de la revuelta de Mayo, o como los mismos *situs* la llamaron, del "movimiento de las ocupaciones".

Para la mayoría de los observadores, izquierdistas y anarquistas patentados incluidos, Mayo del 68 fue un hecho totalmente imprevisto, espontáneo, prácticamente inesperado. El capitalismo había superado los aspectos más destructivos de sus crisis, la economía marchaba a las mil maravillas y los tratos de los dirigentes patronales con la burocracia sindical, a menudo alentados desde los parlamentos por los jefes de partido, aseguraban una supervivencia cómoda para la mayoría de la población asalariada. Sus hijos empezaban a pisar las universidades. La cuestión social no se planteaba en términos revolucionarios desde la contrarrevolución bolchevique y el fracaso de la revolución española. La lucha de los trabajadores por su emancipación del capital tropezaba con las barreras de la vida alienada, y más aún con las burocracias obreristas, expertas en desactivarlas. Parecía que la clase obrera viviera en un mundo feliz, encerrada en sus quehaceres cotidianos, alegremente representada por ejecutivos políticos y sindicales y abundantemente equipada con toda clase de objetos. Sin embargo, nada resultó más previsible para los situacionistas que aquella revuelta, aquel rechazo del reino de la mercancía propugnado de forma contundente en sus publicaciones. Habían calculado la llegada de una época de disturbios, aunque, por supuesto, sin fijar fecha precisa. Había signos precursores que la anunciaban, bien claros para quien supiera leerlos. Los militantes del izquierdismo, abducidos por la Chi-

na maoísta, por la imagen mirífica del Octubre rojo, por el pasado mistificado de la CNT, o por el espejismo de la guerrilla, no sabían.

En los años que precedieron a 1968 hubo una agitación considerable en el seno de la clase obrera francesa, que, rebasando el marco establecido de la negociación laboral, salió a la calle. Los dirigentes sindicales se vieron desbordados por los obreros, que desobedecían sus consignas y se enfrentaban con la policía, a veces apoyados por los estudiantes. Se vislumbraba en el cambio de actitud de los trabajadores de las fábricas, oficinas, astilleros y minas, la descomposición de la burocracia comunistoide. Además, en el rechazo de la modernización capitalista se intuía una crítica de la vida sometida a los imperativos de la producción y el consumo. No es que los obreros se hubieran vuelto dialécticos leyendo a la Internacional Situacionista, cosa improbable, sino que las ideas situacionistas flotaban en la atmósfera de confrontación latente que se respiraba y eran captadas con bastante precisión. Los *situs* únicamente habían tratado de relacionar unas con otras, dentro de una crítica coherente y total de la realidad que empezaba a ser asombrosamente comunicable. En realidad, el regreso del concepto de revolución no podía circunscribirse a Francia. Procesos similares provocaban algaradas violentas tanto en el Este como en el Oeste. En Estados Unidos, con el *Free Speech Movement*, la lucha por los derechos civiles y la protesta contra la guerra del Vietnam; en Europa, con luchas antiburocráticas, tumultos estudiantiles y conflictos obreros en diversos países —especialmente en España—; también en Japón, México, etc. No obstante, precisamente en Francia se daban, mejor que en ninguna otra parte, las condiciones idóneas para el encuentro entre las armas de la crítica y la crítica de las armas, la coyuntura histórica que podía unificar la toma de conciencia de los

individuos con la acción conjunta de la clase. En Francia pues, el movimiento obrero cruzó el umbral para darse de bruces con sus auténticos objetivos y embarcarse en una lucha radical, criticando en actos la vida alienada, la jerarquía, el capitalismo, la religión ideológica y el Estado. ¿Cuál fue concretamente el papel de la Internacional Situacionista en todo aquello?

La Internacional Situacionista se fundó con el objetivo de formular un programa revolucionario en el ámbito de la cultura. La revolución cultural, entendida como subversión de la vida cotidiana bajo el capitalismo, era el complemento creativo de la revolución social. Al convencerse de la imposibilidad de una autonomía cualquiera en la esfera artística y cultural, abandonará su experimentalismo anterior y se dedicará al trabajo teórico según las pautas del método marxista-hegeliano, buscando su aplicación en el terreno de la lucha de clases. Desde entonces dejará de considerarse una vanguardia artística y pasará a definirse como una organización revolucionaria. Su labor fue casi confidencial, subterránea, de corta irradiación, envuelta en una espesa oscuridad. No había pasado desapercibida, pero los clérigos de la intelectualidad preferían piratearla y al mismo tiempo silenciarla, procedimiento característico que un ruidoso escándalo cortó en seco. A finales de 1966, en Estrasburgo, los fondos de la sección local del sindicato estudiantil UNEF, en manos de simpatizantes legítimamente elegidos, fueron empleados en la confección de un folleto estrepitosamente crítico que realizaba una radiografía cruel y exacta del mundillo universitario, a la vez que un análisis situacionista de la sociedad de clases moderna. El título no podía ser más explícito: *De la Miseria en el medio estudiantil en sus aspectos económico, político, psicológico, sexual y particularmente intelectual, y de los medios para remediarla.* La oleada de indignación que despertó en la prensa burguesa y católica, en

las autoridades docentes, burócratas universitarios y políticos estalinistas, no hizo más que aumentar cuando la sección local del sindicato, responsable de la edición, denunció la impostura del sindicalismo estudiantil y propuso la disolución de la UNEF. Las ediciones del folleto se multiplicaron, difundiéndose en poco tiempo por toda Francia. La popularidad repentina atrajo multitud de lectores en busca de los números atrasados de la revista *Internacional Situacionista*. La salida del nº 11 en octubre de 1967, junto con la publicación poco después de *La Sociedad del Espectáculo* y el *Tratado del saber vivir para uso de las nuevas generaciones*, la objetividad del pensamiento histórico y el punto de vista de la subjetividad radical respectivamente, colocaron en primera línea el corpus teórico de los situacionistas. La celebridad vino de repente y traspasó fronteras. De pronto, centenares de personas tomaban en serio un proyecto de subversión que en cualquier otra ocasión hubieran considerado irreal y atrabiliario.

Entre tanto, subía la marea. En un lugar eran los obreros, que se coordinaban al margen de los sindicatos, ignoraban las reivindicaciones habituales, saqueaban almacenes y organizaban huelgas generales. En otro lugar eran los estudiantes, quienes cuestionaban los reglamentos de las residencias, cerraban oficinas de ayuda psicológica, enarbolaban banderas rojas y negras, y ocupaban rectorados y juzgados. En la universidad progresista de Nanterre se había constituido a principios del 68 un grupo llamado los *Enragés* —furiosos—, como los extremistas de la Revolución Francesa, que se distanciaba bastante de los consabidos izquierdistas, no pretendiendo otra cosa que acabar con el sistema universitario mediante el sabotaje continuo de su funcionamiento. Distribuían ingeniosas hojas volanderas en las aulas que los antiguos miembros de la fallida Internacional Anarquista, la mayoría ilustradores, confeccionaban en sus ratos li-

bres; insultaban a los profesores y componían canciones; y finalmente, pintaban frases provocadoras en las paredes. Un estilo de agitación que infringía y ridiculizaba las normas propagandistas grupusculares, y que era del agrado de los situacionistas, que rápidamente entraron en contacto, pero no así del diario comunista *L'Humanité*, que en el número del 29 de marzo denunciaba públicamente las "acciones comando" de un enigmático grupo de anarquistas y "situacionistas".

La acción de no más de cuarenta personas forzó el cierre de la universidad y la instrucción de expediente a un puñado de agitadores, desencadenando una serie de protestas de fatales consecuencias para el orden. El 3 de mayo empezó el baile con el levantamiento del Barrio Latino. El día 6 se construyeron las primeras barricadas con adoquines y automóviles volcados. Las escaramuzas callejeras continuaron durante los días siguientes, tanto como los incendios de vehículos y los saqueos de tiendas. Se detectaba la presencia de obreros, estudiantes de instituto y pandilleros de las afueras, que acudían gozosos a la refriega. Iría en aumento hasta superar a los estudiantes en número. El día 10 por la noche, fracasadas todas las maniobras dilatorias de los nuevos líderes y de las viejas organizaciones, se levantaron más de sesenta barricadas. Las "vanguardias" izquierdistas se esfumaron. Muchos jóvenes enarbolaban banderas negras. Los enfrentamientos violentos con la policía cobraron tal magnitud que hubo centenares de arrestos y heridos.

A la mañana siguiente los sindicatos, que hasta entonces habían condenado el movimiento, llamaron a la huelga general a fin de que esta no se declarara sin su consentimiento y sin su tutela. El gobierno francés quiso contemporizar y retiró la fuerza pública del Barrio Latino, facilitando de este modo la ocupación de La Sorbona. El día 13, al acabar una manifestación de un

millón de personas, una Sorbona abierta se convirtió en un escenario de democracia asamblearia, donde todas las cuestiones tenían que ser debatidas. Esa misma tarde el *détournement*[11] de la frase del cura Meslier, "la humanidad no será feliz hasta el día en que el último burócrata cuelgue de las tripas del último capitalista", apareció en uno de los grandes frescos de las paredes, hecho que fue motivo de escándalo. Las pintadas espontáneas que tanto llamaron la atención al mundo hicieron su aparición. El 14 se fundaría el Comité Enragés-Internacional Situacionista, e inmediatamente se redactarían unos cuantos pasquines para colgar; uno previniendo contra la ilusión de una democracia directa circunscrita en las aulas; otro advirtiendo de la presencia de "recuperadores"; otro pronunciándose contra el arte y la "separación"; y finalmente otro sugiriendo la descristianización del lugar, que desató la ira de algún devoto presente. El mismo día tuvo lugar la primera asamblea general de los ocupantes.

Los izquierdistas maoístas y trotsquistas dominaban las asambleas con facilidad; eran especialistas en manipulación oratoria y podían neutralizar sin esfuerzo cualquier opinión crítica que

[11] Método que el Conde de Lautréamont —Isidore Ducasse— formuló en sus *Poesías*: "Las ideas mejoran. El sentido de las palabras participa en ello. El plagio es necesario, el progreso lo implica. Atrapa la frase de un autor, se sirve de sus expresiones, borra una idea falsa, la reemplaza por otra justa". El concepto, traducible literalmente como "desviación", no tiene definición posible en los diccionarios al uso. En los años cincuenta del siglo pasado, la vanguardia letrista aludía con ese nombre a un procedimiento consistente en el uso deliberado fuera del contexto habitual, de un elemento cualquiera —frase, imagen, secuencia, titular, anuncio, sonido, etc.—. Alterado o no, se lo dotaba de un contenido nuevo, sorprendentemente lúcido, subversivo y disolvente. Debord, cuya *Sociedad del espectáculo* incluye docenas de *détournements*, dijo que era "lo contrario de una cita", de la invocación de una autoridad, reconocida o falaz, y lo calificaba como "el lenguaje fluido de la antiideología". Los situacionistas lo popularizaron como arma revolucionaria.

no les conviniera. Los situacionistas, no más de cuatro, no eran oradores y dejaron por escrito sus conclusiones sobre los desarrollos posibles del movimiento en la circular *A los miembros de la Internacional Situacionista, a los camaradas que están de acuerdo con nuestras tesis*: o el movimiento se agotaba, o sucumbía a la represión al no conseguir arrastrar a la clase obrera, o ¿se desencadenaba una revolución? Sus propuestas fueron defendidas por un tribuno *enragé*: Libertad de los detenidos —saqueadores incluidos—, abolición del trabajo asalariado, de las clases, de la "supervivencia" y del "espectáculo". Para este, y para los situacionistas, la cuestión universitaria había sido sobrepasada por los acontecimientos y el porvenir del movimiento radicaba en mantenerse en la lucha al lado de los trabajadores, a la vez que los manipuladores. Advertía de los intentos liquidadores de los estalinistas que no tardarían en producirse, concluyendo a favor del poder absoluto de los Consejos Obreros. Su intervención despertó sentimientos encontrados; no obstante, fue elegido miembro del Comité de Ocupación.

Otras universidades fueron ocupadas siguiendo el ejemplo de la Sorbona, en París y en provincias. El Comité fue mal recibido por los izquierdistas, que lo volvieron inoperante al montar en paralelo diversos comités que se hacían cargo de las necesidades ocupacionales: la defensa, la logística, la distribución de las salas, la prensa, el servicio de orden, etc. Un Comité de Coordinación no elegido se impuso en la asamblea como auxiliar de un Comité de Ocupación sin ninguna capacidad para actuar, ante lo cual el delegado *enragé* denunció el bloqueo de los burócratas y logró que estos dieran marcha atrás.

El 16 por la mañana, haciéndose eco de las huelgas simultáneas de trabajadores, el Comité de Ocupación llamó "a la ocupación inmediata de todas las fábricas de Francia y a la formación

de Consejos Obreros". Careciendo del menor medio para difundir el llamamiento, hubo que reunir un número apreciable de revolucionarios para hacerse con imprentas, altavoces y teléfonos. Numerosos voluntarios lo leyeron en los paraninfos de las otras facultades y lo comunicaron a las agencias de prensa y a la radio. El caso es que, contra todo pronóstico burocrático, fue escuchado por los obreros, y la ocupación salvaje, aprobada en asambleas. Por la tarde, desoyendo las órdenes de sus representantes sindicales, la clase obrera de Francia se pronunciaba a favor del movimiento. Al comunicado siguió una serie de panfletos, proclamando la soberanía de la asamblea, denunciando la censura de los manipuladores y proponiendo consignas: "Fin de la Universidad", "Abajo la economía espectacular de mercado", "El poder a los Consejos Obreros", etc. Luego vinieron los telegramas de solidaridad con los obreros. El contraataque de los izquierdistas, especialmente de los trotsquistas del Frente de Izquierda Revolucionaria (FER), fue feroz. La similitud de intereses con los estalinistas de la Unión Nacional de los Estudiantes de Francia (UNEF), la *Confédération Générale du Travail* (CGT) y el Partido Comunista Francés (PCF), esforzados en impedir la confluencia entre estudiantes y obreros, fue perfecta. En la asamblea general del 17 consiguieron impedir con artimañas los debates sobre de gestión del Comité de Ocupación, visto lo cual este abandonaba la Sorbona seguido de sus partidarios. El nuevo Comité de Ocupación nunca sometió sus cargos a la asamblea, sino que suprimió esta. Los burócratas habían ganado su batalla contra la autonomía, eliminando el primer ensayo de democracia directa.

Un grupo formado por *enragés*, situacionistas, ex miembros de la Internacional Anarquista y simpatizantes del ex Comité de Ocupación, una cuarentena de personas en total, ocupó el Instituto Pedagógico Nacional de la calle Ulm y se puso manos a la

obra, denominándose Consejo por el Mantenimiento de las Ocupaciones (CMDO). No era una organización consejista permanente, sino una respuesta inmediata a la situación de huelga general y ocupación de fábricas, así pues, algo coyuntural. Numerosos huelguistas, delegados de comités de acción y agitadores de provincias les fueron visitando, llegando a improvisar una eficaz red de difusión del material que elaboraban. Una bandera negra y otra roja presidían la fachada del edificio. El primer documento debatido en asamblea, publicado el 19 de mayo, fue un *Informe de la ocupación de la Sorbona*. El segundo, *Por el poder de los Consejos Obreros*, señalaba el punto central de la lucha que enfrentaba a los trabajadores contra las burocracias políticas y sindicales, y exponía tres salidas posibles de la crisis: el mantenimiento del gobierno gaullista apoyado por el PCF y la CGT a cambio de concesiones económicas; la formación de un gobierno "de izquierdas" mejor preparado para la desmovilización, y el triunfo del proletariado que llevaría a la formación de Consejos.

El 26 de mayo los estalinistas, la patronal y el gobierno llegaron a un compromiso, conocido como "los acuerdos de Grenelle", mediante el cual los obreros volvían al trabajo a cambio de una sustancial subida de salarios. Los obreros rehusaron ratificarlo y ante la actitud estalinista de espera, De Gaulle, en un discurso a la nación, dio a elegir entre unas elecciones próximas o una guerra civil. Al proletariado no le quedaba otra que aceptar los acuerdos de Grenelle o hacerse cargo de la economía y reconstruir libremente la vida social. O la derrota o la revolución de los Consejos. Demasiado tarde. Si entre el 16 y el 30 en una fábrica importante los trabajadores hubieran expulsado a los burócratas de la asamblea, organizado su autodefensa y constituido un Consejo Obrero, otro gallo hubiese cantado. Hubiera bastado con llamar a otras fábricas, contactar con sus delegados

y actuar al unísono. El movimiento de las ocupaciones se hubiera encaminado hacia la lucha final. Ese fue esencialmente el núcleo del *Mensaje a los trabajadores* del 30 de mayo, que firmaron conjuntamente el Comité Enragés-Internacional Situacionista y el CMDO. Aparte de los comunicados, de los que los tipógrafos en huelga tiraron a miles, el CMDO publicó una docena de carteles en blanco y negro bastante imitados en la posteridad, con los lemas "Fin de la universidad", "Ocupación de las fábricas", "¿Qué puede ahora el movimiento revolucionario? Todo", falsas cartas de la patronal, más de cincuenta cómics y algunas canciones como la *Canción del CMDO*, calco de la canción *El Asedio de la Rochelle*, del estalinista Louis Aragon. En 1972 serían grabadas y publicadas en vinilo, con el título de *Para acabar con el trabajo. Canciones del proletariado revolucionario. Volumen 1.*

El poder estatal estuvo dos semanas de vacaciones. Tras el discurso de De Gaulle, la clase dominante se puso en marcha y los partidarios del orden salieron a la calle. La clase media conformista se sintió aliviada. La Francia reaccionaria se puso unánimemente en pie para sostener al Estado y la represión se ejerció sin cortapisas. Personajes de la derecha, cercanos al poder, estaban dispuestos a las ejecuciones. El 6 de junio, los estalinistas consiguieron romper la unanimidad reinante entre los huelguistas al conseguir que los empleados de banca y los ferroviarios reemprendieran el trabajo. Los obreros de la factoría de *Renault* en Flins, que resistían las presiones de la CGT, fueron desalojados por los CRS, la policía antidisturbios, pero al poco reocuparon la fábrica. El CMDO denunciaba en su panfleto *¡Esto no ha terminado!* el papel de los estalinistas en el asunto. Poco a poco los sindicatos lograban que los obreros, cansados y desanimados, volvieran al trabajo, no sin producirse constantes manifestaciones y choques. El 13 de junio, el gobierno decretó la disolución de varias

organizaciones izquierdistas. La Sorbona y demás edificios fueron recuperados por las fuerzas represivas del Estado. El 15 se disolvía el CMDO. El 18 de junio la normalidad volvió a las últimas fábricas en huelga. El movimiento había terminado.

Cuando se deshizo el CMDO se presentía la proximidad de la represión. Cada cual abandonó el Instituto Pedagógico Nacional por su propia cuenta. La próxima cita sería en Bruselas. Más de una docena de irregulares llegó en tren, en coche o en autobús, incluso hubo quien hizo algunos tramos a pie. Allí se decidió prestar testimonio de lo hecho y de lo que faltaba por hacer. En las tres últimas semanas de julio colectivamente se escribió, repasó y corrigió el libro *Enragés y situacionistas en el movimiento de las ocupaciones*. En una especie de memorándum que todavía hoy sigue siendo lo que mejor se ha escrito sobre la acción de los situacionistas en Mayo del 68, el punto culminante de su intervención en la historia. El libro, lleno de ilustraciones, fue prontamente publicado en Gallimard con un nombre de autor prestado, y tuvo un merecido éxito. La Internacional Situacionista amplió sus filas con nuevos adherentes no especialmente dotados para la teoría, pero que habían demostrado sobrados méritos para la acción. En la prensa, antaño tan reacia, aparecía toda clase de especulaciones delirantes sobre la Internacional Situacionista, estupideces flagrantes, comentarios desdeñosos, mentiras de todos los colores, etc., como para confeccionar un libro de la risa con todo. Los situacionistas estaban en la cresta de la ola, en la cúspide de la escala social revolucionaria, cosa que beneficiaba su audiencia, pero que también fomentaba cierta autocomplacencia y parálisis interna. Las tesis circulaban más o menos truncadas, mientras el grupo se repetía y no iba más allá de lo logrado.

El nº 12 tardó un año en salir. El primer artículo, *El comienzo de una nueva época*, era toda una recapitulación. El texto debutaba con una descripción del significado de la victoria de Mayo, la primera huelga general salvaje de la historia, la verificación de la teoría revolucionaria de nuestro tiempo e incluso, por momentos, su realización parcial, en fin, la mayor experiencia de un movimiento proletario moderno que surgía en todas partes. El carácter proletario del movimiento era especialmente subrayado, esforzándose en demostrar que nunca fue, salvo en los inicios, un movimiento estudiantil, por más que la radicalidad floreciese primero en la universidad. En todo caso, fue un hándicap que el núcleo más avanzado del proletariado, inorganizado y violento, no pudiese tomar la palabra sino en el terreno de los estudiantes, en las barricadas del Barrio Latino, cuando los que estudiaban dejaron de ser mayoría. El movimiento de Mayo significaba el retorno del proletariado como "clase histórica", su segundo asalto contra la sociedad de clases. Se creía estar haciendo historia y se presentía que nada sería como antes. Fue la crítica de todas las alienaciones, de todas las ideologías, de la mercancía, de la especialización, de los partidos... El rechazo del trabajo, del sacrificio, de la autoridad, de la burocracia, de la sociología, del Estado... La manifestación más amplia del deseo de diálogo, del gusto por la comunidad y la fiesta, de la liberación de costumbres... La afirmación de la mujer como protagonista de su vida.

Si cabe reconocer un mérito a los situacionistas, este fue el de haber predicho y dicho con veracidad lo que iba a pasar y lo que estaba pasando. Habían sabido leer los signos anunciadores de una crisis que tenía poco de económica, y habían señalado los puntos donde tenía que apoyarse la palanca de la revuelta moderna. Lo importante ahora era señalar los errores y los puntos débiles del movimiento, que solo parcial y momentáneamen-

te encontró su conciencia histórica. Faltó generalizar el diálogo, que no existió sino fragmentado, en el interior de asambleas separadas. Los burócratas sindicales lograron controlar una huelga salvaje que había resistido todas sus maniobras al aislar cada lugar de trabajo, impidiendo que elementos radicales del exterior traspasasen sus puertas. Los obreros no pudieron tomar la palabra directamente y hablar en su nombre, pues la mediación sindical siempre estuvo sobre aviso. Si los estalinistas habían dejado pasar la huelga de manera fraccionada, la liquidaron igual, de fracción en fracción. En su contra, no hubo coordinación directa que permitiera acuerdos generales, ni se formaron Consejos Obreros. Habiendo partido de muy abajo tras medio siglo de derrotas, sin conocer su pasado ni tener los fines claros, con todos sus enemigos bien pertrechados delante, el proletariado no podía superar la fase espontánea y dispersa. Su revuelta tenía muy pocas posibilidades de triunfar y los situacionistas no propagaron falsas esperanzas al respecto.

Los situacionistas no solo insistieron en la voluntad revolucionaria de los trabajadores, aunque nunca dispusieran de medios para proclamarla públicamente, sino que no dudaron en calificar Mayo del 68 de revolución. Inacabada, incompleta, sin desplegar todo su contenido, sin proclamarse a los cuatro vientos, pero revolución al fin y al cabo. Cierto que el Estado no se derrumbó, pero igual ha pasado en otras revoluciones. Sin ir más lejos, en la española. La característica principal de una revolución es por un lado, la interrupción suficiente del orden económico y social junto con la incapacidad de respuesta por parte del poder político, y por el otro, el vuelco de la conducta provocado por la irrupción de nuevas ideas sobre el trabajo y la vida, junto con un número apreciable de innovaciones radicales que las ponen en práctica. Eso ocurrió realmente. Pero si acaso, la prueba

definitiva la aportaban los ímprobos esfuerzos de los estalinistas para vencer al movimiento de las ocupaciones, papel que históricamente corresponde a la vanguardia de la contrarrevolución. El hecho de que estos se le pusieran enfrente desde el primer día, demuestra más que ninguna otra cosa que se trataba de una revolución.

Quedaban nuevas cuestiones por tratar, que los situacionistas, encerrados en sí mismos, no llegaron a plantearse. En primer lugar, el porqué del imperio de la normalidad a pesar de las algaradas esporádicas, cada vez menos numerosas, y el porqué de la estabilidad sobrada del muro de contención burocrático a pesar de la erosión evidente del estalinismo. ¿Por qué la teoría situacionista, ya bien conocida, no se convertía en fuerza suficientemente práctica? O dicho de otro modo, ¿por qué el proletariado no hacía manifiestamente suya la crítica de la sociedad moderna? ¿Dónde estaban las asambleas soberanas de base y las organizaciones consejistas? Luego se hablaría del "reflujo" de Mayo, de vuelta atrás. Contrariamente a lo afirmado, la modernización del capitalismo y la proletarización general de la población que conllevaba, no produjeron nuevas fuerzas negadoras, más extensas e intransigentes. La denostada sociedad del espectáculo y del consumo sometía a su antagonista con la manipulación de los deseos y la satisfacción de falsas necesidades. Los pensadores mercenarios acababan el trabajo. En resumen, la sociedad de la abundancia de mercancías fue capaz de desactivar las amenazas que despertó su advenimiento, impidiendo que sus contradicciones la perjudicaran en lo esencial. La escisión entre la condición asalariada y el espíritu de clase devino insuperable. La misma fatalidad arrastró a la "contracultura" americana, a la revolución "de los claveles" portuguesa, al movimiento asambleario español, a la autonomía italiana, y a la "Solidaridad" polaca. Al igual

de las demás revueltas, Mayo del 68 era irrepetible. Quienes depositaban sus esperanzas en el retorno quedarían defraudados. La historia no se repite. Las tareas que quedaban por hacer para que la cuestión social emergiese de nuevo, eran de una magnitud bastante superior a las que había desempeñado con tanta efectividad la última de las Internacionales, la Internacional Situacionista. Pero ningún colectivo público o secreto, capaz de hacerse cargo de ellas, pudo formarse.

30 de julio de 2017.
Para el libro colectivo *Esplendor en la noche - Vivencias de Mayo del 68*,
Editorial La Linterna Sorda.

El abismo se repuebla

El abismo se repuebla es un libro que marca un punto de inflexión en el pensamiento crítico revolucionario, cerrando una etapa de balance que debutó con la revista *Encyclopédie des Nuisances* (EdN) y el libro de Debord, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo.* Constituye un nuevo momento de la reflexión teórica coincidente con la entrada en una época oscura donde la sinrazón ha llegado a su punto más alto; la destrucción del medio obrero, la entronización de una sociedad de masas, la globalización de los mercados y el salto tecnológico hacia adelante, tienen su correlato en el descenso abrupto de la crítica social hasta casi su práctica desaparición. Se ha alcanzado el grado cero de la conciencia histórica, el ser social ha sido completamente demolido por la seudofilosofía posmoderna y la ausencia de perspectivas es el mal común de los conflictos contemporáneos. Lo existente va siendo administrado y controlado institucionalmente mientras es colonizado y transformado por la mercancía. El triunfo del capitalismo obliga a un nivel de lucidez fuera de lo común sin el cual las luchas venideras, sin referentes, girarán en torno a sí mismas y se consumirán en el fuego de la desmoralización. La victoria completa del capitalismo coloca al pensamiento crítico en el lugar ocupado anteriormente por la lucha de clases. Nada es posible sin una vuelta a la teoría, que siempre será una teoría para la acción. La realidad ha de realizarse en el pensamiento pero no abolirse en él. Por lo tanto no se tratará en absoluto de un repliegue en la pura especulación, sino de un contraataque cuya primera fase es reflexiva.

Jaime Semprun aspiró siempre a restablecer el gusto por la verdad en la sociedad de la falsificación. Para eso, daba una pa-

tada al hormiguero de la resignación unánime y fustigaba con rudeza los espejismos ideológicos con que los dueños del mundo y la falsa oposición intentaban justificarla. Decía cosas desagradables que nadie quería escuchar, pues en un mundo puesto del revés casi todos intentan ignorar la realidad, prescindir de la razón, disfrutar de la inconsciencia y huir de la historia. La actitud desafiante de Jaime le valdrá acusaciones de derrotista ilustrado, conservador elitista, intelectual crepuscular, antisituacionista... Con Orwell, un ejemplo a seguir, hicieron peor. Y al igual que él, Jaime tomó partido contra la dominación sin hacer la más mínima concesión ni permitirse la menor escapatoria. En un momento en el que la humanidad se alejaba de sus bases racionales Jaime reivindicaba la razón, actuaba "en nombre de la razón", pero no como esteta de la libertad o como intelectual de la decadencia, sino como atizador de los rescoldos de una hoguera que esperaba reavivar. Su apoyo, por ejemplo, a la insurrección de los *Aarch* en Argelia, confirma esa actitud.

En realidad sus palabras reflejaban un realismo y una profunda radicalidad que no dejaba sitio para ilusiones, la única forma de abrir horizontes y dar una base sólida a la práctica revolucionaria. Sus conclusiones, siempre en el filo de la historia, no autorizaban un optimismo sin sentido, pero tampoco obligaban al pesimismo. Jaime escribía para cambiar el mundo, no para acomodarse a él. El problema es otro. Como indica Horkheimer en *Hacia un Nuevo Manifiesto*, al paralizarse el movimiento real que suprime las condiciones existentes, al desaparecer el sujeto histórico —el partido—, quedaría cancelada la razón básica de la teoría y se trabajaría hacia lo incierto. Ante una deriva catastrófica sin sujeto, la tentación de atrincherarse en lo negativo y convertir la crítica en un fin en sí es un hecho, pero la finalidad de Jaime desde que fundó la EdN siempre fue otra, la de forjar una corriente

crítica que supiera encontrarse con las fuerzas que se originasen en las luchas del fin del mundo. Lo que pasaba es que, dados los progresos de la alienación y la disolución de las clases, la tarea iba a ser mucho más ardua que en el pasado. La constatación de la aplastante derrota del programa manumisor del proletariado no determinaba un rechazo de la revolución, sino la reafirmación de su necesidad, ya que era la única salida racional a la barbarie a la que nos conducía aceleradamente el tren de la masificación y del progreso. Con mayor razón, el papel de los revolucionarios no consistiría en vender humo prometiendo una revolución para el día de mañana, sino en hablar claramente y sin ambages de las posibilidades reales de tal eventualidad.

El abismo se repuebla fue una síntesis de bastantes lecturas, discusiones, proyectos fallidos y análisis anteriores. En cierta medida, fue el nº 16 de la revista *Encyclopédie des Nuisances* que nunca vio la luz como cuaderno. Paradójicamente, el periodo de la EdN que culmina con el libro fue un periodo activista. A decir verdad, la EdN, había apostado siempre por el retorno de las luchas sociales en su forma habitual, confiando sucesivamente en las huelgas estudiantiles de 1986, en las luchas antiburocráticas de los países del Este, en los rebeldes de Tiananmén, en las revueltas de los suburbios sudafricanos, etc. A finales de los ochenta el pequeño grupo editor de la revista había establecido relaciones con diversos individuos y colectivos empeñados en luchas contra la nocividad. Las protestas contra las centrales nucleares —Nogent sur Seine—, contra las presas en el Loira —Serre de la Fare—, contra la contaminación de las plantas de reciclado de basuras —Salzuit—, contra la construcción de autopistas —Saint Georges d’Aurac— y lineas ferroviarias de alta velocidad —Nantes—, contra la destrucción de barrios populares —Belleville—, contra *Agropolis*, una institución estatal para el fomento

de la agroindustria —Montpellier—, etc., inducían a esperar la formación de una fuerza social radical de nuevo cuño en relativamente poco tiempo.

El combate contra la nocividad era el verdadero crisol del nuevo sujeto de la historia, el que fijaría en su programa de liquidación no la reapropiación de los medios de producción, sino la reapropiación de la vida. El trabajo teórico de los enciclopedistas, sin dejar del todo la estela situacionista, más bien aplicando el método de la Internacional Situacionista en condiciones nuevas —por ejemplo, con un movimiento obrero domesticado y atemorizado—, cristalizaba en una crítica antiindustrial. Dicha crítica implicaba, entre otras cosas, la crítica del ecologismo, principal ideología de la contestación parcial en ese momento, coartada de una especie de sindicalismo de la vida cotidiana, en consonancia con la rehabilitación verde de la dominación. Los "ecolócratas" actuaban como intermediarios en la gestión de los desastres de la demencia económica, ignorando las causas, es decir, como aliados del desarrollo productivo regulado por el Estado, una vez dispuesta la clase dirigente a integrar el coste de la nocividad —la "degradación del medio ambiente"— en el precio del producto industrial.

Una coordinación se impuso, y por consiguiente, unas bases claras de funcionamiento. El folleto *Mensaje a todos aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla*, publicado en 1990, sirvió de plataforma teórica de la Alianza por la Lucha contra toda Nocividad, que se daba la tarea de intervenir en las protestas antiindustriales para hacer consciente el carácter históricamente determinado de la nocividad, fruto de una producción separada que afectaba a todos los aspectos de la vida. En un texto para el debate —de 1991 o 1992— titulado *Contribución a la definición de una plataforma de acuerdos mínimos para la organización de una*

tendencia revolucionaria en la lucha contra la nocividad, se afirmaba con rotundidad que no había "problema natural o ecológico, sino solamente [cuestión social] que resurge universalmente en la crisis de la apropiación de la naturaleza por la sociedad existente (...) La lucha contra la nocividad es el terreno en el que se plantea práctica e internacionalmente la cuestión social". De manera general, en ese terreno había "de apoyarse todo lo que favoreciera la apropiación directa por los individuos asociados, de su propia actividad, empezando con su actividad crítica contra tal o cual aspecto de la producción de nocividad, y [había] de combatirse todo lo que contribuyera a desposeerles de los primeros momentos de su lucha y les sumergiera en la pasividad y el aislamiento". En definitiva, "el movimiento contra la nocividad triunfará como movimiento proletario, antiestatal y antieconómico, o no triunfará". La Alianza intentó estar presente en el mayor número posible de conflictos con el objeto de volverlos mejores o, al menos, de dar a conocer su posición. Publicó una declaración, algunas hojas volanderas, un folleto que logró una cierta difusión, la *Relación provisional de nuestros agravios contra el despotismo de la velocidad* con motivo de la extensión de las líneas del Tren de Alta Velocidad (TAV), y tres números de un boletín.

La experiencia de la Alianza no tuvo los resultados esperados. Por encima de las diferencias personales que pudieron darse, la cuestión era que las luchas contra la nocividad, aunque ocasionaban grandes movilizaciones, eran demasiado débiles y estaban demasiado autolimitadas para que el antagonismo radical contra la dominación se hiciera consciente entre sus protagonistas, favoreciéndose en cambio todo tipo de vanas esperanzas, seudoliderazgos y manipulaciones. Además, la tesis de que en breve toda la población iba a verse obligada a combatir, bien a cuenta de otros o bien por su cuenta, se iba a revelar demasiado

optimista. La mayoría sencillamente rehuía el combate, no hablemos ya de enfrentarse al Estado; por consiguiente, el desmantelamiento de la producción de mercancías nunca llegó a plantearse seriamente en público. Jacques Philipponneau, en un texto interno, dejaba constancia de que "pasados tres años desde las primeras discusiones [de la Alianza] es evidente que no quedan terrenos prácticos donde podamos ejercitar nuestras capacidades"[12]. En paralelo, los motines desnortados de los jóvenes de las periferias urbanas daban pie a una reflexión alarmante sobre las consecuencias de las revueltas inconscientes de los "excluidos" del mercado, el "pueblo del abismo": "al no lograr alinearse con un proyecto social universal de reapropiación del 'mundo extraño' del espectáculo —sobre la base de la reapropiación de la producción—, cayeron en la trampa de una apropiación inmediata y limitada sobre la base de los particularismos existentes mantenida y reproducida por la mercancía —separaciones jerárquicas, divisiones raciales, adscripciones étnicas y mafiosas, etc.—"[13].

La lectura de *El Talón de Hierro*, de Jack London, hizo replantearse el concepto de "abismo". Ya que la marcha del mundo hacia el derrumbe era ineluctable, y que para los dirigentes el problema no era otro que el de administrar la catástrofe o, en el límite, dejarla consumarse, el Estado podría sacar partido de los movimientos esporádicos y desesperados de las masas relegadas y amontonadas en las coronas metropolitanas como consecuencia de dicha catástrofe, justificando políticas de excepción típicas de los regímenes dictatoriales y fascistas. La supervivencia del sistema exigía un control de la población cada vez mayor, libre de las ataduras de los restos de la antigua legislación garantista.

[12] *Notas sobre el estado de la unión*, 15 de febrero de 1994.

[13] *El pueblo del abismo*, 28 de diciembre de 1993, texto de Jaime para uso interno que servirá de material para *El abismo se repuebla*.

Así se consumaban los tiempos modernos. El pueblo del abismo, incapaz de organizarse para destruir al sistema, aunque sí para parasitarlo, podría ser el enemigo público mediático al que neutralizar con la implantación permanente de medidas de urgencia por una plutocracia cualquiera —por un "talón de hierro"—. Por supuesto, dentro de ese brumoso enemigo cabrían los auténticos subversivos que bregaban contra la nocividad; de esta forma los revolucionarios, desgraciadamente aislados, quedarían expuestos a montajes para involucrarlos en conspiraciones truculentas y actos de terror.

Con el fin de poner trabas a tales maniobras, la solución defendida en la EdN por Jaime fue la de expresar sus objetivos generales de la forma más nítida, sin diplomacias ni disimulos, a plena luz del día. Esa era la tarea principal de las ediciones de la EdN, la forma menos complicada, y sobre todo más pública, de una corriente crítica, minoritaria pero tenaz, capaz de crear sus propios medios de existencia. El antiindustrialismo quedó reafirmado con la publicación de la *Relación del Envenenamiento perpetrado en España y camuflado con el nombre de Síndrome del Aceite Tóxico*, de Jacques Philipponneau, *La Era del Sucedáneo*, de William Morris, *La Vida en Tierra*, de Baudoin de Bodinat, y *La Sociedad Industrial y su Futuro*, de Theodore Kaczynski, al que los medios oficiales apodaban "Unabomber". Sin embargo, habría que "prepararse *al mismo tiempo* de forma completamente distinta para afrontar una situación nueva (que bien puede ser un estado de excepción decretado a causa de una catástrofe mayor), organizando desde ahora todo lo que necesitaremos en materia de relaciones, impresión, difusión, etc."[14].

Jaime desarrolló una teoría de la descomposición según la cual una revuelta ciega, sin pensamiento, conducía inexorable-

[14] *El pueblo del abismo.*

mente a un escenario mafioso y militarista. El caos jamás alumbraría una revolución: el Estado y su policía eran los primeros interesados en "su perpetuación controlada, útil para justificarse, pues les confiere la única función legítima a su alcance, la de evitar lo peor"[15]. Como corolario, añadía una crítica acerba, sin contemplaciones, a las algaradas de la juventud de los suburbios, mera descomposición del lado negativo del sistema y espantajo para timoratos. Esta fue interesadamente malinterpretada por quienes esperaban a distancia el advenimiento de un sujeto revolucionario en los guetos suburbiales, que la tacharon de reaccionaria. Para Jaime, ni siquiera la calificación de suburbios era correcta, dado el carácter de "suburbio total" de las antiguas ciudades —Charbonneau—, totalidad por supuesto, troceada y reordenada jerárquicamente en pedazos. Su demolición de la retórica situizquierdista era ciertamente imperdonable a los ojos del experto en radicalidad ajena, pero Jaime no condenó jamás las revueltas, ni tampoco la rabia que mostraban, ni siquiera su nihilismo espontáneo incapaz de resolver el "problema", ya que la única solución posible, la destrucción de todo su entorno opresivo, requería la presencia de un movimiento revolucionario. La idealización del abismo no era de recibo, resultando útil solo para ocultar problemas reales, útil pues únicamente para la dominación.

Entre 1992 y 1995 fueron concebidos distintos proyectos como el *Panfleto contra los científicos*, el *Panfleto contra la Biblioteca Nacional* —sueño faraónico de Mitterrand—, una especie de "Sociedad de la nocividad" compuesto exclusivamente de citas de la revista, un poco al estilo de Benjamin en *Personajes Alemanes*, y por supuesto, la continuación del segundo tomo de la EdN, para lo cual se confeccionó una lista de posibles artículos junto con

[15] Ibídem.

sus respectivos contenidos. Solamente el nº 16 alcanzó un esbozo bien razonado, que incluía la redacción provisional de dos artículos, *Abrigo* y *Abrial*, este último en referencia a un burócrata oportunista, primero al servicio de Napoleón y luego al de la monarquía restaurada, como figura ilustrativa del renegado. En un texto preparatorio de 1994 donde por vez primera aparece una rúbrica con el título de *El abismo se repuebla*, se decía: "Hay que dejar de albergar ilusiones sobre un movimiento social que no solo no existe, sino que tampoco hay condiciones para ello. Al contrario, falta proceso acumulativo, memoria, intentos de federación, desarrollo de una crítica unificada y coherente (e incluso rechazo a una crítica llegada desde 'fuera', a pesar de un acuerdo platónico), falta de adquisición de medios organizacionales, etc. Todo lo cual señala una victoria, más completa de lo que hubiéramos pensado, de la falsa conciencia antihistórica."[16] La falsa conciencia se generaliza gracias al miedo. Las tareas a plantear serían las siguientes: "Hemos de restaurar imperativamente entre nosotros mismos la capacidad de anticipación de los revolucionarios mejores en los periodos más sombríos, ver lo que deviene en lo que es, es decir, lo que se ha dado en llamar imaginación dialéctica (...) hay que preparar al máximo de gente, comenzando por nosotros, para plantar cara, al menos en términos de autodefensa. Cualquier otra 'solución' implica abdicar a la razón: salto en la mística o repliegue hacia la intimidad."[17] La incapacidad de los enciclopedistas en llevar a cabo una redacción colectiva dio la puntilla a la revista, pero todos estos desarrollos serán utilizados en el libro del *Abismo*.

[16] Notas para un nº 16 de la EdN, sin firma, pero indiscutiblemente obra de Jaime.

[17] Ibídem.

La actividad editorial se sirvió durante un tiempo del debate y la elaboración común de textos críticos, como demuestra el hecho de que *Las Observaciones de la Parálisis de Diciembre de 1995* fuesen firmadas por la EdN, como si de un colectivo formal se tratara. El libro exponía los cambios inducidos por la globalización y anunciaba el final de una desposesión confortable. En cuanto a la huelga general en sí, la convergencia de partida con las burocracias sindicales impedía la emergencia entre los proletarios de una conciencia de la situación real de la sociedad; las luchas que no apuntaban a fines superiores a los meramente defensivos dentro de una economía no criticada, se autoanulaban en sus limitaciones. Al no quedar nada mínimamente "reapropiable" en la producción, desaparecía la perspectiva autogestionaria, y con ella, la capacidad de ofensiva de los trabajadores. El movimiento de diciembre sentaba pues el fin de la clase obrera industrial como fuerza de transformación social, incapacitada para criticar la naturaleza de la actividad laboral incluso desde formas organizativas no sindicales, y forzada por el miedo a contemplar a distancia una huelga que otros hacían en su nombre "por poderes". La "clase" no era más que un mito, una abstracción ideológica sin relación alguna con la realidad, apropiada para marxólogos y arribistas retrasados que todavía soñaban con dirigirla. Las esperanzas recaían nuevamente en la lucha contra la nocividad y las *Observaciones* fueron reeditadas en poco tiempo, señal de un aumento de la audiencia de la EdN. A pesar de todo, la producción masiva y descontrolada de nocividad no había provocado la constitución de un movimiento social con la energía necesaria para contrarrestar el desastre al que abocaba el industrialismo. Bien al contrario, dicha fuerza de cambio radical no existía en ninguna parte. De todas formas, por débiles, mistificadas y parasitadas que fueran, tales luchas constituían el único terreno para

un debate verdadero capaz de juzgar históricamente la sociedad dominada.

Las discusiones habidas en la preparación de la edición española de las *Observaciones* pusieron de relieve la formación de un "partido de diciembre" compuesto por los ejecutivos menores, funcionarios, empleados públicos y demás asalariados, los perdedores en el devenir-mundo de la mercancía, las nuevas clases medias, defensoras de una vuelta al periodo capitalista anterior, al "estado del bienestar", forma de la supervivencia tranquila y administrada sin sobresaltos bajo un capitalismo nacional, a la sombra del cual dichas clases se habían desarrollado. El tema también fue planteado en la discusión de diciembre de 1996, en París, del manifiesto de Kaczynski: feroz alegato contra la sociedad industrial y el sistema tecnológico que la hacía posible. Fue una de las últimas reuniones de trabajo del colectivo enciclopedista, extendido a la gente de la Alianza —ya disuelta como tal— y a individuos afines. Los asistentes tenían que responder además a dos grupos de preguntas formuladas por Jaime Semprun y Miguel Amorós, en una hoja firmada el 30 de agosto de 1996, que resumían toda la problemática sobre la que pivotaba la crítica antiindustrial:

1. "Si se acepta igual que 'Unabomber' que toda emancipación humana pasa hoy por la destrucción del sistema industrial ¿qué pasará con el antiguo programa revolucionario, es decir, qué quedará de la crítica social 'clásica' (de Marx a la Internacional Situacionista), de las perspectivas de reapropiación que trazaba, de los medios prácticos que preconizaba, de los agentes históricos en los que confiaba, etc.? ¿Y qué es lo que hay que poner en tal programa en lugar de los puntos en los que parece haber caducado?"

2. "¿Cuáles son los plazos razonablemente calculables del proceso de dislocación del sistema industrial, es decir, cómo va esta probablemente a desarrollarse, cuál será el papel del hundimiento catastrófico del propio sistema, y cuáles serán sus efectos en la formación de una conciencia antiindustrial? ¿Cuáles serán las ocasiones que se presentarán de este modo para una auténtica secesión antiindustrial, y cómo podría prepararse esta a partir de ahora?"

Las respuestas no dieron lugar a ningún manifiesto, pero Jaime aprovechó las ideas que le parecieron interesantes en la redacción de *El abismo se repuebla*, en primer lugar "la idea de que hay que deshacerse de la sociedad industrial para ir en busca de la naturaleza", ya que resumía bastante bien "el único programa con el que recomenzar nuevamente la historia humana"[18]. En el mismo escrito Jaime volvía a referirse a "la posibilidad de utilizar para la difusión de nuestra crítica los canales de la cultura anterior, en muy mal estado pero no destruidos completamente ni asimilados por el funcionamiento mediático (...) es una carta que hay que jugar, posiblemente la última que nos queda". El tema del uso de los medios de comunicación habituales se venía discutiendo desde el principio de la Alianza, aunque Jaime, reacio a ellos, apuntaba más bien a la actividad editorial.

El concepto de "izquierdismo" sufrió una mutación. Inicialmente se entendía por izquierdista al miembro de un grupúsculo militante, sacrificial —maoista, trotsquista, *ultragauche*, anarquista, etc.— que operaba desde la "izquierda" de la vanguardia histórica de la contrarrevolución, en unos lugares la socialdemocracia y en otros el partido estalinista. Era como la vanguardia de esa vanguardia, y jugaba un papel complementario allá don-

[18]Respuesta de Jaime Semprun al cuestionario, 6 de diciembre de 1996.

de las baladronadas de la izquierda oficial no convencían. Con la reestructuración capitalista y el progresivo desarraigo de las clases medias asalariadas, el izquierdismo adquirió una base social propia, radical de boquilla, pero enemiga de los procedimientos revolucionarios. Los intereses de clase forzaron un lenguaje nuevo, enteramente liberal, moralizante y lúdico a la vez, limpio de arcaísmos revolucionaristas. Así, el izquierdismo se hizo ecologista, feminista, ciudadanista, vaneiguemiano y foucaultiano. El nuevo izquierdista —o "progresista"— era para Kaczynski, por un lado, el individuo caracterizado por sentimientos de impotencia, derrotismo, culpabilidad, odio hacia sí mismo, etc., y por el otro, el individuo "supersocializado", es decir, condicionado al extremo por el código moral de la sociedad, repitiendo festivamente todos los tópicos de la corrección política, usando un vocabulario democratoide, sin jamás cuestionar los fundamentos de la sociedad industrial, sino únicamente sus excesos. Jaime llegaba más lejos, pues lo definía como el militante de la posmodernidad, perfectamente apto para desenvolverse en una sociedad ajena al discurrir de la historia, es decir, una sociedad totalitaria, y modelo de conducta alienada para las nuevas generaciones de consumidores. La sociedad del espectáculo se había forjado una vanguardia a medida.

El abismo se repuebla se alimentaba asimismo de Orwell, cuyos ensayos completos publicaban conjuntamente la EdN y la editorial Ivrea, continuadora de las ediciones de Gerard Lebovici, y también de Chesterton, Adorno, Brecht, Bernanos, Hannah Arendt y de muchos otros, sin descontar obras de actualidad y lo que Hegel denominaba la oración matutina del hombre moderno, o sea, la lectura del periódico. Pero la originalidad del texto no solamente radicaba en el perfecto ensamblaje de ideas y conceptos de muy diverso origen, sino en el estilo, una malver-

sación dialéctica del género literario —o un *détournement* como dirían los situacionistas— obra exclusiva del genio de Jaime. En un libro anterior, *Diálogos sobre la Culminación de los Tiempos Modernos*, *détournement* de los *Diálogos de Exiliados*, de Bertold Brecht, dirá con ironía: "Hay quien verá en ello un subterfugio literario y lo desaprobará, pero no importa. Es un procedimiento como otro cualquiera".

La lectura en francés del *Abismo* conmociona, pues la claridad de la exposición es deslumbrante sin dejar la contundencia a un lado; es como un proyectil perfectamente calibrado. Por desgracia, solamente se reproduce en parte la misma sensación con una traducción corriente al castellano. Se trata de una crítica social y a la vez de una obra literaria, cosa que acarrea dificultades añadidas. En verdad, hemos procurado la mayor exactitud en la traducción de los análisis tratando de evitar un empobrecimiento o, al menos, una relativa trivialización en los resultados, pero para conservar toda la ironía de los giros y los juegos de palabras habría que buscar paralelismos en la literatura española con Stendhal, Baudelaire, Breton o Proust, por mencionar solo a unos pocos autores discernibles, una tarea para la cual no estamos formados. La traducción, en consecuencia, ha buscado ante todo la precisión en las ideas y la mayor intelegibilidad posible, de forma que un escrito tan decisivo encuentre a sus lectores de hoy sin dificultades añadidas. Que la posteridad produzca a otros traductores mejor dotados que elaboren una versión del libro a la altura histórico-literaria del autor.

30 de agosto de 2016.
Prólogo para *El abismo se repuebla*, Editorial Pepitas de Calabaza.

La parte del sueño

És quan dormo que hi veig clar.
Josep Vicenç Foix

El capitalismo no solamente ha proletarizado al mundo: lo ha neurotizado. Según las estadísticas, uno de cada cuatro habitantes padecerá una enfermedad mental a lo largo de su vida. La proporción es mayor si tenemos en cuenta el grado de neurosis considerado normal por los médicos del aparato sanitario. Ya son 450 millones los enfermos contabilizados. Eso incluye a la clase dirigente, esa parte de la población particularmente propensa al delirio: no olvidemos que en gran parte estamos gobernados por enfermos. La depresión lleva el camino de ser la primera causa de enfermedad en el mundo "desarrollado", o sea, mercantilizado, acompañada de otros trastornos psíquicos como la ansiedad, el pánico o la histeria. No hace falta ser un lince para concluir que la neurosis constituye la condición habitual de la gente inmersa en un régimen capitalista; es más, podría decirse que la organización económica, política y social se ha desarrollado gracias a ella. Es la consecuencia directa de a lo que Hegel se refería con "ponerse fuera de sí", es decir, de la alienación. Esa pérdida de control por parte de los individuos del producto y resultado de su actividad, esa negación de la vida manifestada en forma espectáculo.

Los desórdenes psíquicos causados por la frustración personal, la represión del deseo, el vacío interior, etc., conducen a crisis emocionales generalizadas: todas las actividades sociales y políticas llevan su impronta. Una sociedad competitiva tan contraria a la vida no sería viable sin una sofisticada maquina-

ria de seducción, moralidad y represión psíquica, capaz de mandar directamente al inconsciente todo impulso vital, toda voluntad y todo deseo, recreando situaciones compensatorias eficaces, principalmente escapismos consumistas, de forma a que un público, básicamente neurótico, siga contribuyendo al funcionamiento de los engranajes de la economía y la política. A un lado la conciencia sumisa, al otro, el inconsciente repleto de material explosivo. El espectáculo técnicamente asistido guarda el polvorín, pero no puede hacer nada con los sueños. Parafraseando a Freud, diremos que los sueños son la autopista que comunica una parte con la otra.

El sueño es una autorrepresentación espontánea, expresándose mediante imágenes, alegorías y símbolos, de los contenidos inconscientes. A través de ellos se exterioriza nuestra zona obscura y trata de defenderse contra las perturbaciones ocasionadas por la forma de vivir alienada. Sus imágenes simbólicas intentan resistir a la represión de instintos, sentimientos, emociones e ideas; son como instrumentos de una autorregulación anímica que no tiene fuerza suficiente para producirse en la conciencia. En ese sentido son protestas de una realidad reprimida que intenta afirmarse soñando. La libertad, el equilibrio natural y el deseo primero se sueñan. El sueño trata de devolverles a la conciencia, a "la vanguardia de nuestro ser psíquico" —Jung—, que es donde deben estar.

Por ahora, el malestar interior surge en el plano social en forma de trastornos mentales, individuales y colectivos. Las contradicciones del miedo, la soledad o la vida privada encuentran solución en forma de obsesiones personales, desdoblamientos esquizoides y manifestaciones colectivas aberrantes como por ejemplo el entusiasmo electoral, las movilizaciones seudoidentitarias, la venta masiva de saldos, las macrofiestas, los botellones,

los eventos musicales, las competiciones deportivas, etc., cuya función no es otra que la de canalizar las energías reprimidas que pugnan por volver desde la región oculta para vengarse de una vida infeliz y deteriorada. Cuando dejan de cumplirla sobrevienen los suicidios y las masacres. El sueño es la manifestación involuntariamente poética de esa turbulencia "allá donde la vigilia acaba" —Rilke—. Pero la poesía no es más que la formulación artística y prelógica de la teoría revolucionaria. Paralelamente, el delirio criminal nihilista define la contrarrevolución presente.

Los conflictos entre los individuos y los variados condicionantes, valores y normas de la autoridad indeseable, han quedado relegados a la inconsciencia. El sueño es el puente entre ese inconsciente alterado por factores reprimidos y la conciencia razonadora. Como parte de la realidad material, no puede obviarse; bien al contrario, el material conflictivo ha de ser devuelto a la conciencia y encaminado hacia una solución liberadora. Esa es tarea de los revolucionarios y por eso afirmamos seriamente que el revolucionario es un descifrador, un vidente como dijo Rimbaud de los poetas, un ser capacitado para hacer conscientes los deseos encadenados y restablecer así la armonía mental perturbada de las masas esclavas de la economía y del progreso tecnológico. De alguna forma la revolución es una terapia. No solo consiste en la resolución de conflictos externos, sociales, entre el poder separado y los individuos desposeídos: es también una liberación de conflictos interiores acarreados por los choques entre la moral dominante y las reglas impuestas autoritariamente con las ansias, anhelos e impulsos individuales. Ante todo, la revolución implica acabar con el divorcio entre el sueño y la acción consciente, poner fin a la escisión destructora entre la conciencia y el inconsciente, las dos mitades de nuestro ser espiritual.

13 de febrero de 2016. *Drosera*, hoja surrealista.

Índice

Este libro se terminó de imprimir
en el 145º aniversario de la Revolución del Petróleo.